

BIBLIOTECA
DE LA LIBERTAD
FORMATO MENOR

HÉCTOR ÑAUPARI

LIBERALISMO
ES
LIBERTAD

Prólogo de Ángel Soto



Unión Editorial

BIBLIOTECA
DE LA LIBERTAD
FORMATO MENOR

Liberalismo
es Libertad

Héctor Ñaupari

Liberalismo es Libertad

Prólogo de Ángel Soto



Unión Editorial

2015

© 2015 HÉCTOR ÑAUPARI
© 2015 UNIÓN EDITORIAL, S.A.
c/ Martín Machío, 15 • 28002 Madrid
Tél.: 913 500 228 • Fax: 911 812 212
Correo: info@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es

ISBN: 978-84-7209-662-2

Depósito Legal: M. 14.410-2015

Compuesto y maquetado por JPM GRAPHIC, S.L.

Impreso en España • *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por las leyes, que establecen penas de prisión y multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran total o parcialmente el contenido de este libro por cualquier procedimiento electrónico o mecánico, incluso fotocopia, grabación magnética, óptica o informática, o cualquier sistema de almacenamiento de información o sistema de recuperación, sin permiso escrito de UNIÓN EDITORIAL, S.A.

*Para Catalina, hija amada,
porque eres libertad*

ÍNDICE

PRÓLOGO, por Ángel Soto.....	15
------------------------------	----

SOBRE TODAS LAS PÁGINAS LEÍDAS.

LIBERALISMO

La juventud en el siglo XXI. Retos y oportunidades en una economía globalizada	21
Las siniestras razones para creer en el «Che»	29
Plumas democráticas para Cuba	33
Literatos carroñeros y de izquierda.....	37
Vivir la libertad	43
La medicina para sanar la economía. Sobre <i>Economicina</i> , de Julio Pascual y Vicente	47
Confesiones de un poeta liberal.....	51
Milton Friedman y la verdad histórica	55
El sentido de la libertad. Sobre <i>Sentido liberal, el sendero urgente de la libertad</i>	57
La verdad de Hilda Molina	61
Unión civil y libertad en el Perú	65
Opiniones confundidas, silencios indebidos	69
Los gritos del silencio	73
El suicidio del humorista. A propósito de Robin Williams, el derecho al suicidio y la incorrección política	77
La idiotez es eterna. Reflexiones a partir de las <i>Últimas noticias del nuevo idiota iberoamericano</i> de Apuleyo, Montaner y Vargas Llosa.....	81
Vigilar la libertad, salvar la civilización. El mandato de la Escuela Austriaca de Economía a los jóvenes liberales	85

Derribar los muros del mal en el Perú	93
Red Liberal de América Latina, los primeros 10 años	95

SOBRE LAS IMÁGENES DORADAS. ANTOLOGÍAS

Realidad antipoética. Sobre <i>Poiesis, antología de poesía hispanoamericana</i>	101
Los suicidas siempre saben hacia dónde van. Sobre <i>Suicidas sub 21</i> , antología de poesía joven.....	105
Cuentos para soñar y seducir, para denunciar y esgrimir. Sumergido en <i>La seducción de los sueños</i> , de Max Lacayo	109
Padre César, Padre Antonio: las tendencias de la poesía peruana contemporánea. A propósito de la antología <i>Todas las voces</i>	113
Las balas del futuro. A propósito de la antología <i>Suicidas del 89</i>	121

SOBRE EL MOLINO DE LAS SOMBRAS. LIBROS DE POESÍA

Entre Circe y Penélope. Comentarios a <i>El arribo de un éxtasis violento</i> , de César Pineda Quilca	129
Dos veces poeta. Acerca de <i>Soundtrack y Miles de misiles</i> , de Carlos Luján Andrade	135
En las <i>Suites londinenses</i> , de Roberto Salazar.....	143
Ni diablo, ni bufón. Comentando <i>Lágrimas de Arlequín</i> , de Vilo Arévalo	153
Antipoeta y hombre Caribe. Sobre <i>Poemas en hucha</i> , de Pedro Granados	157
Nueve cánticos, nueve látigos, nueve truenos. Nueve jóvenes poetas peruanos	161
Evocar, transmutar, trascender. Sobre <i>Volar sin Alas</i> , de María Juliana Villafañe	165
El cuerpo del arte. Nota sobre <i>Silenciosa pasión</i> , muestra de Elizabeth López-Avilés	169

Ser el amor y seguir siéndolo. Apunte sobre <i>Amor en la palabra</i> , de Porfirio Mamani Macedo.....	171
El mejor de nosotros. Acerca de <i>Escrito en los afluentes</i> , de Miguel Ildefonso.....	173
Leyendo el <i>Memorial de Tierraverde</i> , de Alfredo Pérez Alencart.....	175
Hijo pródigo y romántico. A propósito de <i>Abecedario</i> , de Jorge Ureta.....	181
<i>Testamento de otoño</i> . La poesía-estación de Cecilia Gastelo.....	185

SOBRE LA SOLEDAD DESNUDA.

ENTREVISTAS

Entrevista del poeta nicaragüense Ariel Montoya a Héctor Ñaupari, para la revista <i>Decenio</i> de Nicaragua.....	191
Entrevista del poeta peruano Renato Sandoval a Héctor Ñaupari, para el blog <i>Test de Bonifacio</i>	197
Entrevista del poeta peruano Manuel Luque a Héctor Ñaupari, para el libro <i>Confesiones de un descreído, muestra de poesía peruana actual</i>	201
Entrevista del economista peruano Edgar Lozano a Héctor Ñaupari, para el blog <i>Mercado Informado</i> de Perú.....	205
Entrevista de la comunicadora peruana Alexandra Rivera a Héctor Ñaupari, para el blog <i>Ktarsia Humanista</i>	209

PRÓLOGO

Hace unos días, conversábamos con un profesor en la universidad donde dicto clases, y concordamos que hoy «todos quieren ser liberales». Está de moda. Cuestión vaga, pero que al mismo tiempo termina ahí, porque lo que cada uno entienda respecto a colocarse la tan ansiada «etiqueta» dependerá de tantas interpretaciones como seguidores existan. Personalmente me da igual, y como dice otro buen amigo: «¡Viva la libertad!» Debate que, en vez de empequeñecer, engrandece, pues precisamente da cuenta de la enorme riqueza que se provoca cuando ponemos al individuo como centro de atención.

Ahora bien, una cosa es tener la etiqueta de liberal y —como bien dice mi amigo Héctor Ñaupari en el libro que el lector tiene en sus manos— ser en ocasiones un «tigre de papel del liberalismo», y otra muy distinta es ir más allá del «cartel» y vivir como un «liberal». Tal como dice Tom Palmer en su libro *Why Liberty?*: «Si ya te comportas como un liberal, ¡quizás deberías ser uno!»

Por eso me alegró —y honró— que Héctor me pidiera escribir unas líneas que sirvieran de prólogo a su libro, especialmente tras leer su título: *Liberalismo es Libertad*.

Con anterioridad ya nos había llevado por la *Senda de la Libertad*, pero esta vez, al afirmar con fuerza que *Liberalismo es Libertad*, me pregunté: ¿será necesario ahondar más y enfrascarse —como vemos en la actualidad— en luchas por demostrar quién es más liberal, o más puro que el otro, mientras del lado contrario nos van empujando y haciendo retroceder?

La afirmación, que da título a este libro, me recordó a un autor que sé, y lo señala Héctor, es uno de sus escritores de cabecera.

No es un economista, tampoco un politólogo, ni —que me perdonen— mucho menos un abogado, sino un poeta: Octavio Paz, para quien, con la misma profundidad de Ñaupari, pero al mismo tiempo con la misma simpleza de la sabiduría, nos enseña que la libertad no se define, se ejerce.

Héctor Ñaupari es uno de estos hombres. No es un «tigre de papel», y si bien es profundo y conoce las definiciones teóricas, es de acciones concretas. Su amplio currículum —académico, profesional, hombre público, emprendedor, intelectual y un largo etcétera— nos dice que es jurista, poeta, ensayista; pero quienes lo conocemos sabemos que, antes que nada, es un enamorado de su familia —como él mismo reconoce en las entrevistas que se reproducen—, un incansable viajero y un escritor que, con los ojos abiertos, no se contenta con mirar, sino que observa, piensa, actúa. Es un hombre libre que vive intensamente.

Nos escribe, citando a Roberto Salazar:

Nadie paga por vivir
menos aquí
la vida se escapa
si no la tomas por asalto.

Tomar la vida por asalto. Al menos esta es la sensación que me quedó al leer su libro, donde nos vamos adentrando, más que en un tratado académico, en la erudición de la experiencia y la sabiduría que le ha dado esa forma de vivir, intensa y apasionadamente, el mundo. Que nos lleva por un mundo de diversidad racial, cultural, geográfica y de respeto al prójimo.

Una reflexión sobre unas páginas leídas y una biblioteca que aún le espera por leer donde, en reiteradas oportunidades, hace referencias a lo peruano; pero, ¿cómo no extrapolarlo a lo latinoamericano, especialmente cuando sabemos de su preocupación por nuestro continente?

Un ferviente defensor de una globalización que promueve verdaderos ciudadanos universales. Dejando atrás las estrecheces

de las fronteras nacionalistas, nos invita a derribar «muros», que más que nada son prejuicios ideológicos. Afirmo que «nos invita» a todos, intergeneracionalmente, porque su lectura demuestra que tampoco Ñaupari se ha «comprado» un discurso que está en boga en muchos «liberales» actuales. Me refiero a la manía de apelar (y escribir) solo a los sub 40, como si los demás no tuvieran nada más que hacer en este mundo.

Y es que quien nos escribe mira el mundo desde la óptica de quien podemos decir es un hombre culto, y por eso es verdaderamente libre. Ni siquiera menciona las tan de moda «políticas públicas», ni se encasilla en el discurso «institucionalista» que en oportunidades obnubila a algunos amigos liberales. A quienes con cariño les decimos: «la cultura es lo que importa». Es bueno tener aliados como Héctor en esta batalla, pues ambos hemos sido testigos, protagonistas y combatientes para aportar a la construcción de «un relato más humano».

Tampoco se entrapa entre liberales, libertarios ni libertinos, como alguna vez nos reímos conjuntamente sobre estas pugnas internas. No. Nos escribe desde la poesía. Una antología en la que *las imágenes doradas* nos invitan a soñar, pero también a seducir. ¿No es eso lo que debe añorar un espíritu libre?

Libros de poesía sobre el molino de las sombras, escribirá demostrando una erudición que encanta, apasiona, emociona, ilusiona y jamás agota, evidenciando que mucho de quijotesco tiene nuestro autor. Como buen hombre de mundo, pero especialmente siendo un latinoamericano, no podía estar ausente la idea de la soledad. Esa que lo «desnuda» y que nos regala al abrirse y permitirnos compartir su intimidad, pero que habla de un hombre que —al contrario del que sufre los tormentos propios de la contemporaneidad del siglo XXI—, cual romántico, se inclina por gozar la vida. Sin aspiraciones materiales, con generosidad, sensualidad y amor, como esa confesión en que dice que si quedaran pocas horas para el fin del mundo abrazaría a su esposa e hijas hasta que ese terrible momento llegara.

Literatura, poesía, actualidad, experiencia, son los componentes de su «relato» que, si se quiere, puede ponerse un apellido: «liberal», con el cual nos invita a dar una lucha, pues la mayor amenaza para la libertad, nos dice, no son quienes quieren acabar con ella, sino que «los liberales no hagamos nada para defenderla».

Me pregunto: ¿Quiénes son los que verdaderamente la defienden? ¿Los «tigres de papel»? Esos intelectuales que desde la comodidad de bibliotecas europeas, aviones o la casita en el «campo» nos escriben pontificando «sus verdades absolutas», con soberbia e intolerancia. ¿Aquellos empresarios que creen que con su dinero pueden comprar las ideas, envasarlas en seductores envoltorios y regalarlas como si fueran «productos» de «su» empresa para luego medir cuánto se consumió? ¿Los tecnócratas, reyes de las métricas, esclavos de encuestas, *management*, políticas públicas, que con su postgrado creen que pueden hacer tabla rasa de los sub 40 dictando cátedra basándose en su «modelo»?

Nada de eso. Estos solo son vendedores de humo, como dice un querido amigo que no deja día sin recorrer calles, llevando el mensaje y «ejerciendo» su libertad. Pues, como bien dice Ñaupari, de la libertad nace la ética y en ella tenemos dignidad, se puede dar respeto, tolerancia, vocación de servicio y solidaridad. Nada más alejado del mercantilismo consumista al cual erróneamente nos quieren llevar los hijos del Power Point y la planilla Excel.

La libertad no requiere de números, cifras, ni indicadores. Esas son meras herramientas auxiliares. La libertad requiere de palabras, sentimientos, corazón: poesía.

Héctor dice: «Todo libro es una oportunidad». Esta es una de ellas.

ÁNGEL SOTO¹

Santiago de Chile, verano de 2015

¹ Doctor en Historia (Madrid) y magíster en Ciencia Política (Santiago de Chile). Profesor de las Universidades de los Andes (Chile) y Francisco Marroquín (Guatemala). Miembro de The Mont Pelerin Society. Ganador de The Templeton Freedom Award. CEO del Instituto Democracia y Mercado (Chile).

SOBRE TODAS
LAS PÁGINAS LEÍDAS.
LIBERALISMO

La juventud en el siglo XXI. Retos y oportunidades en una economía globalizada

Un viejo dicho sostiene que los jóvenes son más hijos de su tiempo que de sus propios padres. En los tiempos que corren, de los jóvenes puede decirse que, a pesar de sus diferencias coyunturales, económicas y políticas, son hijos de un mismo tiempo: el de la civilización globalizadora, de los medios de comunicación y del consumo. Los jóvenes de hoy son hijos de la globalización. Incluso, en esta era de blogs, son hijos de la *blogalización*.

Sabemos que la globalización es ineludible y multidimensional, ya que, además de lo económico, impacta en lo político, lo cultural, lo valórico, lo ético y lo institucional. Incluso aquellos gobiernos que rechazan los efectos de la globalización no tienen más remedio que mantenerse dentro de la misma. Por tanto, todos tenemos que responder a ella, tanto individual como institucionalmente. En ese contexto, es evidente que el impacto cultural de la globalización difiere de un país a otro, e incluso en el seno de cada país.

Por una parte, desde los jóvenes, la globalización puede verse en las formas diversas y alternativas de música, moda y rebeldía contra la «tradicición». Incluso cuando se cae en la contradicción de protestar contra la globalización usando sus herramientas. Por otro lado, la globalización económica se refleja en las cifras de jóvenes en paro, en primeros empleos, en que no han podido utilizar sus títulos de una manera eficaz y se ven marginados al desempeñar profesiones inapropiadas, o en que están plenamente ocupados en la obtención de sus necesidades básicas.

Actualmente, esta situación aparece por igual, ya se trate de países desarrollados, emergentes o en vías de desarrollo.

Si bien los jóvenes de todo el mundo se hallan en mejor posición que las pasadas generaciones de jóvenes para contribuir al desarrollo de sus personas, familias, localidades y naciones, una economía globalizada como la que tenemos actualmente en nuestros países y regiones ofrece diversos retos y oportunidades para que esta transformación del joven en un adulto con las características que he mencionado se haga realidad. Buscar la respuesta a estos retos y oportunidades es un desafío que debemos plantearnos.

¿Cuáles son esos retos?

Empecemos señalando que no hay forma de que un país se desvincule de este proceso global, aun si quisiera hacerlo. De hecho, esto supondría que tal sociedad viva en un estado de autarquía que conduciría a situaciones de pobreza, desabastecimiento y hambre. Incluso, de ser coherentes, esto implicaría que los propios líderes antiglobalización no tuvieran contacto entre ellos.

En tanto lo señalado es imposible, pues devendría en una suerte de suicidio masivo, el primer reto para los jóvenes, como pilotos de la globalización, es pensar cómo y de qué forma aprovechar sus oportunidades. Un efecto de la misma es que, independientemente de su lugar de nacimiento o de su residencia actual, los jóvenes experimentan un conjunto similar de desafíos, que afectan a su saludable y oportuna transición a la adultez, referidos sobre todo a su empleo, educación y salud.

El segundo reto de los jóvenes es cómo enfrentar los problemas de la desigualdad, la marginación, la pobreza y los daños al medio ambiente, que son estructurales en muchos de sus países, usando las oportunidades de la globalización. Ello supone dejar de lado la falsedad que asegura que tales problemas son causados

por la globalización, cuando muchas de esas dificultades son anteriores incluso a la existencia de las sociedades modernas.

¿Cuáles son las oportunidades de la globalización?

La globalización ofrece grandes oportunidades de desarrollo y progreso para los países que tienen las condiciones y políticas adecuadas para aprovecharlas para los jóvenes. La primera de las oportunidades de la globalización es la *ciudadanización* de la juventud. Estamos en presencia de una juventud planetaria, interconectada por el Internet, el celular y el Facebook. De la juventud de hoy puede estar naciendo una ciudadanía auténticamente mundial. Esa juventud global comparte principios democráticos y libertarios que trascienden las fronteras de sus países, así no quieran reconocerlo expresamente.

En tal sentido, las protestas estudiantiles a favor de las libertades ciudadanas no se convocan en mítines improvisados sino a través del celular. Las violaciones a los derechos individuales ya no pueden esconderse, pues instantáneamente pueden originarse en Birmania o Zimbabue y conocerse en Lima o Budapest. Estamos, pues, frente al embrión de una nueva ciudadanía mundial virtual.

La segunda oportunidad de la globalización entre los jóvenes es la adopción de la tolerancia, la interculturalidad y el respeto a la diversidad como norma a seguir. Al poder distinguirse en tiempo real, al reconocerse en los otros jóvenes, el respeto mutuo entre ellos es su inmediata consecuencia. Por eso mismo, los antiguos nacionalismos irracionales y racistas no tienen cabida entre un joven de México con otro de San Petersburgo, Kioto, Ciudad del Cabo, San Francisco o Lima.

La globalización les ha permitido a los jóvenes viajar y trabajar en diversos continentes, acceder a las mejores escuelas, leer los más reputados tratadistas de las ciencias y las artes, realizar

visitas virtuales al Museo del Louvre en París, al Museo Van Gogh en Ámsterdam o a la Pinacoteca de San Pablo, a solo un click de distancia en estos casos, y en proporciones imposibles hasta hace solo dos generaciones. Esto último me lleva a señalar que la tercera gran oportunidad de la globalización para los jóvenes es la creación y transmisión del conocimiento. Veamos.

Tomemos en cuenta que la información para mejorar nuestra actual condición de vida nunca está dada en su totalidad. Por lo tanto, las personas tienen que descubrir y divulgar de un modo sencillo los conocimientos acerca de, por ejemplo, cuáles son los métodos de producción más baratos y las mejores oportunidades de consumo, cómo resolver nuestros problemas estructurales, qué estudiar o, incluso, qué pareja me conviene. Internet y las redes sociales como Facebook o Twitter, portaestandartes de la globalización, son en realidad herramientas o respuestas que atienden nuestra necesidad de acceder a esos conocimientos.

A escala global, las personas descubrimos un conjunto de instituciones, como el mercado o el estado de derecho, y nos fuimos adaptando a un orden social, a través del cual accedemos, precisamos y redefinimos nuestra comprensión del mundo. Toda forma de interacción social, como la competencia, el trabajo, el emprendimiento o la vida en pareja, se convierte en un proceso de descubrimiento, que responde a un esquema de disposiciones y expectativas. Se cataliza como un conocimiento socialmente útil por medio de nuestras acciones. Si el valor está en la mente y en su capacidad de crear conocimiento, con la globalización el talento se puede encontrar en cualquier parte, incluso en segmentos de la población antes no considerados. Por tanto, esto supone una ventana de oportunidad para el desarrollo de los jóvenes.

¿Qué hacer?

Hay un conjunto de acciones que los propios jóvenes, el Estado y el sector privado deben realizar para que los primeros puedan enfrentar debidamente los retos y acceder a las oportunidades que la economía globalizada les plantea y ofrece, respectivamente.

Para poder aprovechar los beneficios de la globalización en aras de resolver nuestros problemas estructurales, se requiere de la combinación de ciudadanos empoderados en sus derechos, conscientes de sus deberes, empresas competitivas y responsables, y de un gobierno eficiente. Esto requiere gobernabilidad e iniciativa privada de personas, organizaciones y empresas, y constituye una tarea multidimensional e interactiva. Así, las estrategias para lograrlo deben estar conformadas por iniciativas pragmáticas y realistas que permitan lograr los objetivos nacionales por medio del aprovechamiento de los espacios que hoy ofrece la globalización. Por lo tanto, todos debemos involucrarnos, pues al hacerlo estamos dándole calidad y valor agregado al futuro.

En este contexto, el gran desafío, tanto para los jóvenes como para las empresas y el Estado, es el siguiente: ¿cómo aprovechar las dinámicas de la globalización para obtener los mayores beneficios posibles? ¿Qué acciones deben llevar a cabo los actores antedichos para lograrlo? ¿Qué acciones debe tomar el joven en particular para asumir esos retos y acceder a esas oportunidades?

De entrada, debemos señalar que no hay una ruta predeterminada para conseguir los beneficios del mundo globalizado. Las acciones que les propongo son más una pauta que se puede tomar en cuenta para crear oportunidades. Considero que los jóvenes pueden ser actores clave en la globalización si son capaces de aportar un sentido de urgencia para que sus países se vuelvan competitivos ante un entorno mundial cada día más complejo.

En tal sentido, lo primero que debe hacer el joven es definir claramente su vocación y su quehacer. Hoy tenemos acceso a una cantidad infinita de información para saber cómo elegir nuestra

vocación, cómo diseñar nuestro proyecto de vida, y qué proyecto de vida queremos para nosotros. Lograrlo supone, como tarea primera, dedicarse a adquirir las habilidades necesarias para obtener todos los beneficios del acceso a la tecnología. Una vez dado este paso, y definido nuestro proyecto de vida, el siguiente es buscar la independencia económica. El joven debe conquistar sus propias oportunidades de desarrollo personal.

Simultáneamente, el joven debe volcar su creatividad y su energía, individual y asociada, en resolver prácticamente problemas sociales, especialmente en las áreas más desfavorecidas y con los grupos más vulnerables. No basta con marchar, hay que marchar a ayudar a los más necesitados. Hay que asociarse y cooperar juntos. Participar activamente en los voluntariados. La frase clave es «hacer de más». ¿Qué hacen los jóvenes de más? Gracias a la globalización, sabemos que los jóvenes son los principales integrantes de organizaciones no gubernamentales, de organizaciones políticas ecologistas y de derechos civiles y de movimientos estudiantiles renovadores que combaten las pocas tiranías que quedan en el planeta. Ese número debe ampliarse sostenidamente.

¿Qué acciones deben tomar las empresas para lograr que los jóvenes asuman los retos y accedan a las oportunidades que la globalización ofrece?

Se debe comenzar por la actitud favorable al cambio que debe asumir nuestro sector empresarial, captando la exigencia en términos de una realidad planteada por el entorno. Es decir, el cambio o reestructuración de nuestras empresas es inducido, exigido por el medio. El cambio, en este caso, no parte del interior de las organizaciones hacia el mercado, sino del mercado hacia el interior de las organizaciones. Se debe priorizar la capacidad de adaptación de las organizaciones a las demandas del mercado.

En ese contexto, para seguir siendo competitivas, las empresas deben buscar, seleccionar y formar a los mejores talentos,

donde quiera que estén. Y esos talentos los tienen los jóvenes. La combinación de inversión, educación y política estratégica ha provocado la aparición de centros de innovación en las economías emergentes. Las empresas deberán identificar estos centros de innovación, aprovechando las ideas y la experiencia que aportan. En suma, la empresa debe verse a sí misma como un joven: flexible, horizontal, de mente abierta e interconectada con base a la información.

¿Qué acciones debe tomar el Estado para lograr que los jóvenes asuman los retos y accedan a las oportunidades que la globalización ofrece?

El Estado debe establecer todas las medidas que amplíen el acceso a la tecnología, abaratando los costes para acceder a computadoras, celulares, Internet, etcétera, y facilitar la obtención de las habilidades necesarias para acceder a la tecnología.

Asimismo, los gobiernos deben apoyar las redes asociativas, la promoción de la educación virtual y el uso de Internet, pues esta herramienta fomenta la interculturalidad, ya que los jóvenes, al usarla, comparten, intercambian y «actúan conjuntamente». La tolerancia es una consecuencia de ese proceso intercultural llevado por el uso intensivo de la tecnología.

Además, deben extender las oportunidades de desarrollo personal de los jóvenes en sus localidades, porque los jóvenes se vinculan globalmente a través de los mecanismos virtuales, pero actúan realmente en sus localidades.

Frente a la globalización, lo que hay que tratar de conseguir es que esta proporcione beneficios no solo a algunos, sino a todos; que la paz y seguridad se mantengan no solo para algunos pocos, sino para muchos; y que existan oportunidades no solo para los privilegiados, sino para cualquiera que desee lograrlo. El nuevo siglo es luminoso, hemos de vivirlo a la altura de sus

retos y con la responsabilidad de hacer de él el escenario del florecimiento económico, político, cultural y social definitivo de todas las naciones.

México, D.F., 25 de julio de 2010

Las siniestras razones para creer en el «Che»

En América Latina, cuando se pregunta a los taxistas que colocan la imagen del «Che» en sus vehículos o a los jóvenes que lucen el rostro del guerrillero en coloridas camisetas sus razones para hacer tal cosa, se nos responde con la vaga justificación de que Guevara «luchó por los pobres» o «por sus ideales». Esta salida no debe asombrarnos: si lúcidos intelectuales afirman sin titubear que los niños de la Europa del XIX eran explotados bárbaramente, a pesar de la demostración de lo contrario por parte de distinguidos historiadores económicos como T.S. Ashton y R.M. Hartwell o economistas como William H. Hutt y Ludwig von Mises, quienes aclararon cómo la revolución industrial incrementó notablemente la vida de las masas, expandió la natalidad y el bienestar, gentes menos instruidas pueden creer que un asesino en serie es un justiciero social, una suerte de Cristo de los pobres al que hay que adorar y rendir culto.

Encuentro en mis recuerdos un par de anécdotas sobre esa veneración delirante. En mis años mozos nos recibía una estatua del Che Guevara a la entrada de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, hecha con más ganas que con verdadero arte, ante la cual muchos estudiantes de entonces se arrodillaban. Recuerdo también que uno de mis condiscípulos de entonces se llamaba Gerardo Che Janampa, en un nada discreto homenaje de sus padres al médico rosarino, lo que decía con orgullo entonces, como joven y disciplinado socialista que era, y hoy pretende no recordar, convertido ya en dedicado empresario.

Sin embargo, ni los taxistas, ni mi amigo emprendedor, como tampoco los jóvenes latinoamericanos que ostentan el perfil barbudo fotografiado por Korda en sus remeras, tuvieron un acercamiento profundo al pensamiento de Ernesto Guevara. Les convendría hacerlo: así sabrían que, por su sola condición, serían los primeros en ser ultimados por el autor de *América Latina: despertar de un continente*. Lo terrible de todo esto es que no lo creerían, incluso luego de leerlo, y reafirmarían su fervor guevarista con redoblado entusiasmo. Dicho esto, ¿cómo explicar esta adoración por el «Che», que desafía toda sensatez, todo llamado de atención sobre su vida destructora, todo recuento pormenorizado de sus crímenes?

Una primera forma de dilucidarlo es definir la pérdida de esta liturgia como el horror al vacío: desacralizar a Ernesto Guevara y mostrarlo como la bestia sanguinaria que en realidad fue, supone, para todos los socialistas y muchos confundidos, quedarse sin su último apóstol laico. Tras ese paso, solo les queda la nada, el descreimiento absoluto, la ausencia completa de figuras a las cuales admirar. Ante ese desamparo, la ceguera es la única alternativa.

La segunda manera de desembrollar la piedad por el «Che» es entendiendo que su pretendida heroicidad colma en gran medida la perpetua sed socialista latinoamericana por héroes justicieros. Por ello mismo, refleja la profunda cobardía de los socialistas de hoy, que creen que portando una camiseta con su rostro ya han hecho la revolución, cuando sus padres o abuelos fueron efectivamente ofrendados al Dios Moloch del socialismo, así como a su santón y profeta. No olvidemos que al menos dos generaciones de latinoamericanos fueron exterminados en nombre de este genocida, jóvenes que pudieron aportar mucho a sus países y que se convirtieron en guerrilleros por seguir su ejemplo.

Finalmente, hay que considerar el perverso esfuerzo del socialismo de nuestras tierras por ocultar la historia real del «Che», desbaratando sus hechos reales y modificando sus fechas, hasta llegar a la audacia de desconocer los asesinatos que cometió,

dirigió u ordenó; y, por si no fuera poco, dejar bien asentadas las tinieblas del engaño, al ser repetido incesantemente en las aulas escolares y universitarias; reeditado en los textos que aprenden, junto con sus primeras letras, nuestros niños, y ellos mismos, ya jóvenes, en las universidades; o visto, por centenares de espectadores, en películas y documentales.

Pero toda esa circunstancia, a primera vista imposible de revertir, puede ser transformada si nos sujetamos a la verdad. Dar a conocer, incansablemente, los homicidios y transgresiones de Ernesto Guevara es la tarea. El «Che» mató a más personas que Charles Mason, y debería ser considerado un genocida de los pueblos latinoamericanos, como Hitler, Stalin y Mao Tse Tung lo fueron para sus propios pueblos. Si dejamos asomar la serena faz de esa evidencia, podremos exorcizar al fatuo icono que representa falsamente la justicia para los más necesitados.

Santiago de Surco, 28 de junio de 2011

Plumas democráticas para Cuba

La Cuba libre y democrática tiene nuevos defensores. Es lo que podemos concluir luego de leer los estupendos ensayos de los jóvenes autores latinoamericanos reunidos en el volumen *Plumas Democráticas: Primer Concurso de Ensayos sobre la Realidad Cubana*, que ha organizado, y ahora publica los trabajos ganadores, el Instituto Político para la Libertad, que dirige con notable acierto la activista y documentalista peruana Yesenia Álvarez.

Pocas veces ha llegado a mis manos un libro que reúne tanto juventud como talento, pasión como reflexión, e ingenio mordaz junto a un sincero compromiso con las ideas de la libertad, así como su aplicación para Cuba en dosis precisas y alternadas con cuidado, lo mismo que con fervoroso deseo. Por eso he de recomendar su inmediata lectura, como el punto de partida de una nueva reflexión sobre el régimen de la isla, hecha por estos nietos de los cultores de la revolución, que la observan con la distancia que da el medio siglo de su infortunada existencia, y sin formar parte de las histerias ni mutuas acusaciones que marcaron a fuego a los participantes del debate sobre ella durante la segunda mitad del siglo XX.

Tuve la oportunidad de conocer personalmente a los ensayistas cuando presenté el libro en Lima hace unas semanas, y pongo por escrito lo que dije en ese momento: que así como José Martí expresara que *honrar, honra*, tengo por cierto que los países de los escritores premiados honrarán los valiosos méritos de estos noveles escritores, y que la senda abierta ahora, con sus estupendos trabajos, continuará rindiendo frutos más maduros y luces más

meridianas que los producidos a partir de estos textos, germinales y bellos, que tanto emocionan como denuncian, e invitan a una concienzuda y solvente meditación sobre el calvario cubano, a tono con el siglo XXI.

Y, como si conocer a estos veinteañeros admirables no fuera suficiente, los presentes tuvimos, esa mágica noche, el invaluable privilegio de ser honrados con la inmanente presencia de Huber Matos, uno de los principales comandantes de la revolución, opositor luego a Fidel Castro, quien quiso primero fusilarlo y luego lo encarceló veinte años. El comandante Matos —que es un retrato vivo de la historia reciente edificándose— da cuenta de esta epopeya en sus memorias, tituladas *Cómo llegó la noche* y es, en la espléndida expresión de Juan Marinello sobre José Martí, «el héroe que dio a la libertad la categoría de belleza». El ejemplo y la conducta de este moderno prócer de la libertad, su palabra y su voluntad incoercible para hacer realidad su sueño de una Cuba libre, democrática y digna, convierten su legado en universal e inmortal. Fue emocionante escucharlo decir que esta presentación fue para él un día tan feliz como el de su libertad.

Sobre el libro, cabe señalar que sus autores llevan a Cuba en el corazón, y quieren transformar ese desdichado infierno en un paraíso de verdad, donde se viva una vida hermosa, cómoda, jubilosa, en la que, como cita con acierto uno de los ensayistas, se «ha descubierto el sentido de la vida que han estado persiguiendo, sin alcanzarlo, todas las civilizaciones del mundo occidental». Tal es el propósito último que asiste a todos los autores premiados: que Cuba reverdezca, floreciente, con democracia y libertad. Son las ideas que, cual si fuese una obra de teatro, desarrolla Lemis Tarajano Noya, sintetizando la historia de Cuba con su vivencia personal; es la denuncia de Silvia Mercado Alemán, que subraya las miopías del autoritarismo y las confronta con la esperanza del cambio que vivifica a los disidentes.

Es también la luz que permite a Agustín Laje Arrigoni desmontar, argumento a argumento, todos los mitos del castrismo

en educación, salud, en la actual explotación y desigualdad que los cubanos padecen, como en la falacia histórica del bloqueo y la dignidad a que alude el régimen de la isla, manidamente. Alcanzar el paraíso desperdiciando la abulia y superando la decadencia de esta estafa socialista es, por cierto, el *leit motiv* de Rafael Alejandro Brea Pérez, señalando con acierto que, cuando los tiempos se ponen difíciles, es porque muy pronto vendrán las soluciones. A su vez, encarnar el sueño de libertad supone hurgar en la anatomía de esta caída perpetua del régimen cubano, como hace con ejemplar ahínco Miguel Ángel Curo Sierra, y denunciar este camino de servidumbre, con sus múltiples ramificaciones latinoamericanas, en la voz de Lisbeth Prieto García.

Hoy, que ese sueño sigue pareciendo lejano, no debemos olvidar que nunca está más oscuro que antes de amanecer. La luz de esperanza y de libertad se luce, renovada, en los rostros e ideas de estos jóvenes ensayistas, que *sembraron en manada a nuestros padres*, como escribiera el poeta peruano Antonio Cisneros. Sigámosla para hacer de Cuba el primer país libre y democrático de este nuevo siglo.

Lima, 17 de agosto de 2011

Literatos carroñeros y de izquierda

Es perturbador que la poesía peruana merezca, por fin, alguna atención de su opinión pública, pero debido al execrable crimen cometido por la matricida devenida en poeta Giuliana Llamoja y el incumplimiento, por parte de la antes citada, de las normas de buena conducta penitenciaria antes de lo que en verdad se debe destacar de los mejores vates: su talento literario, su compromiso con la cultura, los premios que reciben, su sensibilidad consonante con lo más diáfano de su colectividad.

Es perturbador por parte de la opinión pública peruana, ya que nos revela el grado de su refinada putrefacción y embrutecimiento, y nos muestra cuán lejos está de lo civilizador, liberal y moderno; pero es algo que conocemos y, para mi escándalo y el de algunos, poquísimos, no nos sorprende. Ya estábamos acostumbrados a ver a algunos peruanos como violadores de sus propios hijos o como suicidas que los matan y se matan en venganza o para huir de la responsabilidad por su delito. O a darlos como corruptos, mentirosos patológicos, cínicos y desprovistos de escrúpulos. Que haya hijas que maten a sus propias madres por fama, dinero, herencias o sicopatías profundas es solo la otra cara de esta moneda sangrienta.

Es inquietante, pero no desconocido: los peores peruanos se asumen como valientes en democracia, pero cobardes en dictadura, incapaces de terminar estudios, inútiles en elegir personas capaces y honestas para dirigirlos, para concluir sus viviendas, incapaces de conducirnos como compatriotas y buenos vecinos, de ser sencillamente solidarios o responsables ya no

con el prójimo, sino con nuestros propios padres e hijos. Qué duda cabe, para este sector somos nuestros más implacables enemigos.

Lo que, siendo enloquecedor, es nuevo, es el comportamiento de muchos poetas peruanos, que usan estas circunstancias lamentables como un vehículo para alcanzar un fatuo reconocimiento, no importándoles que medie un cadáver con tal de ganar un *flash* o una nota periodística. Muchos de ellos, de progresista temperamento, a quienes creí conocer cercanamente, se han vuelto, para mi total sorpresa, *los gallinazos sin plumas*¹ de nuestras letras, estirando sus cuellos largos y despellejados para devorar las entrañas corrompidas de los muertos, los ignorantes y los llanamente fronterizos.

Si, como dicen, para lo único que uno nunca envejece es para el asombro, esta actitud de varios poetas peruanos es una sorpresa. Intento que no lo sea tanto cuando me digo: «No olvides que comparten, ellos también, el sino trágico de ser peruanos». Pero siempre creí que esa sensibilidad, ese talento, esas lecturas, pero, sobre todo, su irrefrenable vocación de izquierda y, en consecuencia, su simpatía innata por las víctimas de los crímenes, las injusticias y los despojos, los haría por lo menos más resistentes a esa descomposición que nos cerca.

Y no, pues, jóvenes, maduros y viejos, con mayores o menores trayectorias, le han dado una nueva definición al ucace vargasllosiano del intelectual barato: el literato carroñero. Este ya no claudica, como aquel que denunciara el autor de *La ciudad y los perros*, de sus principios de izquierda, para obtener una beca, un viaje o una cátedra a las metrópolis imperialistas; el literato carroñero rinde las banderas de su sentido común, su criterio, su moral personal, sus especiales sentimientos y decires, para

¹ Es el título de uno de los más importantes cuentos del narrador peruano Julio Ramón Ribeyro, publicado en 1955. De impronta realista urbana, narra la trágica historia de dos huérfanos, que son explotados por su abuelo hasta que, por una infortunada pero asaz circunstancia, logran huir de su cautiverio.

explicar, justificar, amparar o pasar por aguas malas las acciones de una matricida o, en otro flagrante caso, un terrorista, en una lamentable circunstancia que no debemos pasar por alto.

Así es: la promoción de la poeta matricida y prófuga por los literatos carroñeros se parece mucho al ensalzamiento literario de terroristas peruanos comprobados como Edith Lagos y Osmán Morote, ambos integrantes del Partido Comunista del Perú/Sendero Luminoso. Al respecto, los invito a leer, para que veamos cuán bajo hemos caído en estos reinos, el artículo de la poeta Victoria Guerrero «El cuerpo muerto y el fetiche en Sendero Luminoso: el caso de Edith Lagos», publicado en la revista *Intermezzo tropical*,² y el comentario «Osmán Morote, el poeta», de la periodista Patricia Wiese, sobre el poemario de Morote *Ya no soy, simplemente somos*, publicado la revista IDEELE.³

En efecto, qué más da si ensalzamos y respaldamos la carrera literaria de la criminal Llamuja, si ya lo hacemos con quienes ejecutaron, planificaron o justificaron el terrorismo de Sendero Luminoso, y ahora escriben plácidos poemas, sin el menor atisbo de arrepentimiento. Sobre todo, porque no se trata de justificaciones oprobiosas a genocidas, como la *Oda a Stalin* escrita por Pablo Neruda, o, si descendemos más en la infamia, con el antisemitismo y racismo repugnantes de *Bagatelas para una masacre*, panfleto de Louis-Ferdinand Céline, probado colaborador de la ocupación nazi en Francia. No: para estos apañadores, en este caso el poeta *es* el terrorista o el criminal, y eso está muy bien. En el Perú se ve que avanzamos.

Es indignante que tengamos que escribir sobre esto. En una sociedad medianamente razonable, un criminal es un criminal, y su genio para el arte o la creación literaria no constituyen un

² «Tribu/laciones del sujeto des/centrado latinoamericano», en *Intermezzo Tropical*, III.3, Lima, agosto de 2005, pp. 71-81. Véase en: <http://www.andes.missouri.edu/andes/Especiales/VG_CuerpoMuerto.html>.

³ IDEELE, n.º 214, 2011. Véase en: <<http://revistaideele.com/ideele/content/osm%C3%A1n-morote-el-poeta>>.

atenuante de sus actos, sino, por el contrario, un agravante, a mi modo de ver. Y he aquí el corazón de este asunto. A despecho de mi propio criterio, en los casos de Neruda o Céline, finalmente, sus dotes extraordinarias y las singularísimas obras que nos legaron pueden, en cierto modo, hechas las sumas y restas, darles la coartada de reconocer que son notables por sus grandes creaciones y contribuciones a la literatura de su tiempo, y que sus gruesos errores son, parcial o totalmente, excusables. Y este no es el caso. No estamos frente a la obra definitiva de la poesía peruana, la que puede convertirse en el adelanto de un nuevo lenguaje, una novedosa forma de expresión que influirá en los escritores más jóvenes, o el modo más sobrecogedor de mostrarnos los terribles demonios del creador.

No. Si algo caracteriza la obra literaria de todos estos asesinos, es su superlativa mediocridad. En sus supuestos «poemas» no se encuentra nada: ni la mordacidad, ni la belleza, ni la epifanía de una frase conmovedora o deslumbrante. ¿Para esto se juega el prestigio el poeta carroñero? Si algo ha leído es poesía, y puede, en efecto, discernir el relámpago del parto de los montes en lo que a poemas se refiere. Si lo hace por afinidades ideológicas antes que literarias, entonces es un militante, no un escritor. La poesía es un mero instrumento para alcanzar su meta revolucionaria, lo mismo que el fusil o el panfleto. Y, si lo hace, como temo, solo por el hambre de prensa, lo suyo es una bajeza, un sinsentido, una torpeza, una mayúscula inmoralidad, una complicidad en el delito de sus protegidos o prohijados.

Por si no lo hemos notado, los escritores peruanos debemos combatir contra la indiferencia, la ignorancia y la indolencia de las élites y las masas del Perú, el cuasi abandono del Estado, de los gobiernos regionales y municipales, la ausencia de premios importantes, el desdén de la empresa privada o, cuando no, su estólida ceguera. Hay que luchar contra un país ágrafo e inculto, que desde el remoto pre incanato hasta la modernidad cosmética y falaz que denunció Basadre, ha considerado a la

inteligencia, la sensibilidad y la cultura como peligrosas, porque no las entiende; como alienantes, porque nunca han sido suyas; como una pérdida de tiempo, porque en sus horas y años por vivir solo existen el ruido, el empobrecimiento, la violencia y el embrutecimiento.

Si tales son nuestros terribles obstáculos, ¿qué hacemos promoviendo las mediocridades seudoliterarias de terroristas y matricidas? Nuestra tarea es otra: seguir aprendiendo a escribir, persistir en el oficio, corregir de modo obsesivo, llamar la atención de los demás peruanos metiendo el dedo en la llaga de su ausencia de educación y comprensión de lectura, demostrar que la rentabilidad y el beneficio no son opuestos a la cultura, el arte y la poesía, en suma: hacer cosas serias para que se nos tome en serio.

Lima, 25 de enero de 2012

Vivir la libertad

Diversos y recientes acontecimientos ocurridos en el Perú —los conflictos sociales, las terribles expresiones racistas de un grupo de jóvenes contraperiodistas, la ausencia de crítica y deslinde en los miembros del MOVAREDEF respecto al terrorismo, entre otros— suscitan en mí la siguiente reflexión: a pesar de llevar ya veinte años de un supuesto «liberalismo económico», la libertad no habita entre nosotros, no se respira ni se practica en la vida cotidiana de los peruanos.

Aquí han llegado únicamente las tecnologías que son, en buena cuenta, el fruto final de la libertad; es decir, maravillosas creaciones que fueron producto de la puesta en práctica de una idea —la libertad— que produjo unas instituciones —los derechos individuales, la tolerancia, el Estado de Derecho, el mercado— que permitieron que la creatividad humana se desencadenara, y que los innovadores cosechasen el producto de sus obras y disfrutaran del fruto de sus creaciones.

De esta manera, al Perú llegaron los vapores, los ferrocarriles, el teléfono, la electricidad, los automóviles y los aviones. Pero nunca se instaló la cultura cívica que permitió que estas innovaciones existieran. Así, como semillas en tierras áridas, estas tecnologías siempre han echado raíces débiles en nuestro país, y sus frutos han sido pobres. Y mi preocupación es que lo mismo puede pasar con las tecnologías de la información que, ahora, tanta sorpresa y admiración nos causan, como también con la estructura institucional que provoca el crecimiento de nuestra economía, como ocurrió durante el auge que tuvimos en unas décadas de los siglos XIX y XX, y que también se diluyeron.

Por tanto, la libertad debe vivirse en el Perú. Si los peruanos no aprendemos a ejercer la libertad desde nuestra más temprana infancia, si no la practicamos en nuestros hogares, si los padres no la transmiten a sus hijos, si los maestros de los colegios públicos y privados no la enseñan a nuestros niños y jóvenes, si no la reconocemos como parte indispensable de nuestra vida cotidiana, me temo que estas tecnologías e instituciones pasarán por nosotros sin habernos transformado —tal cual hoy se usan muy poco los trenes, a pesar de nuestra inaccesible geografía— como el corazón de un cuenco de río no se humedece a pesar de que esté siempre sumergido.

Para vivir la libertad en un país diverso en lo racial, lo cultural, lo geográfico y lo lingüístico, como es el nuestro, debe surgir y practicarse sobre una base de respeto, civismo, legalidad y confianza. De acuerdo con el economista argentino Alberto Benegas Lynch (h), la libertad «es el respeto al prójimo». En consecuencia, solo viviremos la libertad en el Perú si somos tolerantes, si respetamos al otro, al que es diferente a nosotros, y lo respetamos y valoramos como queremos ser respetados nosotros mismos. Lo contrario es continuar viviendo en ese trágico escenario de violencia social, de conflicto permanente entre peruanos, de insultos racistas, de mutuas acusaciones en la política, de desdén por la cultura, de sospecha por el emprendedor, de deliberada ignorancia y ausencia de remordimientos por las tragedias pasadas.

Esto ocurre porque no se enseña ni se practica la máxima del prócer mexicano Benito Juárez: «El respeto al derecho ajeno es la paz». Porque no aprendemos que el vilipendiado término «capitalismo» tiene como origen la palabra latina *capitia*, cabeza: un sistema donde el ingenio humano es la clave a fin de producir en masa para el consumo de las masas, como enseñó Ludwig von Mises, que descubre en forma continua la mejor y más eficiente manera de atender las necesidades ilimitadas de las personas solo con los limitados recursos de los que disponemos. Porque, en nuestra vida cotidiana, seguimos practicando la obsesión

provinciana y anticuada de moralizarlo todo, insultando a quien no sea un santo virtuoso y héroe patriótico, viendo la paja en el ojo ajeno en lugar de la viga en el propio, en lugar de dejar a la gente ser libre.

Para que las futuras generaciones de peruanos puedan llegar a vivir con el nivel de desarrollo, económico y social, al cual todos aspiramos, necesitamos liberar esa creatividad que constituye la esencia del ser humano. Ese Perú desarrollado debe ser creado por sus ciudadanos, y el insumo necesario y suficiente para eso es la auténtica libertad, intelectual, artística, tecnológica y empresarial.

En suma, para que exista la libertad en el Perú se debe enseñar a que se respete la libertad. Hay que vivir la libertad y no simplemente predicarla y dar leyes que la sustenten. Debemos imprimirla en las mentes y corazones de los peruanos. Educarnos en que todas las libertades —de expresión, de empresa, de confesión religiosa— son una y la misma libertad. Se debe liberar realmente a los emprendedores peruanos para permitir que el espíritu de empresa eche raíces y se desarrolle en nuestro país. Que, para vivirla, la libertad sea integral: esa es la tarea a que nos debemos comprometer todos los peruanos.

Lima, 17 de septiembre de 2012

La medicina para sanar la economía.
Sobre *Economicina*,
de Julio Pascual y Vicente

Como nunca antes, me veo ahora en el difícil reto de presentar al distinguido profesor español Don Julio Pascual y Vicente y su libro *Economicina* en el Perú, cuando en realidad soy yo quien, humildemente, debería pedirle que me presentara a mí, dada su singular trayectoria académica y sus valiosos talentos intelectuales. Más aún si, por si fuera poco, debo realizar esta empresa junto al reconocido jurista, mentor y amigo, doctor Enrique Gherzi Silva, por quien profeso una fervorosa admiración. Este es un doble privilegio, del cual, no obstante, espero estar a la altura, pese a mis escasas fuerzas, en estos días de verano inclemente todavía más pobres y dispersas.

Siendo la primera vez que Don Julio presenta un libro suyo en tierras peruanas, cabe darlo a conocer entre ustedes. Debo referirlo como un hombre de carácter firmemente asentado en los mundos de la empresa, la academia y la promoción de la libertad. En tanto empresario, es como Dick Sand, el jovencísimo protagonista de *Un capitán de quince años*, de Julio Verne, pues fue a esa edad en que asumió la responsabilidad de los negocios familiares.

En ese empeño, impulsa de modo notable el asociacionismo empresarial y participa en la fundación de la Confederación Española de Organizaciones Empresariales, cuyo Comité de Política Económica preside durante más de una década. A su vez, promueve la patronal del metal que dirige como Secretario General

por 18 años y, en 1980, se incorpora al Comité Ejecutivo de la Organización Europea de Industrias Metálicas y de la Organización Europea de Empleadores Metalúrgicos.

A fines de los ochenta, promueve la Fundación de la Confederación Española de Organizaciones Empresariales del Metal, Confemetal, para la formación empresarial, que dirige hasta 1994. Ese espíritu emprendedor lo ha llevado a ser consultor internacional en numerosas oportunidades, director del departamento de derecho de la competencia de la firma internacional de abogados Ashurst a partir del 2005 y, desde el año pasado, a integrar la Corte de Arbitraje de Madrid.

Su carrera académica, también singular, lo ha hecho licenciado en Economía por la Universidad Complutense con Premio Extraordinario, así como doctor *summa cum laude* en esta disciplina, reciente licenciado en derecho, profesor de ciencias económicas en el ya citado claustro madrileño, distinguiéndose a su vez como autor de varios libros y numerosos artículos de economía y derecho de la competencia, y conferencista sobre estas materias, de las que es reconocida autoridad internacional.

No menos extraordinaria que la actividad empresarial y académica en la vida de Don Julio Pascual lo constituye su compromiso con la libertad. Junto al líder liberal Joaquín Garrigues Walker, impulsa la democracia y la economía de mercado en España en el complejo período de la transición. En 1978 promueve el Instituto de Economía de Mercado y redacta el artículo 38.º de la Constitución Española, que consagra la libre empresa y la economía de mercado en España.

En los años setenta promueve Unión Editorial, a la que los liberales de todas las latitudes tanto debemos, y fue su presidente. Pertenece también a la sociedad internacional de pensadores liberales Sociedad Mont Pelerin desde 1974. Por último, en 2010, funda el Instituto de Estudios de Competencia para difundir el derecho de la competencia entre los empresarios y directivos. Por si fuera poco, Don Julio Pascual y Vicente encontró tiempo

para participar en el servicio público como vocal del Tribunal de Defensa de la Competencia desde 1996 hasta 2005.

Dicho esto, debemos felicitarlo por el libro que presentamos hoy, *Economicina*, que reúne de modo equivalente e inesperado la experiencia de los años vividos con la riqueza de muchas anécdotas por narrar, en tanto habla su memoria y ha vivido para contarlas; la pasión del defensor de un ideal tan sublime como la libertad, la disciplina, el coraje y la honestidad intelectual de quien se debe a sus convicciones; la sapiencia de la frase precisa, sostenida con datos y pruebas, del profesor universitario; y el cable a tierra del columnista periodístico, que domina con salero la siempre variante coyuntura. Me atrevo a afirmar que, de haber vivido más años, el genial Frédéric Bastiat sería el antecedente inmediato que nos ofrece Don Julio Pascual en las páginas de su obra, cuya inmediata lectura me apresuro a recomendar.

Sus textos representan la cura definitiva de los males definitivos de la pobreza, el intervencionismo del Estado, el populismo y el socialismo. Si, como llevamos diciendo los liberales durante tanto tiempo en extensos volúmenes, la economía libre es solo el sentido común de las gentes aplicado al intercambio, la creatividad y el emprendimiento, las recetas ofrecidas por este Hipócrates de la libertad son la viva expresión del más común de los sentidos.

Con ese perfil ameno, llano, fácil de entender, con sus respuestas, directas y contundentes, y por ello muy hispanas, Pascual y Vicente dota a la economía y al liberalismo de un nuevo entendimiento, y cumple a cabalidad con la recomendación que daba Popper a los filósofos: explicar lo complejo en términos simples.

En el tratamiento que desarrolla, el libro de Don Julio Pascual nos señala que la libertad económica es la mejor terapia para combatir la pobreza y abrir las puertas de la prosperidad a una cantidad cada vez mayor de personas. Los ingredientes clave de esa medicina son la elección personal, el intercambio coordinado por mercados, la libertad para entrar y competir en

los mercados, la protección de las personas y de los derechos de propiedad. En cada página de su libro caemos en cuenta que la historia de la modernidad es la del individuo en búsqueda de su libertad y la conquista de sus derechos. Este proceso de ensayo y error, de victoria y derrota, de logros y de pérdidas nos llevó a la progresiva conformación de sociedades cada vez más libres, plurales y tolerantes.

Para ir concluyendo, el libro de Don Julio Pascual y Vicente nos inmuniza contra el despotismo, el populismo y el cesarismo, excrecencias de quienes se nombran a sí mismos salvadores de la patria, esos tristes predestinados que creen que con ellos se inicia el mundo. Entre tanto llegue el día definitivo en que nos libremos para siempre de los débiles hombres fuertes, sigamos la lección de fondo de *Economicina*: nunca hay una meta o punto de llegada, porque siempre la creatividad humana se plantea nuevos puertos hacia los cuales navegar, en medio de las cambiantes corrientes de la historia y de obstáculos imprevistos que debemos superar con valentía, y que el esfuerzo por construir una sociedad libre se nos aparece como una travesía infinita.

Santiago de Surco, 7 de marzo de 2013

Confesiones de un poeta liberal

Para construir nuestra vida y darle sentido las convicciones son indispensables. Nuestras convicciones nos definen y constituyen la garantía del cumplimiento de nuestras responsabilidades. Sin ellas, no diferenciamos lo bueno de lo malo, lo correcto de lo incorrecto. No conocemos de dónde venimos, qué somos y hacia dónde vamos. Sin convicciones, somos personas sin rumbo y sin destino.

No obstante, a veces sucede, entre quienes tenemos claras convicciones, que todo y todos parecen estar en contra de los principios que encarnamos. En esos difíciles momentos, de desconcierto y penumbra, en los que el aire que nos rodea se nos aparece invadido de polvo, es pertinente apretar los dientes y, con vergüenza torera, recordar porqué defendemos los valores que nos parecen acertados y apropiados.

Quien haya leído lo que alguna vez he escrito sabrá que este escriba defiende la libertad y, en consecuencia, el liberalismo como su expresión ideológica. Tan solo hacerlo genera en muchas personas terribles animadversiones, burlas, molestias y malentendidos, como enemistades profundas y gratuitas. Así, uno se suele encontrar en esa encrucijada en la que se pregunta: ¿por qué sigo siendo liberal? ¿para qué continuar defendiendo la libertad? Mi vida sería más feliz. Tendría más amigos y menos enemigos.

En esos momentos vuelvo sobre mis reflexiones y recuerdo que siempre he abrigado la convicción de que la libertad es el bien máspreciado que poseemos y que, por tanto, hay que cuidar de ella como un buen padre se desvela por un hijo enfermo.

El libre albedrío, como lo han señalado tantos pensadores, nos confiere una dignidad irrenunciable, constituye un derecho natural, representa una cualidad que nos hace realmente humanos. Además, la conciencia de la libertad es la sustancia originaria de nuestra historia: ese instante luminoso en el cual una persona advierte que puede asumir el control sobre su vida, que cada paso que da puede estar precedido de una decisión personal, que el mundo no le es ajeno, sino arcilla que se cuece entre sus manos.

Rescato, además, que mi convicción por la libertad también se debe a su papel fecundador. De la libertad nace la ética, porque la actuación moral se diferencia de la inmoral solo por el libre albedrío. A partir de ella tenemos dignidad, pues solo puede dar y exigir respeto quien es libre. Gracias a la libertad fructifican la tolerancia, la vocación de servicio y la solidaridad: solo una persona que cree en la libertad es verdaderamente respetuosa del prójimo, porque lo reconoce como su igual. Solo busca servir quien es libre y, en consecuencia, ejerce la facultad de dar. La persona libre es solidaria porque puede dar de lo suyo, y por su propia voluntad, a quien lo necesita.

Ahora bien, la libertad no consiste en hacer lo que uno quiera, como advirtió Montesquieu, y creen algunos confundidos: es actuar respetando siempre el derecho ajeno, y afirmando ese respeto con la responsabilidad individual, el derecho y la ley. Por eso, si defendemos la libertad, debemos defender en consecuencia al pobre maltratado en un hospital del Estado, al niño torturado en una comisaría, o al campesino acusado injustamente de terrorismo, porque su esencia es el derecho de toda persona a ser protegida por las leyes cuando ha sido objeto de un daño, como señaló la famosa sentencia «Marbury versus Madison».

Además, se defiende la libertad porque es la piedra angular que afirma los cimientos para construir una mejor sociedad en el largo plazo. Gracias a las libertades consagradas en sus constituciones y estados de derecho, las personas que allí viven observan

cómo, poco a poco, se amplían sus trayectorias y calidades de vida. Históricamente se experimentó, con el liberalismo, una expansión de las libertades de los seres humanos. La posición social ya no se definió por las circunstancias del nacimiento. De ahí que en una sociedad moderna cada uno de nosotros sea responsable de las consecuencias de nuestras decisiones, y estas marcan nuestro destino de modo indeleble.

Por cierto, cabe recordar que defendemos la libertad porque aquella nos impele a ser más creativos, eficientes y competitivos al adoptar nuestras decisiones, y la capacidad de adoptar decisiones, fruto de nuestra libertad, permite a los individuos y a las organizaciones optar por nuevos caminos e inquirir constantemente por una mejoría. Por eso, las naciones que tienen una mayor prosperidad son las que gozan de un estado de derecho estable, de una democracia consolidada y, por ende, de una mayor libertad económica.

Confío en que estas reflexiones ayuden a los liberales a seguir siendo fieles a sus convicciones, y a procurar no perderlas, en los tiempos difíciles, de mares borrascosos, de dolor y desasosiego, que siempre nos tocarán pasar. No olvidemos nunca que defendiendo nuestras convicciones se encuentra el camino para alcanzar nuestro progreso y bienestar.

Santiago de Surco, 15 de marzo de 2013

Milton Friedman y la verdad histórica

Estando cerca de cumplirse los 102 años del nacimiento de Milton Friedman, uno de los más importantes economistas del siglo XX, profesor de la Universidad de Chicago y Premio Nobel de Economía en 1976, es pertinente señalar que sus tesis y pensamiento, así como su vinculación con América Latina, especialmente con Chile, no ha dejado de ser controversial para un sector de dicha sociedad.

Al respecto, un libro que he leído recientemente y cuya lectura deseo recomendarles es *Un legado de libertad: Milton Friedman en Chile*,⁴ cuyo principal mérito es despejar toda polémica en torno a considerar al economista norteamericano un estrecho y directo colaborador de la dictadura de entonces, como muchos prefieren creer hasta hoy. *Un legado de libertad* aclara ese terrible malentendido, malévolamente explotado por los «fascistas de izquierda» y neo-violentistas que se pretenden garantes de la moral, la libertad y los derechos de las personas, cuando solo las aborrecen.

Más allá de la conferencia «Bases para un desarrollo económico» que ofreció Friedman en 1975, y de una carta que dirige al General Augusto Pinochet, no existe una mayor vinculación entre el régimen y el autor de *Libertad de elegir*. Cabe destacar que, en toda su trayectoria académica, Friedman fue un defensor de

⁴ *Un legado de libertad: Milton Friedman en Chile*. Milton Friedman, José Piñera, Sergio de Castro, Axel Kaiser, Jaime Bellolio y Ángel Soto (compilador). Instituto Democracia y Mercado, Atlas Economic Research Foundation, Fundación para el Progreso y Fundación Jaime Guzmán, 2012. Santiago de Chile, Chile. 104 páginas.

la libertad política y la libertad económica, pues muchos años antes de su visita a Chile, en 1947, funda junto a Friedrich A. von Hayek la Mont Pelerin Society, que «tuvo por objeto (según Friedman) promover una filosofía liberal clásica, es decir, una economía libre, una sociedad libre tanto civilmente como en derechos humanos», tal cual cita el pensador chileno Axel Kaiser en el ensayo que ofrece en el libro bajo comentario.

Asimismo, Jaime Bellolio en su ensayo cita el discurso de Milton Friedman realizado en noviembre de 1991, con motivo de la inauguración del Smith Center de la California State University, donde señala que «en Chile, la presión por la libertad política, que fue (en parte) generada por la libertad económica y los exitosos resultados económicos, terminó en un plebiscito que introdujo la democracia. Ahora, luego de un largo tiempo, Chile tiene las tres cosas: libertad política, libertad humana y libertad económica». Por eso recomiendo este libro en estas fechas de celebraciones a Milton Friedman: porque la verdad, aunque tarde y se nuble con las oscuridades de sus enemigos, siempre sale a la luz.

Lima, 10 de marzo de 2014

El sentido de la libertad.
Sobre *Sentido liberal*,
el sendero urgente de la libertad

¿Qué es *Sentido liberal*, *el sendero urgente de la libertad*?

Sentido liberal es un aporte que ha nacido de la siguiente enseñanza: para hacer libres a nuestras naciones, la libertad debe estar sostenida por un espíritu de armonía, como al que se refería uno de nuestros héroes, Frédéric Bastiat, fruto de ese concierto de voluntades, propias y ajenas, trabajando para superar su condición presente, sin las cadenas de un Estado ineficiente y opresor, de alcanzar un mejor futuro, de forjarlo mirando hacia adelante, o para decirlo en una frase: con grandeza, desprendimiento y generosidad. Como si esa enseñanza no fuese suficiente, *Sentido liberal* responde a la actitud vigilante que todo liberal que se respete debe tener contra los siniestros populismos, que replantean, como bien se indica en esta obra, la vertebral frase de Lord Acton: el poder corrompe, pero solo el populismo corrompe absolutamente.

Sentido liberal también es un llamado a todos los que creen en la libertad, a no desfallecer ni desalentarse, a pesar de los diversos momentos de duda sobre el difícil porvenir de la libertad en América Latina, manteniéndose siempre fieles y con la cabeza alta para la defensa de esta idea, indispensable e invisible como el oxígeno para la vida. Lo que en sus diversas páginas, sobre la política y la literatura, este libro mío se pregunta, es: ¿por qué tomar el sendero urgente, juvenil, vívido y nuevo de la libertad?

Respondemos: porque, siendo personas libres, la libertad nos da la opción de forjar un destino a la altura de nuestros talentos y

posibilidades, elegido por nosotros, mucho mayor y más valioso que cualquiera de los que hemos imaginado hasta ahora. Solo tenemos que intentarlo. Observemos que, si todo lo alcanzado proviene de una libertad aún parcial, y no del todo fuerte, imaginen lo que provendrá de una libertad más amplia, más vigorosa, mejor.

Pero alcanzar los frutos mayores y más deliciosos de la libertad requiere de un esfuerzo mayor. Requiere protegerla como se cuida a un recién nacido o una flor en botón: «el precio de la libertad es la eterna vigilancia», enseñó —eso dicen— el gran Thomas Jefferson, sabiendo lo feble y frágil que esta puede ser. De tal suerte, defender la libertad requiere que entendamos que no está dada, que puede extraviarse en cualquier momento, y que el faro para impedirlo, como se desprende de *Sentido liberal*, es la cultura, las letras, la poesía. Como escribió el historiador inglés Paul Johnson: «Una de las lecciones de la historia que uno debe aprender, por más que resulte desagradable, es que ninguna civilización puede darse por sentada; siempre hay una era oscura esperando a la vuelta de la esquina».

Así, si creemos que defenderemos la libertad conquistada únicamente por sus aún iniciales logros económicos, erramos de plano. Nos lo recordó, sapientemente, Alexis de Tocqueville en 1856, al señalar que «aquellos que valoran la libertad por los beneficios materiales que ofrece nunca la han mantenido por mucho tiempo. [...] El hombre que le pide a la libertad más que ella misma, ha nacido para ser esclavo».

En resumen, se lucha por la libertad porque con ella todas las cosas serán nuevas. Por eso, trabajemos unidos, haciendo lo que mejor sabemos hacer: unos escribiendo, algunos más promoviendo, otros activando políticamente. Lo que promueve *Sentido liberal* es que una mayor unión entre los liberales, y con todo defensor de la libertad, nos permitirá realizar, de una vez y para siempre, nuestro propio futuro, proponernos metas más altas y conseguirlas. Porque si hay algo que ha aquejado a los liberales en toda su historia, es su histórica ceguera cuando de trabajar en

equipo se trata. Cambiar esa historia es una tarea estimulante. Y porque —en lo personal— quiero creer todavía que esa ceguera es tal porque el objetivo a alcanzar no está aún lo suficientemente claro. Entonces, abrir el sentido de la libertad para los latinoamericanos es una tarea que requiere de nosotros, personas sencillas, actos extraordinarios, sublimes, comprometidos, desprendidos y que superan, con mucho, nuestras propias fuerzas. Por eso mismo, es una creación heroica.

Y solo se puede llamar al heroísmo, en una empresa semejante, con poesía. Decir, como lo hace el poeta, que si «por todas partes nos cercaba un muro de olas negras», sería la libertad «¿una solitaria columna de rocío?». No, «tiene que ser un relámpago perpetuo». La lección de *Sentido liberal* es la siguiente: si nosotros no defendemos nuestra libertad, nadie lo hará en nuestro lugar. No podemos tomarnos vacaciones de nosotros mismos. No hay batalla peor perdida que aquella a la que uno no se presenta. Consideremos que sin la libertad no hay luz ni creación, el mundo es más mediocre y gris. Que ella es iluminación, porvenir, grandeza, prosperidad y esperanza. Ese es el sendero urgente que *Sentido liberal* les propone.

Entonces, defender la libertad depende de nosotros, hoy y ahora, porque, en el andar incesante del tiempo, las personas cambian y se suceden, pero la humanidad adelanta siempre y cada generación tiene su deber en esta obra común. ¿Qué hacer, entonces? Junto a *Sentido liberal*, digámoslo como lo hizo el poeta cubano Fayad Jamis, en su texto *Por esta libertad*⁵:

Por esta libertad de canción bajo la lluvia
habrá que darlo todo.
Por esta libertad de estar estrechamente atados
a la firme y dulce entraña del pueblo,
habrá que darlo todo.

⁵ Con este poemario, Jamis ganó el Premio Casa de las Américas de 1962.

No hay alternativa sino la libertad.
No hay más camino que la libertad.
No hay otra patria que la libertad.
Por esta libertad
bella como la vida,
habrá que darlo todo;
si fuere necesario
hasta la sombra,
y nunca será suficiente.

Lima, 17 de marzo de 2014

La verdad de Hilda Molina

Hace unos días presentamos en Lima el libro *Mi verdad* de la doctora Hilda Molina, ante una multitudinaria audiencia, junto a los librepensadores Álvaro Vargas Llosa y Carlos Alberto Montaner, dilectos amigos, en una magnífica cobertura organizada por la notable Yesenia Álvarez y su Instituto Político para la Libertad.

El devoto público de esa noche se dispuso atentamente a escuchar la muy conmovedora historia de esta neurocirujana nacida en Cuba, quien decidió, luego de un largo proceso de convencimiento, no exento de cuestionamientos y apelaciones, por voluntad propia y en el otoño de su vida, que en su país debía existir libertad, igualdad, oportunidades y bienestar. Con su renuncia al proyecto revolucionario —que la despojó de sus títulos y su condición de parlamentaria, entre otros castigos— buscaba que sus compatriotas —«aún un poco más fugitivos que nosotros», como en la *Quinta elegía* del poeta Rainer María Rilke— puedan comer, tener un techo y medicinas, caminar por las calles y plazas de su centro histórico, leer periódicos, ser atendidos por sus médicos, viajar y expresar una opinión propia.

La valiente renuncia de la doctora Molina, «hecha desde lo alto». como destacó Vargas Llosa en dicha cita, tuvo como propósito que en Cuba se recupere la confianza y el respeto por uno mismo y por el prójimo: lo que definimos como la vida en libertad. Tal cual el profético poema *Para escribir en el álbum de un tirano* del poeta cubano Heberto Padilla, Hilda Molina descubrió «un día su voz fuerte», que empezó a martillar en su interior como una pregunta constante hasta transformarse, años después, en un asordinado grito de espanto y de protesta, y lo hizo su ideal.

Ese ideal, descubierto tras décadas de dudas, vacilaciones y titubeos, en el que no se omiten sus propios errores y contradicciones, como sus preclaras convicciones, le ha costado a nuestra autora el asedio del gobierno cubano, su aislamiento, su silencio, así como un sinnúmero de insultos. Por ese propósito, esta valerosa mujer lo ha arriesgado todo: en particular, la seguridad de su familia más cercana y de su propia persona, como relata, aguijoneándonos el corazón, en *Mi verdad*. Su visión, no cabe duda, se convertirá en la realidad meridiana que arribará cuando cedan por fin las tinieblas de adrenalina y pesadilla de la dictadura cubana, pues como ella, citando el poema *Discurso en verso* del poeta español Vicente Valero, también «creo en la claridad de su caída».

Mi verdad es un libro donde la devoción de Hilda Molina a Dios Padre, a su familia, a su madre, a su hijo, nos hace derramar más de una lágrima: tras su lectura queda patente el sueño de esta mujer porque Cuba sea una nación donde padres, hijos y nietos puedan vivir, trabajar y prosperar sin angustia ni opresión.

En esta obra se une la vivencia personal de esta doctora en medicina, científica e investigadora, con la historia de Cuba; se descubre la luz de su mensaje, que denuncia, página a página, el camino de servidumbre que este decadente régimen le hace padecer durante más de quince años, que se ensaña con ella —sometiéndola a un trabajo esclavo y dejando sin camas a los enfermos que atendía— y con sus seres queridos, subrayando de este modo las miopías del autoritarismo, su brutalidad y su sádica intimidación.

Todo ello se confronta con la esperanza del cambio en el que Hilda cree y que nos transmite en sus reflexiones y vivencias junto a su familia: por intermedio de ella aprendemos que, cuando los tiempos se ponen difíciles, muy pronto vendrán las soluciones. Por todas estas razones, recomiendo fervorosamente la lectura de *Mi verdad* de Hilda Molina, testimonio de su voluntad, sus valiosos méritos y se fe inconvencible, y que la senda abierta

el día de hoy, con su iluminada y, por muchos momentos, dolorosa certeza, que tanto emociona como denuncia, invite a las nuevas generaciones de latinoamericanos a una concienzuda, seria y solvente reflexión sobre el calvario cubano, y las infinitas posibilidades que se lograrán cuando la libertad se extienda por la isla, según reza el poema, «como el cielo en la línea febril del horizonte».

Lima, 28 de marzo de 2014

Unión civil y libertad en el Perú

Antes de escribir sobre la propuesta de la unión civil entre personas de la misma preferencia sexual en el Perú, considero pertinente expresar, lo más claramente que pueda, mi posición sobre estos vínculos. Creo que el Estado no debe intervenir, de ningún modo, en la unión entre dos personas para convivir. El Estado no debe sancionar ni entrometerse en la relación privada más íntima de dos seres humanos, como no debe hacerlo cuando compran una casa, adquieren un seguro, o deciden en qué colegio deben estudiar sus hijos. Por ende, a mi entender, la tarea correcta que un liberal debería acometer al respecto es la de luchar por privatizar las uniones civiles entre dos personas, del mismo modo que debería combatir por la privatización de la educación pública o de los servicios médicos a cargo del Estado.

Por supuesto, la unión entre dos personas de la misma preferencia sexual se incluye dentro de los vínculos en los que el Estado no debería intervenir. Desde una perspectiva liberal o libertaria, la vida más íntima de una persona no puede ser objeto de una pesquisa, reconocimiento o sanción por parte del Estado o los particulares. Nunca. Eso comprende, por cierto, a los que hacen pública su preferencia sexual; peor todavía, cuando la dan a conocer sin haber sido consultados sobre ella. Los que creemos en la libertad respetamos su privacidad y no estamos interesados en saberla.

Ahora bien, las uniones privadas a las que aludo pueden ser entre dos personas o varias; entre personas de la misma o distinta preferencia sexual; entre personas que hayan transformado su

apariencia por la de una mujer o un varón, por un tiempo o por toda la vida; para que una mantenga al otro o viceversa; un varón y una mujer, o varias mujeres, unidos por toda su existencia según la religión que profesan; y un larguísimo etcétera, sin que a nadie interese o importe los términos de tales vínculos más que a los involucrados.

Esa perspectiva que acabo de describir someramente no se encuentra por ningún lado en la propuesta que se promueve por estos días en el Perú. Tal como está planteada, la iniciativa busca que el Estado sancione un vínculo de convivencia adicional al del matrimonio y el concubinato, con privilegios exclusivos para un tipo específico de preferencia sexual. En consecuencia, no es una defensa a favor de la libertad; es a favor de la coerción. Si, como los activistas de esta proposición sostienen, «nadie, ni siquiera aquello llamado “Estado” o “Iglesia” puede imponerte formas de vida», prescribir una nueva forma de vida —es más preciso decir de convivencia mutua— entre dos personas por la vía coercitiva del Estado, que legisla y ordena mandatos y cumplimientos, es exactamente lo contrario a la libertad que dicen enarbolar. Por otra parte, las iglesias amparan, y es su derecho, un modo de convivencia acorde con sus respectivas doctrinas. Lo que desafía al sentido común es convertir esa defensa legítima en una imposición a las personas, cuando la decisión de formar parte de una de muchas religiones es del libre albedrío individual, pudiendo uno renunciar en cualquier momento a ellas y siempre cuestionarlas, como a lo largo de milenios de historia. La contradicción es evidente.

Se sostiene que «la aprobación del proyecto no va a perjudicar los derechos de los heterosexuales». Es claro que no se ha leído la iniciativa que se defiende, misma que propone que el reconocimiento de la unión civil sea inmediato, en tanto que, en el caso de los convivientes o concubinos en el Perú, deben esperar hasta dos años para ser reconocidos. Discriminación evidente contra quienes han elegido una forma de convivencia, sobre todo con la

parte más desprotegida de dicha relación: es decir, las mujeres. Asimismo, el planteamiento otorga una serie de prerrogativas de orden tributario, pensionario y patrimonial instantáneos, y que, en el caso del concubinato, requieren de una larga probanza. De esta suerte, la propuesta no instituye tampoco la igualdad, sino por el contrario, un régimen de discriminación positiva y de privilegio a favor de una minoría de personas en razón de su preferencia sexual en el Perú. Entonces, esta propuesta sí daña los derechos de otros, como las convivientes peruanas, que ahora deben padecer —de aprobarse así— una situación de privilegio que las discrimina, además de la cotidiana violencia doméstica de sus parejas y de una situación de desamparo cuando son abandonadas, hechos que no conmueven ni llaman a la acción a los activistas del proyecto de ley.

Finalmente, los liberales de todas las tendencias nos caracterizamos por no ser deterministas. Ninguna situación ocurre de modo inevitable ni definitivo —léase, determinado— por las condiciones que la preceden, la causan o coexisten con ella. A su vez, con el ser humano, nunca hay palabras finales y, en el caso que nos concierne, más aún, pues las preferencias sexuales no son inevitables ni definitivas: al estar directamente relacionadas con el placer y el amor, cambian constantemente. El liberalismo —a diferencia de las demás ideologías— considera que los seres humanos somos complejos, contradictorios, cambiantes, únicos, extraordinarios, e irrepetibles. En consecuencia, combate sin desmayo a quienes quieren clasificar o determinar a las personas solo y a rajatabla por su raza, su color de piel, su idioma, su «clase», y, por cierto, su preferencia particular en el acto amoroso.

Se ha visto, para concluir, que esta iniciativa es defendida con ardor por representantes de la izquierda peruana. Y eso es correcto, coherente y consistente con dicha tendencia. Los socialistas siempre han luchado por la intervención del Estado en la vida íntima de las personas; por imponer relaciones de privilegio entre sectores de la sociedad, clasificándolos según su ideología;

siempre han creído que el ser humano está determinado por sus condiciones previas o presentes y no puede salir de ellas. Lo sorprendente es que algunos liberales lo hagan. Por supuesto, tendrá más aceptación por la izquierda el liberal que defiende la unión civil antes que la privatización de la educación pública o la drástica reducción del Estado. Y es su opción. Pero es una opción que no comparto. La historia reciente nos está enseñando que la izquierda, como antes los conservadores, aprovechan a los liberales para facilitar la realización de sus programas en la sociedad. Esta, y nosotros, perdimos en grado sumo. Los invoco a no cometer el mismo error. Todavía están a tiempo.

Lima, 22 de abril del 2014

Opiniones confundidas, silencios indebidos

Sigo agradeciendo la oportunidad de aclarar algunas ideas respecto a cómo los liberales vemos los modos de ejercer los proyectos de vida de los demás, en este caso, en la unión civil y su debate en el Perú.

Algunos liberales han dejado su silencio de años para replicar sobre mi posición libertaria respecto a la unión civil. Pongamos las cosas en contexto. Hay liberales que creemos que la legislación no debe alcanzar a los vínculos sentimentales. Hay liberales que creen que sí, que la legislación debe comprenderlos. Entre los primeros, consideramos que cuanto menos legislación haya, es mejor para los derechos individuales, el progreso material y el desarrollo. Los segundos, al parecer, creen lo contrario.

Más claramente, hay liberales que pensamos que las normas solo deberían prohibir determinadas conductas, aquellas que atentan contra los proyectos de vida de otros, y se debe dejar en libertad —esto es, sin regulación— a los seres humanos de ejercer su destino como prefieran, siempre que no dañen la vida de los demás, atendiendo al concepto de libertad negativa de Isaiah Berlin. Supera mi competencia decir si tal perspectiva es falsa o verdadera, correcta o incorrecta, como otros tan *sabiamente* señalan, seguramente porque cuentan con todos los elementos de juicio a su favor. Tan solo indiquemos que otros liberales sí creen en una libertad o carta de libertades prescrita de antemano, que dice cuáles libertades tenemos y cuáles no: la libertad positiva que describió el pensador letón ya citado.

De allí que, en la línea de un Código Civil como el peruano, inspirado en el mismo que fuera sancionado por el fascismo

italiano de 1942 —sí, el de Benito Mussolini, el dictador que expresó: *Todo en el Estado, nada contra el Estado, nada fuera del Estado*—, sabios pensadores, especialistas en derecho, nos quieran decir que la iniciativa en cuestión es *liberal* porque elimina prohibiciones estatales, no impone una forma de vida ni discrimina entre los así llamados «sexos», cuando esa nunca fue la inspiración esencial del Código aludido, ni de sus fuentes legales. Opuesto al fascismo es el liberalismo, porque la libertad, como enseñaron venerables liberales —Hayek entre ellos—, es ausencia de coerción y coacción. La ausencia significa falta o privación de una cosa, esto es, una situación en la que estamos carentes de un afán por establecer un comportamiento determinado, siendo nosotros los únicos que decidimos qué es lo mejor para nuestras vidas, destinos y haciendas, sin normas que prescriban lo que tenemos la opción de hacer.

En consecuencia, la confusión de estos liberales durmientes es creer que esta iniciativa en concreto y en particular es liberal *per se*. No que alcance lo que pretende lograr. Cuando se convierte un monopolio público en un monopolio privado, como pasó en el Perú con la telefonía, se ha privatizado una empresa estatal, en efecto, pero eso no significa que sea una privatización en concordancia con determinados postulados liberales. Es como decir que la reforma agraria peruana —que hurtó la legítima propiedad agraria a sus dueños, no les pagó ni siquiera un justiprecio y la entregó a otros que no eran propietarios— también fue una forma de privatización, porque entregó propiedad a quienes no la tenían y, en consecuencia, constituyó una medida liberal que los liberales debemos aplaudir. Lo mismo en el caso de las invasiones, las tomas ilegales de tierras, de las calles, o el tema que discutimos.

Y eso es justamente lo que nuestros confundidos liberales no parecen entender: que hay liberales que podemos estar a favor y en contra de una determinada medida, bajo los mismos y compartidos principios, del mismo modo que hay liberales a favor y en contra del aborto, a favor y en contra de que las niñas usen

el *burka* en los colegios públicos en Europa, a favor y en contra de que las preferencias sexuales sean definitivas y que se deba legislar especialmente para cada una de ellas, y no ser menos o más liberales por ello.

Para concluir, es ingenuo creer que la izquierda, que antes propuso el amor libre —y ahora el matrimonio gay— y pretendió destruir la propiedad hereditaria —que ahora respalda— a través del impuesto a la herencia, es una buena acompañante en propuestas como esta. Pero hasta esto es excusable. Lo que no tiene perdón es el silencio de muchos liberales, causa real que la izquierda nos arrebatase banderas que eran totalmente nuestras. Lo más grave fue que varios de ellos justificaran su deserción de la batalla ideológica usando como coartada la doctrina que decían sostener —soy libre de abstenerme de opinar— como si el mutismo o la afasia fueran formas de defender la libertad. Los *Bartlebys* del liberalismo —quienes, al igual que el protagonista del genial cuento de Herman Melville, dicen «prefería no hacerlo» a todo lo que signifique defender las ideas— callan por años solo para replicar a otros liberales, pero jamás le discuten a un izquierdista. Algún día, supongo, lo harán. Seguiremos esperando que encuentren el coraje y la resolución para obrar así.

Santiago de Surco, 28 de abril de 2014

Los gritos del silencio

Cuánto me alegra decepcionar a algunos *tigres de papel* del liberalismo, quienes, inmovibles como una tapia, creen que solo son liberales los que deben comulgar con las propuestas en debate sobre la unión civil en el Perú. Los demás somos ominosos hipócritas, réprobos e indignos de llamarnos liberales, que no hicimos nada por la libertad. No, pues no *todos los liberales* estamos de acuerdo con *estas propuestas en debate*, pero sí con que las personas se unan como quieran y por el tiempo que prefieran, *pactando voluntariamente* las protecciones patrimoniales, pensionarias, hereditarias, o las que deseen, no dejándolas al amparo de leyes que no leen ni saben cómo cumplir.

Veamos. La consagración positiva y expresa de un específico modo de vida en la legislación es una forma o variante de imposición legal, como se enseña desde introducción al derecho. Las leyes, incluso las más declarativas, conllevan obligatorio cumplimiento para todos los ciudadanos. El monopolio de la fuerza por parte del Estado tiene razón de existir para garantizar dicho cumplimiento. Baste que esté sancionado, entonces, para que una ley deba cumplirse, por la fuerza si es necesario. Así, si un ciudadano se niega, por razones de conciencia, a cumplir con una norma, es pasible de ser sancionado y encarcelado.

En este caso particular, la cosa se agrava, porque se consagra legalmente —y, por ende, se impone a quienes no quieran reconocerlo ni compartan tal comportamiento por razones de conciencia, morales, ideológicas o religiosas, o simplemente porque no les agrada— un modo de vida que no es mayoritario entre la población, ni tiene un devenir histórico preeminente

en nuestra sociedad, como sí ocurre en el caso del matrimonio monógamo entre varón y mujer, que tiene una sanción legal, histórica y cultural favorable en el Perú desde antes de la llegada de los españoles, como también lo fue la poligamia —entre muchas culturas preincaicas— y el incesto —entre los incas, uno de cuyos mandatos era el *ama waqlla*, no seas afeminado o pervertido—, pero siempre entre varones y mujeres, por si no se sabe, como han escrito sobre ello los historiadores peruanos María Rostworowski y Waldemar Espinoza, entre otros reconocidos especialistas.

Es errado legislar sobre las diferencias entre las personas, porque se discrimina a quienes no son comprendidos en dicha diferencia legislativa. Es un tema de principio: el legislador no puede ser generador de diferencias sociales. No puede crearlas ni fomentarlas. Se ignora que la ley, como regla general, debe tener una vocación necesaria por la generalidad y la abstracción —precepto que los liberales hemos creado, desarrollado y sofisticado desde los presocráticos hasta Hayek, pasando por todo el constitucionalismo clásico y moderno—, quedando proscrita la posibilidad de que el Estado, a través del legislador, pueda ser generador de factores discriminatorios de cualquier índole. Además, por un efecto práctico: sería imposible regular a través de la ley todas las diferencias entre los ciudadanos.

En este caso, privilegiando solo a los homosexuales, se discrimina otras múltiples diferencias de poder unirse civilmente, y que no están comprendidas en la reforma, por ejemplo: los bígamos, los polígamos o los poliándricos. De esta suerte, los musulmanes y los mormones —personas con creencias religiosas que instituyen la poligamia— no estarían comprendidos en la reforma, porque ello supondría, por cierto, eliminar la bigamia del código penal, una medida con la que estoy de acuerdo, pero mis adversarios no, porque la lógica de su argumento solo consagra relaciones monógamas, de distinta o la misma preferencia sexual.

Al legislar de esta forma, todas las propuestas en discusión son inconstitucionales al contravenir el artículo 103.º de la Constitución peruana, que se debería leer con atención: «pueden expedirse leyes especiales porque así lo exige la naturaleza de las cosas, pero no por razón de las diferencias de las personas». Por ello es mejor, incluso para los promotores de este desacierto, despojar de contenido sexual a las uniones civiles y al concubinato en nuestro Código Civil, como han recomendado algunos distinguidos especialistas. No así al matrimonio, porque es una institución no tocada por los proponentes de la reforma, según sus propias palabras.

En tercer lugar, al no disponer para los homosexuales los mismos requisitos y plazos de reconocimiento que para los convivientes, se confunde una situación real con una posibilidad somera. Poner lo que existe y, a renglón seguido, lo que podría existir, como si ocurriesen al mismo tiempo, es confundir realidades con intenciones, algo que hacen regularmente los comunistas y socialistas de toda laya, para desacreditar a los liberales.

En ese orden de ideas, se desconocen los padecimientos de las convivientes peruanas para obtener aquello a lo que tienen derecho, y se ve que no le interesan, porque centran su defensa en los homosexuales, cuando las personas del mismo sexo pueden, de convivir, heredar —para eso está el testamento y el tercio de libre disposición—, compartir una propiedad común —y para esto está el régimen de la copropiedad—, entre otras muchas variantes. Para remate, y lo que es más grave, no sabe que, en virtud de diversas leyes vigentes, los convivientes ya tienen los mismos derechos que los casados, y dice, sin reflexionarlo debidamente, que si estos quieren tener los mismos derechos que aquellos, deben contraer matrimonio, cuando no necesitan hacerlo. Finalmente, cuando se les pregunta a estos tigres de papel qué han hecho por la libertad, he ahí el verdadero silencio. Solo puedo desearles adquirir, en el futuro, el buen tino y mejor criterio para elegir debidamente sus batallas y a sus aliados. Si

estas son por la libertad, tendrán en mí, además de al amigo, al socio más decidido. Hasta entonces.

Santiago de Surco, 1 de mayo de 2014

El suicidio del humorista. A propósito de Robin Williams, el derecho al suicidio y la incorrección política

De acuerdo con el libro del historiador inglés Paul Johnson, *Humoristas*,⁶ estos parecen condenados a perpetrar un desencantado final a sus propias vidas. El suicidio del brillante actor Robin Williams parece confirmar esa regla. Sostiene el autor de *Intelectuales* que un rasgo común a los cómicos es que son personas sin una gota de humor en su fuero más íntimo.

Johnson nos habla en su libro de una aflicción que enhebra a la mayor parte de los bromistas profesionales, causada por su fina percepción de las desgracias propias y ajenas, lo cual los hace propensos al llamado «síndrome de la melancolía» que aquejó al príncipe Hamlet cuando recuerda al bufón Yorick en la tragedia que lleva su nombre: «¿Qué se hicieron tus burlas, tus brincos, tus cantares y aquellos chistes repentinos que de ordinario animaban la mesa con alegre estrépito?»,⁷ se pregunta el perturbado príncipe de Dinamarca.

Orillados a ese mismo sentimiento por la repentina —mas no inesperada— desaparición del protagonista de *La sociedad de los poetas muertos*, acogemos como veraz la impresión de Johnson de que el comediante muerto por propia mano se despoja así

⁶ Paul Johnson, *Humoristas*, Ático de los libros, Barcelona, 2012.

⁷ William Shakespeare, *Hamlet*, en la oficina de Villalpando, traducción de Inarco Celenio, 1798.

de sus personajes risibles y sus locuras, retirándose la máscara bufa, transmutada, a sus ojos, en una mueca macabra, que debía sentir como una pesada carga, y que su desaparición, sujeta a la poética ironía, se nos muestra como exclusiva del teatro o la gran pantalla, en este caso.

Pero nuestra natural curiosidad por la desgracia ajena nos lleva a considerar, ya desde una perspectiva de libertad, que el deceso del intérprete de *Patch Adams* no es, del todo, producto de ese delirio que se manifiesta como una insuperable tristeza, un humor sombrío y una decidida soledad, sino resultado de su propia y personalísima voluntad. Como comprobó el médico y psiquiatra libertario, contracultural y políticamente incorrecto Thomas Szasz, desde su libro *El mito de la enfermedad mental*⁸: la mente no es un órgano anatómico como el páncreas o los pulmones. Por lo tanto, no puede haber, literalmente hablando, enfermedad mental.

Szasz sostiene que, siendo la mente inasible e intangible, no hay manera real ni científica posible de establecer una relación de causalidad entre esta y su trastorno; por lo tanto, si la causa del mismo es desconocida, ningún diagnóstico puede, en consecuencia, reflejarlo. Más todavía, las curas empleadas contra las enfermedades mentales se dirigen en realidad a incapacitar neurológicamente al paciente, porque no se puede «curar» un pensamiento, una emoción o una conducta, dado que estas no pueden ser diagnosticadas.

Así, la melancolía es razón necesaria pero no suficiente del suicidio de Williams. Si aceptamos que hubo en él alguna alteración involuntaria de conducta o un insalvable conflicto personal, también debe existir una decisión basada en su libre albedrío, que le hace decidir cuándo irse de este mundo sin dar a nadie explicaciones, ejerciendo así un derecho fundamental, un ras-

⁸ Al respecto, véase el artículo *La enfermedad mental: un concepto anticuado*, de Fernando Luis Gómez Sunday.

go ineludible de su condición humana, su «última y definitiva libertad», siguiendo siempre a Szasz.

Como este sostiene en su brillante argumento sobre el derecho de cada persona a elegir una muerte voluntaria, *Libertad fatal. Ética y política del suicidio*, darse fin es «una protección frente a un destino considerado peor que la muerte [...] es una falacia atribuir el suicidio a las condiciones actuales del sujeto, sea depresión u otra enfermedad o sufrimiento. Quitarse la vida es una acción orientada al futuro, una anticipación, una red de seguridad existencial. La gente ahorra no porque sea pobre, sino para evitar llegar a ser pobre. La gente se suicida no porque sufra, sino para evitar un sufrimiento futuro».⁹

Y si de sortear un padecimiento hablamos, si es cierto que la cancelación de su más reciente serie, *The crazy ones*, gatilló su determinación final, encontramos un problema social más profundo en la desaparición de Williams: el creciente autoritarismo de lo políticamente correcto, denunciado como «pestilente» por Paul Johnson en el libro que citamos, donde muchos estilos de humor son censurados, llegando incluso a ser castigados con la prisión. Esta dictadura de los mediocres o subalternos debe ser combatida en nombre de la libertad de reírnos de los demás, puesto que si hay un grupo más valioso que los estadistas, intelectuales y generales, estos son los humoristas, que nos ayudan a mitigar la agonía de este valle de lágrimas, y nos brindan la posibilidad de ser felices. Y por eso, te damos las gracias, Robin Williams, donde quiera que estés.

Lima, 22 de agosto de 2014

⁹ Thomas Szasz, *Libertad fatal: ética y política del suicidio*, Paidós Ibérica, Madrid, 2002.

La idiotez es eterna.
Reflexiones a partir de las
*Últimas noticias del nuevo idiota
iberoamericano* de Apuleyo,
Montaner y Vargas Llosa

Las *Últimas noticias del nuevo idiota iberoamericano* no son buenas. La idiotez es eterna, se concluye luego de leer las brillantes páginas del cuarto volumen de la saga iniciada por Apuleyo, Montaner y Vargas Llosa desde hace dos décadas, y cuya lectura me apresuro en recomendar. La izquierda no cambiará jamás, a pesar de que todo la desmiente: para empezar, la misma realidad, junto a la que se acumulan toneladas de experiencias, prácticas, políticas públicas, ensayos, estudios, tesis o libros como el que comentamos. Por si fuera poco, la izquierda es negada a diario por la vida de millones de seres humanos que escaparon —y huyen hoy— de las garras de la miseria por medio de su creatividad y trabajo duro, gracias a un sistema social fundado en la libertad, sostenido por el respeto irrestricto a los derechos fundamentales de las personas, con el progreso y la prosperidad como norte a seguir.

Si no hay cambios en la izquierda ni los habrá nunca, lo que sí creo necesario precisar, a partir de lo escrito por nuestros autores, es que el deliberado error de los socialistas, moderados o radicales —los idiotas herbívoros o carnívoros de su libro— nace de una visión con un propósito muy claro: no admitir crítica ni revisión alguna, salvo para mantener su vigencia contra todo y todos —de allí su carácter científico en el siglo XIX al padrenuestro

chavista del siglo XXI—; perseguir de manera obsesiva el poder, haciéndose con él a cualquier precio; capturarlo, imponer a sangre y fuego su ideología y permanecer en él —ya sea en la forma de una dictadura de partido único, un populismo autoritario o una democracia directa y censitaria, como se analiza en *Últimas noticias*— hasta que ellos o los infelices que tienen la desgracia de padecer sus gobiernos, más de difuntos que de flores, salgan con los pies por delante o sin nada con que cubrirse.

Así, el comunismo —castrismo, etnocacerismo o socialismo del siglo XXI, como se mentan en el libro bajo análisis— es «un ideal al que ha de ajustarse la realidad», como lo plantearon Marx y Engels en *La ideología alemana*. Es el lecho de Procusto, quien estiraba o cortaba los miembros de sus víctimas, según el caso, para que entraran en su catre de pesadilla. Eso resume todo. Pero también señala, y con dureza, que los liberales estamos haciendo las tareas correctas con las herramientas equivocadas. Algo así como confeccionar un traje de paño a la medida con un martillo y clavos. Es ingenuo seguir pensando que un razonamiento bienintencionado o cifras de crecimiento convencerán a los idiotas iberoamericanos de abandonar el socialismo, estatismo, el populismo, la mentira sistemática, la violencia organizada y el odio de clase, religión, género, sexo, nación o cultura —escoja usted, lector— como fundamentos de su prédica.

Hablamos de una lucha sin cuartel por nuestra supervivencia más esencial. Sobrevivimos como especie hasta hoy porque descubrimos en un momento preciso de la historia que la libertad brindaba un ambiente donde nuestra creatividad se desataba y hacía realidad inventos que solo imaginábamos, los mismos que mejoran nuestra calidad de vida y la de nuestros hijos de manera continua. Los socialistas quieren destruir eso. Entonces no hay término medio, ni alianza programática, ni tratar de quedar bien, ni nada parecido. Solo salvar a los que no han sido devorados por esa tenebrosa doctrina, aislar del todo a quienes sí, y usar poesía, ciencia, música y economía, todo a nuestro alcance, para

defender el sistema de libertad. Como se señala en *Últimas noticias*, Popper decía que solo hay una cosa que las sociedades abiertas debían aprender de los rusos en la era soviética: le decían a su pueblo sin cesar que vivían en la mejor sociedad conocida. Eso hay que hacerlo todos los días. Presentarnos a todas las batallas ideológicas, hasta las más superfluas, y ganarlas.

Finalmente, que las personas tengan ideas equivocadas y las sigan manteniendo a pesar de que todo las contradice no es nada nuevo en la historia del mundo. Durante siglos, los seres humanos afirmaron que la tierra giraba alrededor del sol, que la esclavitud era un estado natural, que la razón era igual a una deidad o que una raza determinada tenía supremacía sobre todas las demás. Con el socialismo puede pasar lo mismo. Para que suceda debe ser enfrentado con energía, coraje, inteligencia, astucia, ardor, ironía, poesía y sátira si es preciso, hasta vencer por agotamiento. Hagámoslo ahora, para que la idiotez no sea eterna. Hagámoslo ya, para ser libres.

Santiago de Surco, 18 de septiembre de 2014

Vigilar la libertad,
salvar la civilización.
El mandato de la Escuela
Austriaca de Economía
a los jóvenes liberales

«Sobre las sendas despertadas/sobre las carreteras desplegadas/
sobre los lugares que desbordan/escrivo tu nombre, libertad»,
rezaban los versos inmortales del poeta Paul Eluard. Y es verdad.
La libertad es el nombre de la ruta insustituible de nuestro viaje.
Si para Odiseo fue el mar inmenso e inagotable, como sobre él
escribieron Homero, Seferis y Cavafis; o para el joven Mowgli y
el perturbado Kurtz la selva y su enloquecedora vorágine cons-
tituyó su extravío o su descenso a los infiernos, como relataran,
respectivamente, Ruyard Kipling y Joseph Conrad; y el desierto
ardoroso y de sensuales dunas la bifurcación de los caminos de los
esposos Moresby, de la novela *El cielo protector*, de Paul Bowles,
para nosotros, liberales, la ruta de aventura, misterio, luz, pér-
dida y, a veces, tragedia, como también de victoria, felicidad y
algarabía, es la libertad.

Y así como a los curtidos marineros de las novelas de Salgari,
Melville y Stevenson las fúlgidas estrellas en los océanos abiertos
les servían de guía para no perderse y llegar a buen puerto, a no-
sotros, estudiosos y activistas de la libertad, esas constelaciones
que nos indican, dentro de los mil caminos que existen para ser
libres, la ruta cierta y tangible, son aquellos hombres y mujeres
que estudiaron y entendieron la libertad antes que nosotros.

Su lucidez, su personalísima y brillante interpretación de los
fenómenos sociales, la experiencia de sus vidas heroicas —pues

defender la libertad siempre es jugar con todo en contra— es indispensable para no perdernos en la apatía, la derrota o, peor aún, en el cinismo extravagante del francotirador intelectual, la otra cara de la falsa moneda de aquella arrogancia fatal que desbarranca a nuestros adversarios.

Dentro del universo de estos campeones de la libertad, los propugnadores de la Escuela Austriaca de Economía ocupan un lugar de primer orden. Menger, Böhm-Bawerk, Mises, Hayek, Rothbard, Kirzner, son todos ellos paladines de la idea maravillosa del individuo libre, de la persona humana con derechos individuales plenos, consciente de sus responsabilidades y mandatos, integrante decidido de una sociedad abierta, gran sociedad o sociedad libre, que participa y se incluye económicamente en el mercado gracias a su creatividad, su trabajo y sus talentos, que reconoce en la república y el gobierno representativo y limitado, con alternancia pacífica, el modo mejor de cautela de sus derechos y de administración del gobierno; como en la tolerancia, la diversidad cultural y el cosmopolitismo reconoce las variables de enriquecimiento permanente de la humanidad.

En tal sentido, pensando en sus diversas formaciones intelectuales, como en la búsqueda de más libertad para sus países, empresa en la que, confío, estaréis abocados —y más luego de reuniones como estas— con permanente ahínco y esfuerzo, es que me permito, antes que hablar de los innumerables aportes económicos de este colegiado intelectual austriaco, reflexionar con ustedes acerca de su aporte para la política y del programa que esbozaron para establecer sociedades libres. Que sus palabras resuenen en nuestros oídos a través de mí como bella música, en algunos casos, o como el furor de las olas que nunca se retiran del todo, y siempre, siempre vuelven.

De esta manera, la Escuela Austriaca de Economía, en su planteamiento político, nos proporciona una visión realista y aterrizada de lo que debemos hacer. La libertad es el fin político. El más elevado de todos, puntualizaba Mises. La propiedad, las

libertades individuales, el sistema democrático de gobierno, son *medios* para lograr el fin: la libertad y su expresión permanente; es decir, la sociedad abierta, gran sociedad o sociedad libre, que funciona a través de la cooperación social pacífica entre las personas. Pero estos no son medios circunstanciales o relativos, circunscritos a un lugar o un tiempo concretos. Son los únicos medios para lograr la ansiada libertad. Entonces, de acuerdo a los austriacos, si se quiere lograr una expansión de los lazos de la cooperación social, esos son los medios *y solo esos*. Todos los demás enseñan en sus libros y ensayos, conducen a la autarquía, la violencia y la guerra. La disolución de la sociedad que los padece es su terrorífico resultado final. Con ello en mente, avancemos en nuestra disertación.

La Escuela Austriaca plantea como paradigma la libertad, y constituye el norte que guía, en última instancia, sus análisis, propuestas y posiciones. Una primera posición de los austriacos sobre la libertad individual la concibe globalmente como el derecho a no ser coaccionado por terceros en los propios proyectos de vida y depende de cierto nivel de incertidumbre en nuestro conocimiento. Así, la pretensión de conocer sin duda alguna la verdad llevaría a la coacción sobre el otro, mientras que comprobar nuestros límites de conocimiento nos abre al respeto del prójimo, la tolerancia y el diálogo. A su vez, de acuerdo con la Escuela Austriaca, la libertad individual es vista fundamentalmente como negativa, como derecho a la ausencia de coacción, incorporando además el aserto de que uno es libre de hacer todo aquello que no afecte derechos de terceros.

En cuanto a la segunda concepción austriaca sobre la libertad individual, la cuestión no pasa tanto por la limitación del conocimiento humano. Al contrario, el axioma fundamental de sistema —es un modo de pensar deductivo, *a priori*— es la posesión que la persona tiene de sí misma, esto es, una propiedad privada absoluta que el individuo tiene de sí mismo y, por ende, de todos los frutos de su acción libre y voluntaria. La moral objetiva debe

respetar este axioma y sus consecuencias, una de las cuales sería el principio de no agresión, esto es, nadie tiene el derecho de iniciar la violencia contra un tercero, y tiene consiguientemente el derecho de legítima defensa contra una agresión de ese tipo.

Ambas posiciones, no obstante, a pesar de sus diferencias, tienen un punto teórico en común, que ha influido mucho el modo habitual de argumentar en lo que podríamos denominar los «ambientes» liberales y libertarios. La libertad personal es concebida moralmente como el derecho a hacer todo aquello que no perjudique derechos de terceros. Es decir, por un lado, la libertad personal no tiene límites morales mientras no afecte a terceros; a su vez, el único deber moral para con otras personas es no iniciar coacción sobre ellas. Esto es, el famoso principio que dice que la libertad personal termina donde comienzan los derechos de terceros —o todo lo que no está prohibido está permitido en tanto no dañe a otro— tiende a verse no solo como un principio jurídico, sino como un principio moral, de conducta y convivencia, que garantiza la civilización, y es lo que ha hecho que sus conspicuos representantes se hayan enfrentado contra diversos y terribles autoritarismos y totalitarismos del siglo XX y XXI.

Dicho esto, ¿por qué los austriacos defienden la sociedad abierta, gran sociedad o sociedad libre?

La Sociedad Abierta es defendida por los austriacos porque se expande demográficamente; por una parte, genera crecimiento endógeno, y por otra se expande por imitación a otras sociedades cuando estas adoptan sus mismas prácticas, de allí el «creced y multiplicaos» que Hayek toma del Libro Mayor en su obra final, *La fatal arrogancia*. Como cientos de estudios, nuestros y de nuestros adversarios, comprueban, es en las sociedades libres donde han aumentado la edad de vida, la calidad de la misma, donde se han reducido las desigualdades y se incrementan las posibilidades de seguir nuestros propios proyectos existenciales, si las comparamos con sociedades no libres, como las socialistas, o premodernas, que es con lo único que cabe compararlas,

y no, como nuestros enemigos creen, con sus supuestamente benévolas intenciones.

Del mismo modo, la Sociedad Abierta es defendida por los austriacos porque genera mayor creatividad, posibilidad de realización personal y acumulación de conocimiento científico que ninguna otra sociedad sobre la tierra. Es en las sociedades libres donde se han creado todos los inventos que nos maravillan y nos brindan calidad de vida, las medicinas que curan múltiples enfermedades, la tecnología que nos permite comunicarnos en tiempo real y un larguísimo etcétera.

Finalmente, la Sociedad Abierta es defendida por los austriacos porque practica los valores del liberalismo clásico (individualidad, paz, respeto al prójimo, tolerancia, modernidad y cosmopolitismo), del cual Mises dio la siguiente definición: «...aquel gran movimiento político y económico que desterró los métodos precapitalistas de producción, implantando la economía de mercado y de libre empresa; que barrió el absolutismo real y oligárquico, instaurando el gobierno representativo; que liberó a las masas, suprimiendo la esclavitud, las servidumbres personales y demás sistemas opresivos».

Considerando lo anterior, ¿por qué defender la cooperación social pacífica?

La cooperación social pacífica de la que hablan los economistas austriacos es el libre intercambio de bienes, de servicios, de juicios de valor, de proyectos de vida, bajo la división del trabajo, en presencia de la propiedad privada de medios de producción. Esa cooperación social pacífica es el proceso humano mejor descubierto para solucionar el problema de la pobreza, lograr una mayor productividad y conducir a ciudadanos y países por la ruta del progreso civilizador. Solo de este modo, aseguran los economistas austriacos, la paz se vuelve parte del ser de la sociedad y no de su deber ser.

Para una definición *política*, entonces, el socialismo implica la guerra y el liberalismo implica la paz. Esto es esencial. El

socialismo idealiza la guerra y el conflicto, en tanto que el liberalismo ensalza la paz y el comercio, como factor *civilizador*. El pensamiento liberal de Mises y Hayek es Hobbes al revés y, desde luego, Marx al revés. La Escuela Austriaca no ignora las tendencias destructivas de la naturaleza humana, pero de ningún modo las asocia con algún tipo de progreso, como sí lo hace el socialismo.

Así, también, cuanto más extendida está la división del trabajo, el comercio y la paz, la productividad aumenta, la cantidad de capital per cápita crece con mayor rapidez que el aumento de población. La guerra, en cambio, implica todo lo contrario. Podemos conmovernos todo lo que queramos con historias épicas de héroes muy valientes; podemos, contradictoriamente, admirar *hoy* las conquistas del pasado que *hoy* condenaríamos en las Naciones Unidas; pero no podemos ignorar que la dinámica de victorias y derrotas se sostuvieron siempre con la involución de la cooperación social, con la pobreza, inanición, muerte y subdesarrollo de millones y millones de personas. Suponer lo contrario es ignorar, para los economistas austriacos, las leyes intrínsecas de los lazos de cooperación social, que en última instancia, de acuerdo con Mises, permiten convivir a personas cuyos valores morales sobre los fines últimos de la vida humana son esencialmente diferentes, si el principio rector es el del respeto al prójimo. Son los fenicios y no los espartanos el ejemplo a seguir.

Les expreso todo esto pues es mi propósito más claro entre ustedes convencerlos de que, para vencer a una idea, necesitamos otra idea. Que para vencer a un sueño que es en realidad una pesadilla, la del socialismo del siglo XXI, debemos proponer un sueño. Miren qué cosa más curiosa y contradictoria, un sueño que se haga realidad, un sueño *real*.

Y el sueño real, el sueño en libertad, como lo llamaba Octavio Paz, es el de constituir en nuestros países, en nuestra América Latina, sociedades libres, países de propietarios, de personas libres, que trabajan pacíficamente en el mercado usando sus talentos, su

creatividad y sus esfuerzos, guiados por una ética del trabajo, del progreso y del ahorro, que eligen democrática y pacíficamente a sus autoridades, las cuales están limitadas por la ley y una opinión pública sensata y razonable que no es sobornada por la prebenda ni se autoengaña por una ideología de conflicto y muerte.

En nombre de ese sueño es que quiero convocarlos. En nombre de ese sueño, les propongo a ustedes, jóvenes liberales latinoamericanos, una misión: salvar a América Latina del socialismo del siglo XXI y del mercantilismo corruptor, como la misión de Mises y Hayek fue salvar a la civilización europea de sus enemigos: los socialismos, los nacionalismos y los militarismos de su tiempo.

¿Cómo hacerlo? Primero, con un grupo pequeño, pero que crea intensamente en este sueño y lo contagie a otros. Con un partido y un programa. Siendo, como reclamaba Hayek, agitadores permanentes, y llegando a constituirse en líderes mediáticos de opinión. Porque en la opinión pública descansa todo, al final. Pues, como recordaba Mises a los partidarios del gobierno limitado por la ley y del librecambio en su libro *Liberalismo*, había que recuperar a la gente común y corriente. En suma, a las mayorías. Esa es la guía estelar de los austriacos, y a ellos nos debemos para llegar a nuestra meta, para conducirnos con éxito por la ruta de la libertad.

Y es que ese sueño, para concluir, queridos jóvenes, es una tarea permanente, constante, sin término ni final definitivo. Vigilar la libertad, salvar la civilización: he ahí la tarea, jóvenes. Es la aventura de toda una vida: siempre habrá adversarios y enemigos a los que enfrentar, siempre habrá batallas que librar, siempre habrá derrotas de las que aprender y victorias que celebrar. Y es por ese sueño que reinicio mi vida, como escribiera Paul Eluard, pues gracias a la libertad, nacimos, para conocerla y nombrarla, sobre el cristal de las sorpresas, sobre los labios atentos, más allá del silencio.

Ciudad de Guatemala, 10 de octubre de 2014

Derribar los muros del mal en el Perú

¿Cuáles son los muros del mal a derribar en el Perú de hoy? Son los muros de la incompetencia estatal, de la ineficiencia del sector privado, del mercantilismo privilegiado, del clientelismo en la política y del relativismo moral.

Si las comisarías, los hospitales, las escuelas y los registros públicos no funcionan en el Perú, no hay libertades ni derechos plenos. Entonces, conviene privatizarlos o mejorar al máximo su *performance*. Si la compañía telefónica, la AFP, el seguro privado, el transporte terrestre o aéreo abusan, desatienden o desprecian a su consumidor, pensionista o usuario, la economía de mercado no existe: debemos defender sus derechos por otros privados o el mismo Estado con leyes más severas y eficaces.

Si el Estado peruano tiene una zona VIP de atención solo para poderosos o privilegiados, negándola a los demás ciudadanos, hay que demolerla eliminando el poder de la discrecionalidad administrativa, aplicando la igualdad de trato, regulando el cabildeo y con mucha transparencia. Si la política se define en el Perú como el regalo por el voto, nuestra democracia es una farsa. Urge tumbar ese muro con el voto voluntario, impidiendo a los delincuentes postular y penalizando la prebenda. Finalmente, si entre los peruanos es ley hacer lo que quieren sin respetar al prójimo, porque no aparece una ética esencial, entonces no hay sociedad libre, donde el aprecio al otro es la paz. Esa pared se derrumba educando a las masas peruanas en la ética del trabajo, el ahorro, la austeridad y el progreso, como lo han hecho ya otros países.

No olvidemos que pasando los escombros de estos muros del mal está la libertad, la igualdad ante la ley, la prosperidad, la seguridad, el respeto al derecho de todos, un sector privado eficiente y un Estado pequeño, ágil, competente y que atiende a todos sin distinciones. Derribemos estos muros y podremos entonar nuestro himno con alegría y orgullo: somos libres, seámoslo siempre.

Lima, 22 de octubre de 2014

Red Liberal de América Latina, los primeros 10 años

La batalla permanente por la libertad en nuestros países tiene en la Red Liberal de América Latina (RELIAL) a una de sus más decididas protagonistas, y esta entidad acaba de cumplir sus primeros diez años de trabajo y acción, celebrándolos con un gran Congreso en Panamá, organizado por la Fundación Libertad de ese espléndido país. Coronada esta primera década de esfuerzos, se recordó allí que, como todo aquello que es importante o significativo en la vida de las personas, las organizaciones o los países, la Red Liberal de América Latina empezó como un sueño, una visión que compartían, sin haber nunca coincidido antes para ello, diversas personalidades liberales en la región, nucleadas en institutos de investigación y partidos políticos entonces dispersos y sin vínculos, y que requerían de una estrategia de conjunto para hacer realidad un esfuerzo común.

Así, la formación de la Red Liberal de América Latina coincidió con los propósitos de utilizar las herramientas de la globalización en pro del desarrollo de los países de la región y de difundir las ideas de la libertad y sus prácticas políticas en el continente. Bajo el determinante auspicio de la Fundación Friedrich Naumann para la Libertad, y con su soporte permanente, generoso y comprometido, el gran mérito de RELIAL fue lograr la conexión entre institutos y partidos liberales y generar un espacio que les permitiera trabajar juntos en un ambiente de cooperación mutua y armonía. Para lograrlo, los fundadores de RELIAL establecieron un mandato para que la red se convirtiera en un foro regional reconocido e influyente para fortalecer

el liberalismo y potenciar el impacto de sus políticas públicas, desarrollando una corriente de opinión afín, lo que se ha ido logrando con un continua institucionalización de la red, el desarrollo de sus diversos congresos, la publicación de varios libros y centenares de artículos, así como oportunas declaraciones y pronunciamientos para condenar atropellos y amenazas a la libertad en la región, que desgraciadamente no han sido pocas.

De este modo, la experiencia de RELIAL ha permitido a los liberales latinoamericanos redescubrir a Adam Smith y su *Teoría de los sentimientos morales*: sus avances y avatares han demostrado que la empatía smithiana, en tanto vínculo que amista y hermana a los hombres, es esencial para fortalecer la libertad y su legado fundamental: la civilización. Incrementa esa empatía la lucha por un ideal común, como es el caso de los miembros de esta red, los cuales han combatido, en algunos casos muy duramente, contra tenaces adversarios de las libertades, como han sido, desde el poder, los socialistas del siglo XXI en Venezuela o la decrepita dictadura cubana.

A su vez, la experiencia de RELIAL ha servido para llevar a la práctica la tesis del más reconocido de los integrantes de su Comité Honorífico, el Premio Nobel de Literatura 2010 Mario Vargas Llosa, de exponer y defender un liberalismo «ampliado», es decir, no restringido únicamente a su expresión económica, sino concebido de manera integral: en este liberalismo, además de la economía, tienen preponderante cabida la cultura, la defensa del Estado de derecho y, por consiguiente, de los derechos humanos, la promoción de los derechos de propiedad, la defensa del medio ambiente, la lucha contra la corrupción, el combate de la pobreza y la indispensable tarea política para hacer realidad el sueño de libertad. Este liberalismo ampliado, tomando los elementos antes descritos como indispensables para alcanzar el progreso, la modernidad y el desarrollo, ha sido un tema permanente en la red, demandando para su análisis ingentes esfuerzos teóricos, de revisión de buenas prácticas y estrategias para ser implementado.

Para los meses que vienen, y como resultado de su último congreso, RELIAL ha aprobado una Carta de Derechos Humanos, que establece su inmanente compromiso con los derechos fundamentales; priorizará la Alianza del Pacífico como un marco para el análisis de la agenda política y económica; se mantendrá alerta con Venezuela; promoverá el rescate del modelo chileno como la experiencia exitosa en materia económica y social; y mantendrá como eje transversal la promoción de la democracia liberal. Así, la libertad, como en el poema *Razones para morir*, de Octavio Paz, es «el sueño en el que somos nuestro sueño», y con RELIAL, el sueño por una América Latina libre continúa, con sus logros, resultados y desafíos, esperemos que por muchos años más.

Lima, 27 de noviembre de 2014

SOBRE LAS
IMÁGENES DORADAS.
ANTOLOGÍAS

Realidad antipoética. Sobre *Poiesis*, antología de poesía hispanoamericana

En estos días que corren, la realidad se ha vuelto decididamente antipoética. Y la poesía, desamparada y despojada, de vuelta de todo, ¿dónde está? Decimos que está aquí, en este panorama de la poesía hispanoamericana que presentamos hoy, titulada *Poiesis*, antología de poesía hispanoamericana, y que han editado mis amigos Iván Fernández Dávila y Raúl Allain.

Cuando ya el escandaloso estruendo de los grupos literarios latinoamericanos ha cesado, y estos se han convertido, a decir del escritor chileno Roberto Bolaño, en avance y retroceso al mismo tiempo: unas vanguardias que son simultáneamente reacción y retaguardia, aparece esta antología dispuesta a decirnos que los poetas no viajaremos al final de la noche resignados, que no escucharemos lo que nos dice la boca de la sombra en silencio.

Así es: en este libro, *Poiesis*, nos aprestamos a realizar la travesía definitiva en los textos que se han publicado y reconocemos se encuentra nuestra voz; que, cierto es decirlo, en este siglo de autistas de BlackBerry, de esos cadáveres a crédito, cretinos cotidianos y frívolos, de idiota mirada fija solo en sus ombligos, es completamente desoída. Donde, al imponerse esa terrible dictadura de lo políticamente correcto, que niega nuestro ser esencial, de pulsiones, descontroles, arrebatos, libertad e individualismo, la poesía hispanoamericana es un ser ajeno, extraño, un ornitorrinco en una cristalería, que nadie sabe bien qué hace allí, del que nadie tiene idea qué hacer con él, que no puede ser explicado, justificado o entendido.

La pregunta que a los poetas toca hacernos —y que invito a hacer a los seleccionados de *Poiesis*— es: ¿para qué ser entendido por quienes no pueden escribir su nombre sin faltas gramaticales? ¿Ser correspondido por quienes deben volver a aprender castellano para que redacten un correo sin emoticones? Grave error, el reconocimiento de los poetas y escritores en países donde nadie, o casi nadie, lee, ha creado una situación perversa: no hay poesía oficial ni marginal, pues lo marginal viene de lo oficial, y viceversa; donde, el reconocimiento para cada poeta proviene de quehaceres ajenos; y, finalmente, se llega al absurdo que el reconocimiento de la poesía por «lo oficial» depende de qué tanto esta pueda subvertir los valores mayoritarios, lo que es una forma de explicar la idea paradójal de la «tradición de la ruptura» descrita por Octavio Paz en *Los hijos del limo*.

A su vez, es verdad que la poesía no ha dejado de leerse pero su irradiación se ha resentido, en España y en América Latina, debido a la fractura de los circuitos de comunicación así como por el menoscabo del espacio disponible en los medios.

En este escenario, ¿qué hacer con la poesía hispanoamericana contemporánea, de la que *Poiesis* es una selección vigorosa y violenta, como un toro de lidia pleno de nobleza y trapío? Si no existe, inventarla; si ha sido desoída, hacerla oír; si ha sido violentada, vengarla. De los autores de *Poiesis* hay que esperar-lo todo, porque nada está hecho; entre tantas cosas, que tomen la única ruta que nos queda cuando estamos atrapados en un callejón sin salida: ir hacia adelante.

También, a los poetas de *Poiesis* les ha tocado el turno de la palabra en la transición que rehace su lugar, marginal y precario, en una cultura sin horizonte social articulado; donde, sin embargo, deben recuperar el valor de las palabras y albergarlas del derroche del sinsentido. Menuda tarea. Para acometerla, los poetas deban despojarse de frivolidades y involucrarse en las ensangrentadas banderas de la imaginación, escribir a partir de

su encuentro con la realidad, ya sea para abrazarla o golpearla, pero escribir siempre desde sus propias entrañas: no hacerlo es una cobardía, y de eso cualquiera, letrado o no, se da cuenta, tal como los perros huelen el miedo.

Escribir, como dijera el poeta infrarrealista mexicano Rubén Medina, «el poema lanzado, de formas múltiples, a la aventura». El núcleo central de la poesía hispanoamericana posible debe ser, pues, la aventura, cree el ya citado Bolaño, y yo le secundo. Rimbaud, Hemingway, Dos Passos, Kerouac, Morrison, son los modelos a seguir, antes que cualquier otro. Se trata de hacer de la poesía una «aventura de los nervios, aventura de los párpados, aventura del camino, aventura de la revolución, aventura del amor», como escribiera el autor de *Los detectives salvajes* y 2666 en su análisis de la nueva poesía latinoamericana, y que me gustaría extender a tierras ibéricas, a cuyas gentes y ciudades me encuentro tan unido y quiero tanto.

Ahora bien, ¿qué es lo «contemporáneo» en *Poesis*? Habrá que señalar, como lo hace el poeta mexicano Roberto Arizmen-di, en el prólogo a su antología *Poesía latinoamericana hoy*, que se entiende por contemporáneo en el poeta «la presencia de temas o asuntos palpitantes; una voz que refleja el ser y sentir del ser humano y de la sociedad donde habita, reconociendo al ser humano y al poeta como ser unitario y universal, capaz de entender su propia existencia y entender el mundo que habita y en donde participa en la construcción de la historia».

Lo contemporáneo es, también, el primer paso hacia el futuro. Y, respecto a la poesía que comentamos, hay que decir, como señala el crítico peruano Julio Ortega, en el prólogo de su libro *Antología de la poesía latinoamericana del siglo XXI*, «¿Cómo leer la poesía que vendrá? Por alguna razón, no del todo evidente, la lectura de poesía es un acto de fe».

Ese acto de fe tiene que ver con la definición de poeta moderno que nos brinda el estudioso romanista alemán Hugo Friedrich, como «el aventurero que se lanza a territorios del lenguaje

todavía no hollados», donde la poesía, como sostuvieron los surrealistas en su tiempo, ha sido siempre parte de la vida.

De lo que podemos estar seguros, en la diversidad de creadores de *Poesis Hispanoamericana*, es que los textos antologados comunican un conocer lo particular, un contenido íntimo, individualizado, que contiene la misión misma del arte: «una significación que expresa la individualidad», como señalara el poeta y crítico literario español Carlos Bousoño en su *Teoría de la expresión poética*.

Y esa individualidad se encuentra en las huellas de los textos de esta antología: huellas del viaje, del amor, de la amistad, del interior del exterior, de la poesía como empresa de salud, como expresión de la política, o significación del delirio, donde los poetas están más allá de sí mismos: como elementos existentes o fantasmas sin rostro, reinventándose a sí mismos.

La individualidad poética de los autores antologados queda patente al hacer de sus textos un modo de serenar su cotidiana angustia, ante este mundo que les causa dolor y desconcierto. Por eso un elemento central de los textos que comentamos es su valor como bálsamo medicinal o resistencia, que alivia la pesadumbre o la congoja existencial del poeta, o constituye la armadura con la que se cautela de esta realidad que lo lesiona.

En cualquier caso, para ir concluyendo, los poemas de *Poesis Hispanoamericana* son las peras de este olmo de dos orillas: de la España, hoy «que marcha a morir tu corazón», para decirlo con Vallejo, y de la América, en la que «se alzó tu imagen como una torre sobre la temprana noche», según escribe Norah Lange. Leámoslos para encontrar nuestra propia voz en esta espléndida sinfonía.

Lima, 29 de agosto de 2012

Los suicidas siempre saben
hacia dónde van.
Sobre *Suicidas sub 21*,
antología de poesía joven

En estos tiempos aciagos para la cultura, la literatura, las artes y la convivencia social en la ciudad y el país, nada más urgente que responder a estos golpes sucesivos que con poemas convertidos en oráculo, en profecía, en anticipación de lo que va a ocurrir. De esta suerte, me conmueve profundamente la devoción de Raúl Alláin e Iván Fernández Dávila, editores de esta recientísima antología de poesía *Suicidas sub 21*, demostrando una firmeza de criterio, una suerte de solución de continuidad hacia las letras, una valentía y un liderazgo pocas veces visto.

Dicho esto, examinemos la antología *Suicidas sub 21*, que reúne a algunas de las más resaltantes voces poéticas que son menores o bordean los veintiún años de edad y pertenecen a algún centro universitario peruano.

¿Son suicidas estos bravos jóvenes que se dedican a la poesía? Lo serían si renunciaran a su esfuerzo por seguir creando, si entregaran sus armas a la peor de las muertes por propia mano: el olvido. Apresurémonos a añadir que esta ocasión es propicia para ir acabando, de una vez y para siempre, con ese perverso mito creado en torno al poeta, y en particular al poeta peruano, que le manda obligatoriamente, para ser un vate, a vivir en una pobreza peor que franciscana, y que todo intento de salir de ella sea una traición para la vocación que uno mismo ha elegido.

¡Por amor de Dios! Ya tenemos suficientes y gravísimos problemas, en tanto creadores, al no contar con mecenazgos privados,

tal cual en Estados Unidos, o políticas para integrar las burocracias públicas, como en México o Brasil, para añadir a ello que sea imperativo, a fin de ser llamados con derecho a morir en la indigencia más abyecta. Y quienes en tal despropósito insisten —críticos, editores, periodistas y muchos otros— no piensan, ni por asomo, en pasar hambre ni en dejar en la inanición a sus hijos.

Hay que tener claro, como señaló Antonio Cisneros en el prólogo a su antología personal *Propios como ajenos*, que uno es el poeta y otro el ciudadano, el que debe pagar las cuentas, el que provee a su familia de los bienes que necesita, el que sufraga los impuestos o las multas de tránsito. A ello agreguemos que nadie, y menos los insensatos que piden al poeta morir de hambre para ser considerado tal, cuestionaron el genio de Elliot por ser un empleado bancario; Kavafis, un funcionario en el servicio público de saneamiento toda su vida; Borges, director de una biblioteca; Kafka, un secretario judicial en Praga; Pessoa, un servidor municipal; Sologuren, un funcionario en el servicio tributario peruano; Ribeyro o Alejo Carpentier, diplomáticos.

A los jóvenes antologados en *Suicidas sub 21* les digo: no crean más en esa sarta de mentiras, creada por quienes no desean el progreso personal y material de los poetas, circunstancias ambas que les permitirán crear más y en mejores condiciones. Suya es la oportunidad de cambiar ese criterio que convenció a tantos excelentes bardos de estas tierras, como Juan Gonzalo Rosé o Francisco Bendezú, a que un empleo mejor era una traición a su arte. Claro está, nada sería mejor que vivir únicamente de los libros de poesía, pero hacerlo a costa de nuestra propia indemnidad no puede significar despojarnos de un sentido de realidad para abrazar la estolidez, no la gloria. Somos poetas, no idiotas.

Observemos ahora su contenido. Jorge Ramírez, en el poema que mejor define en este libro la situación actual, *Felicidad muerta*, una de cuyas mejores partes dice: «Mi felicidad es como el pueblo hambriento y violento, que ahoga sus ilusiones en promesas

marchitas a la boca de un león hambriento. Un huérfano que estrella su pecho y sus huesos contra el asfalto, en busca de su corazón. Una madre a la espera de su hijo, que se ha ido a pelear una guerra ajena. Las tribus de la calle luchando en terreno fangoso y baldío. Los perros callejeros que por las noches salen a comer basura y por el día suelen perdonar».

A renglón seguido, Sebastián Aragón, en su texto que es como una profecía autocumplida, *Epitafio de Lima*. De haberlo leído las autoridades causantes de esta tragedia, jamás habrían dado las órdenes que espetaron. Nos dice: «Ha pasado un día desde que Lima murió. Hay cadáveres pérfidos que no han encontrado, todavía, donde pudrirse. Muertes súbitas que esperan al juez.

»Hay condenas y cadenas atadas a los fantasmas. Ha pasado un mes, todo sigue igual; ha pasado un año, las señoras dejaron las lágrimas y cogieron a sus hijos. Los señores dejaron el alcohol y llanto y cogieron a sus señoras. Ha pasado una vida y Lima sigue igual, desordenada, con los cadáveres en cada calle, cada esquina, cada respiro. Con solo un cambio está de moda llevar las condenas en cadenas al cuello».

Paola Huaco Jara, en *Crucifixión*, pareciera narrarnos la golpiza del suboficial Huamancaja: «Vi sobre la multitud la extraña mirada de un hombre ordinario, la sofocante mueca de rostros que se alejan, y el color descompuesto de la desolación. Sentí en sus cabellos el frío erizante de la muerte y el galopar de toda una vida en ausencia del amor».

Lo mismo Juan Pablo Bustamante, en su texto *Ruido*: «Ruido al caer. Ruido al asfixiarme. Ruido al sangrar. El ruido del agua mojándome los dedos, en silencio». Esteban Poole le da a estos trágicos hechos, como a los flagelos que padecemos, un esbozo metafísico en *Teorema cosmológico*: «El espíritu ha evacuado, el mundo ha vomitado. El tiempo como carrusel, se consume hasta desaparecer». Joan Torre, en *Tú sabes que no nos importa*, pareciera dar cuenta de todos los que observamos con morbo esas violencias:

Cayó del cielo ese pedazo de roca. Cayó y nos quedamos todos mirándolo. ¿Qué sucedió con mis sentimientos? ¿Cuándo me volví tan inhumano?

Finalmente, Katuska García López, en *Destino final*, da cuenta de nosotros, los poetas, ante esta hecatombe: «Son míos los ojos que observan, los perdidos del camino. Soy yo la que vive muerta: la poeta del olvido».

Como debemos evitar empeorar más, y siempre se puede estar peor, llegando a devorarnos a nosotros mismos, es nuestra tarea reconciliar la labor literaria con la prosperidad y el bienestar. Con este deseo en mente, solo puedo pedirles a los poetas de *Suicidas sub 21* que sigan creando, pues, según César Vallejo, pieza clave de la evolución de la literatura occidental en el siglo XX, que escribiera para salvarnos en el poema *Los desgraciados*:

Ya va a venir el día; da
cuerda a tu brazo, búscate debajo
del colchón, vuelve a pararte
en tu cabeza, para andar derecho.

Ya va a venir el día, ponte el saco.
Ya va a venir el día; ten
fuerte en la mano a tu intestino grande, reflexiona
antes de meditar, pues es horrible
cuando le cae a uno la desgracia
y se le cae a uno a fondo el diente.

Necesitas comer, pero, me digo,
no tengas pena, que no es de pobres
la pena, el sollozar junto a su tumba;
remiéndate, recuerda,
confía en tu hilo blanco, fuma, pasa lista
a tu cadena y guárdala detrás de tu retrato.
Ya va a venir el día, ponte el alma.

Lima, 30 de octubre de 2012

Cuentos para soñar y seducir,
para denunciar y esgrimir.
Sumergido en *La seducción
de los sueños*, de Max Lacayo

Viene a mis manos este inspirador libro de cuentos, *La seducción de los sueños*, del escritor nicaragüense Max Lacayo, obsequio de su compatriota, mi querido amigo el poeta y político liberal Ariel Montoya, para acometer con él un prólogo que sumerja al lector en sus páginas.

Resulta bizarro el momento en que, sabe Dios por cuáles extrañas razones, aparece ante mí la obra —no solicitada— de un escritor que, al conocer y leer por primera vez, siento que me entrega una literatura interesante, envolvente, digna de aprecio y comentario. Este es el caso de los cuentos de Lacayo.

La seducción de los sueños es una muestra patente de cuánto pueden engañarnos los narradores. Pareciera esta colección de cuentos, desde su título, e incluso sus primeros apuntes, una obra romántica, con ribetes e impresiones eróticas, cuando de pronto y sin previo aviso da un vuelco notable: relata las vicisitudes, clasicismos, prejuicios y maniqueísmos de la clase alta de Nicaragua.

La edición consta de treinta y cinco cautivantes relatos, donde priman los cuentos para denunciar y esgrimir, antes que para soñar y seducir. El libro bajo comentario recoge punzantes reflexiones sobre el doble rasero de los pudientes nicaragüenses, su izquierdismo de salón, su falta de escrúpulos, su divorcio con los principios que dan cauce a la vida en común, su esnobismo, que los hace dignos representantes de la «gauche divine» francesa, o lo que ha sido dado a llamar en el Perú el «caviar»: espécimen

proveniente de la alta burguesía limeña que se autodenomina de izquierda para lavar ciertas culpas o ganar el cielo sin perder ciertos privilegios del infierno —como describiera hechicera-mente Mario Vargas Llosa en *El pez en el agua*—; grandes contradicciones que son, en estos casos, más de orden psicológico que sociológico.

Encuentro pertinente su denuncia. Si algún grupo social o ciudadano ha hecho más daño a las posibilidades de la libertad en América Latina, son estos bohemios burgueses que aborrecen las rudezas y el trabajo duro, signos esenciales del capitalismo y el libre mercado. También que se trate de cuentos de ciudad, urbanos, que son los que a mí más me agradan.

De esta suerte, nos encontramos ante cuentos bien planteados que invitan a una acuciosa lectura por su planteamiento, desarrollo y desenlace, lo que no siempre puede decirse en estos tiempos en que la verdadera literatura se confunde con el papel impreso en forma de libro, cuyo carácter trimestral lo asemeja más a un balance que a una obra arrebatadora y que resulta más bien cuartillas para envolver pescado.

Cierto es que en esta obra el escritor se busca localmente y se remonta desde cada aspiración de su patria. Su vocación nicaragüense intenta acercar la singularidad de su país al mundo, hacerla uno con él. Desde ahí, la presente creación alcanza un primer orden: permitir que todos apreciemos las alegrías, desgarramientos y características del ser nicaragüense es un acto que merece un aplauso rendido ante el descubrimiento de tales rasgos y su comprobación de lo mucho que se parecen a los nuestros.

Se observa también que Lacayo se encuentra más a gusto en el cuento o el relato breve que en la novela. Los fragmentos que nos ofrece en *La seducción de los sueños* desgranar los comportamientos de sus personajes en instantes no por limitados, menos intensos, vívidos, resueltos y significativos. Alegoría de la definición concreta, este libro es también multidimensional, pues

da a conocer los abismos de lo humano, su condición execrable, repudiable, como también noble, altruista, libertaria, que hace perenne al humano actor.

Quizás sea bueno definir a nuestro autor como un cazador de relámpagos: presto a atrapar el momento refulgente de este, que es al instante atronador como el trueno y luminoso como el rayo. Que estos treinta y cinco momentos de luz, de ruidos ensordecedores, vivaces y mordaces al mismo tiempo, nos proporcionen el filo cautivador y cauterizante de las mejores letras de su país.

Lima, 18 de enero de 2013

Padre César, Padre Antonio:
las tendencias de la poesía
peruana contemporánea.
A propósito de la antología
Todas las voces

Todo libro es una oportunidad. Y la antología de poesía peruana contemporánea *Todas las voces*, del vate, editor y promotor cultural peruano Julio Benavides no escapa a esa categoría. En lo que a este escriba respecta es una oportunidad para responder a las *inmensas preguntas celestes* que abordó Antonio Cisneros, «el más amado de los pequeños dioses», a quien rindo, con este prólogo, mi homenaje, lo mismo que al poeta, periodista y catedrático Mario Razzeto, también recientemente fallecido, y compañero de generación del autor de *David y Crónica del Niño Jesús de Chilca*, dado que ambos fueron dilectos y queridos amigos. Esas preguntas se refieren, con ocasión de esta publicación, a la poesía peruana, cuyos creadores integran casi en su totalidad la edición que comentamos, y a la que me dedicaré en las líneas que siguen.

¿Es la poesía contemporánea peruana inclasificable? ¿Diversa hasta el delirio? ¿Constituyen las generaciones el único modo de abordar al género príncipe de las letras en nuestro país? Veamos.

Dejemos de mirarnos el ombligo: la literatura peruana es relativamente joven, sobre todo si la comparamos con otras literaturas. En diez siglos de producción literaria —frente a las cinco centurias de este «lecho de espinas, de caricias, de fieras», como definió a nuestra patria Sebastián Salazar Bondy en su poema

Todo esto es mi país—¹ es natural que otras comunidades tengan escritores de gran valía. Así ocurre en la literatura italiana con Dante, en la literatura inglesa con Shakespeare, o en la literatura española con Cervantes.

Se observa que para todos los poetas de estas tierras «de metal y melancolía», como escribiera en su soneto *A Carmela, la peruana*, el gran Federico García Lorca,² hoy antologados por Benavides, César Vallejo es el poeta peruano por antonomasia, el aedo por excelencia. Para bien o para mal, su influencia es definitiva, en todas las voces que se encuentran en el libro de Benavides, con independencia de la procedencia, el género, la edad o el tipo de poesía que realizan.

Como señalara Marco Martos en su ensayo *La poesía peruana del siglo XX*,³ «Vallejo significó, entre otras cosas, para la poesía escrita en español en el Perú, el tránsito definitivo de una época de tanteos a otra de logros persistentes, que es el punto en que nos hallamos. Ignorar este hecho, como alguno de cuando en cuando pretende, nos pone en el terreno de la poesía en una situación adánica, comenzando siempre de nuevo, partiendo de la nada. [...] Vallejo es una mole en medio de nuestro camino literario y su poesía tiene una fuerza y una belleza nunca vistas en el idioma español. Así lo reconoce Jorge Eduardo Eielson en este texto:

No me es posible escribir
sin recordar
por lo menos tu nariz padre César
No me es posible enterrar tu perfil

¹ Sebastián Salazar Bondy, *Todo esto es mi país*, Fondo de Cultura Económica, Colección Tierra Firme, México D.F., 1987, p. 152.

² Federico García Lorca, *Obras II Poesía 2*, Akal, Madrid, 1998, p. 416.

³ Marco Martos Carrera, «La poesía peruana del siglo XX», en *Revista América sin nombre*, n.º 13-14, Universidad de Alicante, Unidad de Investigación «Recuperaciones del mundo precolombino y colonial en el siglo XX hispanoamericano», 2009, pp. 203-214.

en una rima y nada más. El fulgor
que pone en marcha mi esqueleto
y tiñe mi sangre de rojo
no viene de las estrellas
sino de ti padre César
Tú que ayunabas noche y día
en este mundo pero te nutrías
de universo ¿cómo hiciste
para convertir tu sollozo
en pan de todos tu desesperación
en agua pura?⁴

Hace bien en reconocer el autor de *Cabellera de Berenice y El mar de las tinieblas* que Vallejo es un animal grande y corpulento, el toro de Pucará de las letras peruanas, el décimo de sus nueve monstruos, que pisa siempre fuerte, al cual se puede apaciguar, del que es posible escapar o al que se debe enfrentar, pero de ninguna manera desconocer ni desairar.

En ese sentido, tomando en cuenta la influencia de Vallejo en la poesía peruana del siglo XX, y reconociendo las influencias que recibió el propio creador de *Trilce* y *Poemas Humanos*, es posible sugerir, como lo hace el notable poeta Pedro Granados, en su meridiano ensayo *Contra el cinismo: poesía peruana actual*,⁵ que en realidad hay dos, y solo dos, cauces mayores de la poesía nacional: «el del hedonismo por las palabras y los sutiles paralelismos, no pocas veces más conceptuales que verbales, propios del barroco», donde ni nuestro padre tutelar —César Vallejo, claro está— estuvo a salvo de esa impronta, pues, afirma Granados, «la suya es una poesía donde confluyen, en vigoroso y primerísimo oxímoron: vanguardia o antipoesía y el amor por sus lecturas del Siglo de Oro, en particular Luis de Góngora».

⁴ Marcos Martos Carrera, *op. cit.*

⁵ Pedro Granados, «Contra el cinismo: poesía peruana actual», en *Arquitrave - Revista colombiana de poesía*, año V, n.º 32, agosto de 2007, pp. 3-7.

Respecto a este surco principal de nuestra poesía, el hedonismo barroco hispánico —y que Vallejo, su mayor representante en el siglo XX, puntualizamos, no ha hecho sino afirmar o consolidar— se apresura a aclarar Granados que, «obviamente no nos estamos refiriendo al gusto canónico del siglo XVII ni, mucho menos, al del barroco decadente típico de los comienzos del siglo XVIII; somos conscientes que si hemos de referirnos a la persistencia de los gestos barrocos en la poesía peruana es en su dialéctica con otras estéticas que, con el paso de los años, han ido incorporándosele, llámense estas surrealismo, conversacionalismo, objetivismo, etcétera».⁶

No pasemos por alto que los dos últimos libros de poesía de César Vallejo, *Poemas Humanos* y *España, aparta de mí este cáliz*, reúnen —y en eso estriba la alta genialidad del poeta santiaguino— a la intensidad vanguardista con la métrica castellana del Siglo de Oro español, a decir de los críticos más especializados.

Ahora bien, quien de los poetas peruanos haya, en los casi cien años de influencia vallejana, efectuado un trabajo notable y distinto, lo ha realizado o lleva a cabo hasta hoy a través de lo que Granados ha dado a llamar «el británico modo». Sostiene el autor de *Poemas en hucha* que cuestionar a Vallejo y, con él, al barroquismo poético peruano de los anteriores cuatrocientos años de nuestras letras «se tradujo, a nivel formal, en la generalizada adopción por parte de los poetas peruanos —aunque con distintas escalas de impacto en cada una de sus obras— del británico modo. [...] En los años 60 esta estructura lírica —el monólogo dramático— creado por el poeta postromántico inglés Robert Browning, permitió la matización —a partir de dar cabida a la intimidad de un sujeto social por lo general pequeño burgués y educado, aunque políticamente comprometido— de lo que era el social realismo imperante en la década anterior. Y el público lector, básicamente universitario como los propios poetas, saludó

⁶ Pedro Granados, *op. cit.*

y poco a poco fue adaptando su horizonte de expectativas a este modo de poetizar».⁷

Entonces, sostengo que los siguientes cincuenta años de poesía peruana, de los sesenta hacia adelante, han sido una sorda pero encarnizada guerra anglo-española o hispano-inglesa, como se la quiera denominar. Así las cosas, olvídense de las generaciones y de sus líos parricidas, subterfugio vil que se cae a pedazos y se descascara irremediadamente, por su descrédito académico y metodológico, y es usada para que no notemos los poetas aquello que, a partir de Granados, acabo de indicar.

Así, en el medio siglo de poesía contemporánea nacional, a algunos de cuyos principales autores, y a otros más jóvenes, recoge con maestría Julio Benavides en este libro, con lo que de ruido y silencio ha tenido, a saber; con la explosión de Hora Zero, Kloaka y Neón, donde cada uno de estos grupos literarios lanza furibundas proclamas, repitiendo la ya vieja usanza vanguardista de declarar obsoleta toda tradición precedente y consagrarse fundadores de una nueva era; con la retención, el misterio y el silencio de las «aves raras» de la poética peruana —como tituló Luis La Hoz al libro que los antologa—⁸ como Vicente Azar, de los años 30, para quien Vallejo pesó como una lápida; Augusto Lunel y Pedro Gori, en los años 50; Walter Curonisy, en los 60, y en los 70, Juan Bullita, Guillermo Chirinos Cúneo, Enriqueta Belevan, Patrick Rosas, Óscar Aragón y Armando Arteaga, todos cumpliendo ese ideal de poesía callada, como diría Martín Adán, llena de secretos y levedades, como también insulares, por la dificultad del acceso a su obra; la poesía femenina, de Blanca Varela a Monserrat Álvarez, y de Rosina Valcárcel a Isabel Matta, pasando, por cierto, por Carmen Ollé, Rocío Silva Santisteban y Dalmacia Ruiz Rosas.

⁷ Pedro Granados, *op. cit.*

⁸ Luis La Hoz, *10 aves raras de la poesía peruana*, Fondo Editorial de Cultura Peruana, Lima, 2007.

En tal circunstancia, todos ellos, los antologados, las más recientes generaciones, este poeta, e incluso los autores que vendrán en los siguientes cincuenta años, se encuentran signados por la contienda sanguinaria entre lo barroco español o el británico modo, cada uno en sus respectivas intensidades; con las frustraciones, desengaños o acomodados políticos que han llevado a cabo o padecido, según el caso; en el pico de su emoción declarativa, que tiene sonido y ruido, o en la que tiene silencio, misterio, levedad.

En lo que falla Granados en el ensayo citado es en descartar, casi desde el inicio, a los poetas nacionales del británico modo. El «desgaste definitivo» al que alude el antipoeta peruano respecto a estos, cosa paradójica o de justicia poética, no es tal, precisamente debido a la partida de Antonio Cisneros y la muy reciente de Mario Razzeto. Como se sabe, en las letras la muerte es consagratoria. Y con su desaparición física es altamente probable que el británico modo, su estilo, su modo de hacer poesía, en la que no basta con escribir *lo que se siente* sino *lo que se quiere* decir, o los temas que ha abarcado (estamos siendo optimistas) tenga más bien un renacimiento.

Claro está, ambas maneras de hacer y escribir poesía, con sus enfrentamientos y vicisitudes, sus tiempos y sus circunstancias, enfrentan un enemigo más feroz. Lo dice claramente Jaime Bedoya en su nota sobre la muerte del autor de *Canto ceremonial contra un oso hormiguero*: «inquieta que haya muerto Antonio Cisneros porque se va consolidando lo que podría ser el fin de una etapa de la expresión intelectual nacional. No hay recambio generacional a la vista. En todo caso lo cubre y oculta una masa autocomplaciente y onanista, embobada con el babel electrónico y la soledad de la arrechura virtual. Inquieta, pero no preocupa. Los jóvenes a fin de cuentas siempre tienen abierta la posibilidad de irse a la mierda, oportunidad que rara vez desaprovechan».⁹

⁹ Jaime Bedoya, «Toño», en *Blog Trigo Atómico*. Post del 10 de octubre de 2012.

Si bien creo que hay recambio generacional en el intelecto, la crítica y la literatura nacionales, como en ambos modos poéticos —lo atestigua con acierto el libro de Benavides— es cierto que la masturbatoria juventud de nuestros días aparezca como la principal enemiga de la poesía peruana y su desarrollo en el siguiente siglo. En efecto, al joven peruano de hoy no le interesa el pasado ni se afana por el futuro: solo vive el presente absoluto. Su ser unidimensional también es unitemporal. Ni siquiera existe como el sujeto político que debería contribuir a recuperar el sentido de la política en el Perú.

La más reciente poesía joven parece seguir por esa senda insípida e inmediatez. Envuelta en un pseudo erotismo que no pone ni conmueve, en un maniqueísmo existencial que no se pregunta y, al contrario, se aturde, es hija del déficit de lecturas, el google como sucedáneo de las bibliotecas, y la contenta ignorancia hasta el límite de lo indecible.

Por tanto, creo que la madurez en la literatura peruana, en su quinto siglo de existencia, se dará cuando reconozca a sí misma como un discurso diferenciado, con un corpus propio y características que las hacen distinta de otras tradiciones, como se atisba a hacerlo en varios de los poetas de *Todas las voces*. La fusión entre lo barroco y lo coloquial es, de esta suerte, y a juicio de este poeta, el paso a seguir. Veremos.

Por supuesto, de no seguir ese camino, al tener claro a cual escuela, tradición o estilo pertenecen, y afirmarse en ella, los poetas peruanos —entre ellos, los antologados por Benavides— estarán más libres para crear. Serán ya totalmente conscientes que la temática poética está en ellos mismos. Entenderán que nace de sus propios fantasmas, ángeles, duendes o demonios.

No se verán atrapados por el juego sin fin de las generaciones, ni su arte se verá sometido a exigencias extraliterarias, como la construcción de la identidad nacional, la política o la forja de la conciencia del pueblo, usuales coartadas de los hambrientos de poder. De esta manera, comprenderán que su única misión

es escribir. La obra literaria es una obra de arte autónoma que vale por sí, y lo que hace que una obra literaria se distinga de un tratado filosófico, de un ensayo histórico o un reportaje periódico, es el elemento estético, fundamental en la obra de arte. Parece una verdad de Perogrullo, pero no lo es.

Con esto dicho, cierro este prólogo celebrando el libro que pone en nuestras manos Julio Benavides, para que todas sus voces se oigan, y nos definan, como hace Antonio Cisneros en su poema *Oración*:

Qué duro es, Padre mío, escribir del lado de los vientos,
tan presto como estoy a maldecir y ronco por el canto.
Cómo hablar del amor, de las colinas blandas de tu Reino,
si habito como un gato en una estaca rodeado por las aguas.
Cómo decirle pelo al pelo diente al diente
rabo al rabo y no nombrar la rata.¹⁰

Lima, 24 de enero de 2013

¹⁰ Antonio Cisneros Campoy, *El libro de Dios y de los húngaros*, Editorial Libre, Lima, 1978.

Las balas del futuro.
A propósito de la antología
Suicidas del 89

Tal es mi poesía: poesía-herramienta
a la vez que latido de lo unánime y ciego.
Tal es, arma cargada de futuro expansivo
con que te apunto al pecho.

GABRIEL CELAYA

La poesía es un arma cargada de futuro,
Cantos Íberos, 1955

Si la poesía es un arma cargada de futuro, los poetas de esta antología son las balas venideras, y sus poemas los disparos del porvenir, infringidos contra ellos mismos, para alcanzar su suicidio, según la antología que presentamos con las líneas que siguen.

Cuando Gabriel Celaya escribió su poética profecía, el mundo era otro. Hoy es un mundo distinto al que él soñaba, pero también diferente al que cualquiera de su tiempo y del nuestro hubiera imaginado: ésa es una poderosa razón para no dejarnos llevar por la arrogancia fatal¹¹ de moldear al mundo conforme a nuestro parecer, pues más bien justifica que permitamos a todos desarrollar su particular proyecto de vida en libertad. No obstante, ese futuro del que hablaba es el hoy de los poetas de este libro. Y el ahora de su poesía es también un revólver con el tambor pleno de proyectiles ulteriores.

¹¹ Friedrich A. Hayek, *La fatal arrogancia. Los errores del socialismo*, Unión Editorial, 2.^a ed., Madrid, 1997. El Nobel de Economía analiza en este, su último libro, la terrible equivocación de diseñar una sociedad, cuando ello es imposible, por lo infinito de los conocimientos y acciones de los hombres en libertad.

Por lo dicho, me invade el convencimiento de que los jóvenes de nuestro tiempo no son más indolentes ni desconcertados que los de hace 50 años, y, entre ellos, los jóvenes poetas de este libro en particular. Los de medio siglo atrás nos parecían más intelectuales o comprometidos pero, a juicio de este escriba, se encontraban enhechizados,¹² es decir, como embrujados por el sibilino influjo de ciertas utopías —equivalentes a las que Celaya defendía con ardor— que luego trajeron muchísima violencia a sus países. Creo que los jóvenes de ahora son más precisos en sus propósitos, más acuciosos en definir su rumbo y con aspiraciones menos peligrosas para la convivencia civilizada. Son distintos, al igual que desemejante es el escenario donde se encuentran. Cabría preguntarse cómo habrían reaccionado los entonces jóvenes de los cincuenta y sesenta ante la inevitable metamorfosis de sus sueños en pesadillas, o qué acciones tomarían en estos momentos.

Ahora bien, que los jóvenes poetas, tanto de España como del Perú, que nacen con el final del corto siglo XX, como lo denominó el historiador Eric Hobsbawm,¹³ sean distintos a los que en él vivieron, no significa que sean menos creativos, románticos o espléndidos. Por el contrario, tienen tareas más difíciles, algunas permanentes, otras nuevas. Entre las permanentes, convivir con diferenciarse de los narradores, para quienes escribir ficciones les permite ser otras personas, vivir otras vidas, probarse otros nombres,¹⁴ en tanto que los poetas están solos con sus soledades, las propias y las de sus circunstancias.

Del mismo modo, si una tendencia permanece inalterada en los poetas nacidos a partir del 89 respecto de sus predecesores,

¹² Tal como escribiera Miguel de Cervantes en *El licenciado Vidriera*: «Salamanca que enhechiza la voluntad de volver a ella a todos los que de la apacibilidad de su vivienda han gustado», y que recalcará con acierto, sobre la misma ciudad, Miguel de Unamuno.

¹³ Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Crítica-Grijalbo Mondadori, Buenos Aires, 1998.

¹⁴ Como escribiera el gran Joaquín Sabina, *La del pirata cojo*.

esa es la angustia. Ninguno de ellos se creyó la coartada del fin de la historia. Que las utopías hayan implosionado junto con el telón de acero no supone que la angustia, impercedero sentimiento, haya languidecido. Los utópicos de antaño pretendieron anularla con sus modélicas sociedades, ahora desaparecidas. Humana frustración ante los deseos no resueltos, lo incierto, la disfuncionalidad familiar, las relaciones amorosas, la injusticia, el tiempo y su crueldad, la ausencia de sentido de la vida, es tomada en forma nueva por los novísimos aedos mediante sus escritos, ora mediante la protesta, ora a través del esteticismo.

Entre las nuevas tareas, escojo una sola, debido al espacio, y es el requerimiento al que deben los jóvenes creadores responder: ¿Para qué poetas? Y es que nunca antes la nadería que aparentemente es la poesía ha sido tan cuestionada.

Respondo a aquellos infelices, seres amputados que viven sin poesía —lo que equivale a no vivir, a deambular como muertos caminantes— que se atreven a sostener que la poesía es una labor estéril e inane, con las extraordinarias palabras del periodista mexicano Prócoro Hernández Oropeza: «La poesía se emplea para aplacar las tormentas del alma, redimir a una mujer o un hombre o llenar el corazón de ese sentimiento llamado amor. Puede, en dosis bien servidas, alimentar el espíritu, asustar una soledad y alejar una tristeza. Sirve también para reflexionar acerca de si las piedras hablan o si la luna es medicina para el mal de amores. Por medio de la poesía podemos hacer hablar las flores y voltear el cielo de cabeza, cambiar la tarde de lugar. Es un buen recurso para transgredir la monotonía y curar el insomnio».¹⁵

Inquiero también, ¿por qué la poesía española en comunión con la peruana ahora? Si bien es una pregunta que responderán los autores de la antología, me apresto a señalar que tanto España

¹⁵ Prócoro Hernández Oropeza, «¿Para qué sirve la poesía? El concepto de poesía en Octavio Paz», en *Revista Inter fórum*, 12 de mayo de 2012.

como el Perú en el siglo XX pasaron por lo peor que le puede suceder a un país: una guerra civil, feroces dictaduras políticas, los terrorismos, el separatismo y las dificultades de hallar una identidad entre naciones y comunidades enfrentadas por siglos de guerras y olvidos; ahora, por si fuera poco, España atraviesa por una crisis terminal en su economía, como el Perú atenaza, a pesar del crecimiento, el conflicto social, en este siglo XXI que atisba ya su adolescencia.

No obstante, sus intelectuales se sobrepusieron a todas esas tinieblas, y demostraron que se puede crear, cultivar e iluminar con el arte, en medio de las más difíciles condiciones. Confío en que lo mismo ocurra con los poetas de esta antología, pues si las crisis pasadas en tierras hispanas y andinas supieron legarnos verdaderas joyas literarias, de rescate y redención de lo humano, es seguro que nuevas cotas se alcanzarán por medio de los autores reseñados. De los poemas leídos, se observa que tienen la actitud, la erudición, la sensibilidad y la creatividad suficientes para acometer dicho reto.

Además, como señaló la investigadora sanmarquina Irene Valencia Anglas, «que la experiencia de España, de crear humanismo y cimentar la paz, a contracorriente de guerras, exilios y privación de libertades, sea un desafío para nosotros, responsables de lograr un mejor porvenir para las futuras generaciones».¹⁶ Tal es la encomienda, tal el encargo que deben abordar, con resolución y sin ningún temor.

En lo personal, España es el lugar de mis más caros afectos, del que nunca me fui del todo, y al que siempre volveré. Sus ámbitos más amplios y sus recodos más íntimos son los de mi último romance juvenil, y los de mi primer amor verdadero. Para mí, España significa Salamanca, dorada y pétreo; donde amé también el vino, el invierno, los claustros silenciosos, las

¹⁶ Irene Valencia Anglas, «Literatura española: legado del siglo XX», en *Paediátrica*, vol. 3, n.º 1, enero-abril del 2000, pp. 44-45.

lecturas, las risas y los abrazos de los amigos de todas las patrias.¹⁷ De tal suerte, no podía de ningún modo sustraerme a prologar este libro, que reúne a poetas españoles, con ese modo recio, castellano, de escribir poesía, y el peruano, de andino y dulce recitar y pronunciar.¹⁸

Al terminar de leer sus textos, queda patente otro rasgo en común: los jóvenes vates de esta antología asumen los sentimientos y las ideas de una mayoría de sus contemporáneos y las expresan en palabras señeras y convincentes, poéticamente seductoras. Le devuelven a la poesía el viejo prestigio que otrora ostentó y, en una nueva misión prometeica, entregan a las mujeres y hombres de su tiempo el fuego ineludible de la libertad. Así concebida, la poesía es una hoguera en la que arden los viejos y los nuevos mitos, las utopías del ayer y los desencantos del hoy. Los suicidas de nuestro libro son también pirómanos, y en sus poéticas piras se queman ellos, sus angustias, el sarcasmo con que se atiende a su quehacer en nuestros días, todos estos materiales diversos, incluso los que se consideran no combustibles.

Es casi seguro que los poetas del Perú y de España, ubicados en esta antología, ardan en sus propias llamas, en una suerte de auto sacramental, de combustión espontánea de la literatura actual. No teman: tal es su naturaleza. Iluminar breve pero intensamente. De esta manera, que sus flamas nos calienten e iluminen, porque, como escribiera el poeta norteamericano Ralph Waldo Emerson en una genial anticipación, los poetas «no somos vehículos del fuego, ni antorcheros, sino hijos del fuego, hechos de su substancia».¹⁹

¹⁷ Como escribo en el poema «Hermano Alfredo», dedicado al poeta hispano-peruano Alfredo Pérez Alencart, que forma parte del libro *El arca de los afectos*, de Verónica Amat, recientemente publicado.

¹⁸ Parfraseando a Mario Vargas Llosa y su discurso de recepción del Nobel de Literatura 2010, *Elogio de la lectura y la ficción*: «A mí me enorgullece sentirme heredero [...] de los españoles que, con sus alforjas, espadas y caballos, trajeron al Perú [...] la lengua recia de Castilla que los Andes dulcificaron».

¹⁹ Ralph Waldo Emerson, *El poeta*, Ediciones Mínimas, Buenos Aires, 1921, p. 4.

Sin estos poetas, no se entendería bien la marcha de la poesía, arma del futuro, allende los mares o atravesando los andes, y de los cuales ellos son las balas, no perdidas, sino representantes. proyectiles del porvenir, balas del futuro, les deseo que no los condene la muerte, que no los fusile el silencio, que no los maldiga el olvido. Tal es mi oración y mi apuesta.

Lima, 29 de enero del 2013

SOBRE EL MOLINO
DE LAS SOMBRAS.
LIBROS DE POESÍA

Entre Circe y Penélope.
Comentarios a
El arribo de un éxtasis violento,
de César Pineda Quilca

Pienso que si pudiéramos acceder a los más íntimos pensamientos de Odiseo, el rey náufrago, estos se expresarían en la forma versada que nos obsequia César Pineda con *El arribo de un éxtasis violento*. Permítanme explicar mi argumento.

Creo, como Borges intuía, que el inconsciente literario de los creadores los hace generar, en sus obras, una suerte de reescritura perpetua de los mitos más puros y primeros. Esto es un efecto natural de lo esencial de la literatura, que es la mentira, el verdadero oficio más antiguo del mundo para mí. No obstante, como ella, según la sabiduría común, tiene piernas muy cortas, se requiere reinventarlas continuamente para poder seguir fascinando a asombrados escuchas y lectores de antes o, ahora, comentaristas de blogs. Y si los escritores somos mentirosos por vocación, se hace evidente dar cuenta de una nueva forma, argumento, vuelta de tuerca, golpe de timón o ucase para seguir escribiendo, para convencernos a nosotros mismos de nuestra ficción engañosa, para envolverla en un formato distinto y, por ello, renovador.

Por eso *El arribo de un éxtasis violento* es, a mi modo de ver, la reflexión personal del preferido de la diosa Atenea. Tal como la maldad pura se reinventa en los Thénardier o en Ricardo III; la venganza en Edmundo Dantés o en el capitán Ahab; el sentido juvenil y despreocupado de la aventura en el Tom Sawyer de Mark Twain, el Gavroche de Hugo o el Colorete de Reynoso;

el poeta que nos habla es Odiseo, tal si tuviera una bitácora de capitán o un diario de viaje.

Por supuesto, me apresuro a sostener que, a diferencia de la narrativa, donde lo reescrito se realiza a través del personaje o el hilo conductor de la historia, en el caso de la poesía los niveles de la reescritura son muy íntimos, como el escondido amor de dos amantes, ocultos, como en el vals del compositor peruano José Escajadillo, «Que somos amantes», los

que a escondidas
en una caricia
se entregan la vida
que somos amantes
y que en carne y alma
tan solo pedimos
un fin de semana.

De allí que *El arribo de un éxtasis violento* se examina sobre sus amores correspondidos y no correspondidos, su posición frente al mundo y la vida, su desconcierto frente a lo cotidiano, su ajenidad al ser confrontado con lo real.

En lo que concierne al amor, sabemos que el padre de Telémaco amó, durante su larga travesía, a varias míticas mujeres. Para el caso que nos concierne, debemos referirnos a Circe y a Penélope. La hechicera poderosa y seductora, frente a la reina fiel, abnegada y devota. Así, en el libro que comentamos, me permito leer que Pineda da cuenta en sus amores, aquellos que lo inflaman hacia la mujer Circe y la mujer Penélope.

Al principio del poemario, el poeta nos habla de lo angustiante que es amar a una mujer evadida o, si se quiere, emancipada. A una mujer Circe. La hechicera no quiere compromisos. Nadie la ata a las rutinas del matrimonio, ni quiere reconocerse en ellas. Entrevemos a la mujer Circe en el magnífico «Poema para Danitza». En él nos dice, acongojado hasta la desolación, Pineda:

Amo la blanca piel de una mujer hecha pedazos
amo el hálito apretado de su sombra en un rincón
cariñoso de esta ciudad
(amo) el fuego enrollado de toda su tormenta
en una cicatriz herida de mi cuerpo.

En tanto que la mujer Penélope se viste con el lino de lo real, a la mujer Circe se la despoja de las sedas de la imaginación. Para decirlo como lo hace el poeta, en su verso «Objeto imaginario»:

Eres el leve sentido oscuro que habita dentro de mí.
Eres tú mi único objeto imaginario.

A la mujer Penélope se la extraña de modo inevitable. No importa cuánto pretendamos ocultarlo. Criados desde siempre en los ritos, el ejercicio de lo cotidiano nos explica, nos llena, es nuestro centro. De allí la irremediable nostalgia por ese amor en el que refugiarnos como un niño en una manta un día de frío, como los que padecemos hoy. Esto se observa en el poema «Escribiendo tu nombre sobre el aire», donde Pineda sostiene, de modo magistral, lo siguiente:

Qué demonios es esto
el de pasarme
todas las tardes escribiendo tu nombre sobre el aire
viviendo a solas
tan desesperado y cortándome las alas
a qué hora
se detiene el tiempo
y el tórrido romance de que tu cuerpo no se vaya.

Y allí donde la mujer Penélope es un amor que organiza, que centra, la mujer Circe, como su arquetipo, representa la seducción. Ya no por los conocimientos de magia y los bebedizos de su inspiradora, sino más bien por su encanto, por su hechizo sexual,

por su atrayente belleza, capaz de hacer lo que quiere con los hombres. Y así con el poeta, que nos dice en el poema «Pulsación»:

Salí como una flecha disparado a buscarte donde, quizás, nunca antes nadie te había visto. Y terminé más herido que de costumbre. Vestido como el frío de un parque vacío.

La sibila de nuestro libro ya no convierte a sus antiguos amantes en zorros, leones o lobos, carne de práctica de sus artes oscuras, sino en sombras, como en el poema «Ocultaré mi silencio sobre tus oídos», donde el poeta expresa:

Estoy cansado de vivir contigo detrás de este silencio oculto como una oscura sombra que nadie pudo ver.

Pero es cierto, también, que el tiempo que estamos bajo el influjo de la maga es celestial e inolvidable. Y nos lo recuerda Pineda en su texto «Paradiso»:

Fuimos felices desde aquel día en que fuimos echados a vivir sobre un mundo inexistente.

Esta moneda, sin embargo, tiene otra cara. La mujer Penélope es a la que siempre volvemos, aun sin que sepamos con certeza que vayamos a regresar. Pineda refleja lo que sería, en el contexto de la partida por veinte años, el pensamiento de Odiseo a su esposa, en «Paradero secreto»:

Cuántas veces me he ido de ti sin un pasaje de regreso. Difícil escuchar la melodía de un verso que te busca en silencio.

También, Penélope es la mujer a la que, luego de la jornada, confiamos nuestros pesares, así no esté. Así lo deja saber Pineda en su «Poema sin título»:

Qué terrible se puso el día. Cuando todos se aprestaban a dormir yo todavía seguía conversando con tu ausencia.

Finalmente, es a la que dedicamos nuestra mirada última, y así se detalla en el poema «Todo se parece a ti»:

La muerte se acerca a mí para alumbrarme con tu silencio.

Para ir concluyendo, *El arribo de un éxtasis violento* es también un cumplimiento escrupuloso y preciso de la máxima de Thomas Mann en *Muerte en Venecia*:

¿Comprendes ahora cómo nosotros, los poetas, no podemos ser ni sabios ni dignos? ¿Comprendes que necesariamente hemos de extraviarnos, que hemos de ser necesariamente concupiscentes y aventureros de los sentidos?

Nuestro poeta, atendiendo a esa indicación del autor de *La montaña mágica*, derriba toda ausencia antes de que llegue la muerte, tiene las manos repletas de angustia y escribe poesía, el terrible sacudón de un torbellino sin calma. Pineda quiere vencer, con astucia, al Polifemo de la soledad. Y como la soledad es, al igual que la muerte, una amante egoísta que nos vence siempre, así el poeta nos dice, en el poema «S/T»:

Cuando mi ojo se clava como una bala perdida cayéndose de rodillas aquí en mi pecho.

Creo que lo ha logrado. Habrá muchos puertos a los cuales arribes, joven Pineda. No recales en ninguno, pues si has vivido al azar, al azar debes irte, como reza la canción.

Santiago de Surco, 19 de agosto de 2011

Dos veces poeta.
Acerca de *Soundtrack*
y *Miles de misiles*,
de Carlos Luján Andrade

Preguntémosnos, ¿qué es ser un poeta en la primera década del nuevo siglo? Un esbozo de esa respuesta se encuentra en este libro bifronte, *Soundtrack y Miles de misiles*, de Carlos Luján Andrade, como un puente que acerca, que comunica, que se tiende entre dos tierras y hace posible que caminemos sobre las aguas, a veces fieras y a veces mansas, del ayer y del mañana de la literatura.

En ese orden de ideas, lo bueno de la dualidad es la posibilidad de construir hacia delante sin despreciar la experiencia de la historia pasada. Esa moneda, empero, tiene otra cara: lo malo de la dualidad es la incertidumbre, el no saber qué hacer ni a qué fuerzas ceder. Creo que en ese trance se encuentra la poesía latinoamericana más reciente. Valora la tradición sin confiar plenamente en ella; se aleja de la tentación parricida pero le exige a sus padres literarios, a veces a la mala, que la dejen caminar sola; experimenta, pero sin el artificio o el compromiso de antaño, tomándose lo que escribe no tan en serio.

De allí que, en ciertas expresiones de la poesía última, como los libros objeto, o en aquellos que, como este, son dobles, no aparezca del todo esa concepción del libro de poesía como un todo orgánico, que constituía, y todavía representa, la búsqueda de muchos de los vates de mi generación, la última que se organizó en generaciones literarias.

Creo que ni unos ni otros hemos tomado en cuenta la advertencia que hace el poeta y crítico mexicano Julián Herbert en su

libro sobre la poesía de su país, *Caníbal*, cuando señala que hay poetas que viven de la tradición como si fuera la cuantiosa cuenta bancaria que les legó un tío lejano, y hay otros que toman posesión, con naturalidad, de una herencia que les es propia. Con todo, me parece oportuna la pretensión de los noveles poetas como Carlos Luján y de los libros elegantes y sugestivos, asumidos en su poder literario, como el que ahora comentamos. Cada autor debe buscar su propio camino, su sendero individual, pensamos, y esta no es la excepción.

Sí creemos que, sea cual sea su devenir creativo y el excelente punto de partida que tiene con este libro en formato doble, se debe considerar, como sostienen diversos escritores, que la literatura no produce argumentos, sino textos poéticos o ficcionales islas de sentido destinados al goce estético. En el sendero a seguir, sostienen, se debe tomar en cuenta que la poesía busca generar una experiencia estética haciendo uso del lenguaje más abierto e iluminador. Damos por sentado que Carlos Luján atenderá este argumento con la solvencia que le es propia.

Asimismo, concuerdo con ellos cuando se señala que es por esa búsqueda de la belleza que el hombre de letras debe vivir la condición humana individual y libertaria como artista y como poeta. No siguiendo esa burda falsificación que nos ha vendido la literatura de izquierdas, la del poeta maldito, empobrecido hasta la náusea, revolcándose en los miasmas de su abandonada miseria. Eso es mediocre y vil, sobre todo si se quiere convertir ese patetismo en arquetipo y norma de vida. Si se quiere insistir en lo oscuro, que estos supuestos «malditos» tengan el valor, por ejemplo, de realizar un estudio sobre el mal en la literatura latinoamericana, que tanta falta hace, entre otras cosas.

Georges Bataille, el escritor francés célebre por sus escritos sobre erotismo y filosofía, para quien «la poesía abre la noche al exceso del deseo», en su célebre investigación sobre este mismo tema, el mal, ya nos había advertido: «La literatura no es inocente y, siendo culpable, tenía que acabar por confesarlo.»

Hacerse poeta, ya sea continuando la tradición, quebrándola o bifurcándola, supone en todos los casos reconocer que nuestra vocación es el devenir y la contingencia, el apetito por la belleza y la permanente búsqueda por el registro propio y único, individual, libre, generando nuevas y mejores descripciones sobre nosotros mismos y la realidad.

En ese contexto, veamos este libro doble. A mi modo de ver, Luján es un romántico extraño. Encontramos en él los elementos subjetivos, anarquistas, gnósticos y esotéricos del romanticismo, pero poblados con imágenes y evocaciones, ora realistas y racionales, ora medievales, ajenas por completo al goce contemplativo del romanticismo. En primer lugar, con ese verso exacto que anticipa estos momentos que vivimos, el poeta se duele de que ya no haya más amor y pasión entre dos amantes, presas de ese «furioso incendio que me envuelve», como escribiera el poeta en su texto «Congoja»:

¿Cuándo sucedió tanta inocencia? ¿Quién les dio su destino fatal?
¿Quién cometió el crimen capital de frivolar al mejor corazón?

A ellas hay que decirles, como lo hace Carlos Luján en su creación «Tañido», lo siguiente:

Si nunca más escuchas silbar al viento nuestro aire jamás será
más denso.

En esa rareza de romanticismo atávico y nihilista, Carlos Luján recrea, de manera notable, el clima de quien lo ha perdido todo y sueña que todavía lo tiene en el poema «La vigilia», que dice:

¿Qué busca en mí la invisible atmósfera del desasosiego? ¿A un
monarca incorruptible e imperturbable que con castillo conquis-
tado y derrumbado aún borbotee en él la pasión de su imperio?

Y el elemento esotérico queda patente en el buen poema «Pleasant dreams», donde sostiene:

El tiempo es existencia, pero aquella le inculca la muerte por cortesía y piedad, si no sería sueño eterno sin nocturnos encantos.

Lo que constituye una sorpresa para mí es el poema del *bonus track*, «Érebo», que asemeja una representación de ese individualismo romántico, semejante al vals «Desdén»:

Solo vagabundearé por el bosque, entre la muchedumbre entre la lluvia, cubierto de fango mientras bebo mi sangre hasta que la voz y el ardiente pecho se apague.

Y es que «Desdén» es el vals individualista por excelencia, como señaló Mario Vargas Llosa en *Los cuadernos de Don Rigoberto*, y fue compuesto por Miguel Paz, del conjunto Los Trovadores del Perú, que dice:

Desdeñoso semejante a los dioses
yo seguiré luchando por mi suerte
sin escuchar las espantadas voces
de los envenenados por la muerte.

Por otra parte, un tema se rescata de *Soundtrack*, y es la reflexión crítica sobre el devaneo de los poetas, sus absurdas disputas, sus críticas infundadas, sus odios racistas y clasistas amparados en el anonimato del post de un blog, su envidia malsana, su vocación cainita. El excelente poema «Farsa poética» da cuenta de ello:

«A un poeta le da lo mismo la espina o el laurel»
dice Santos Chocano,
el alma ilesa e indestructible,
sobrevive con su lírica
en la inmortalidad.

¡Fiel engaño de poetas arrepentidos!
porque la espina penetra el corazón
y el laurel corona el orgullo,

los instantes de cálida sangre
son permanentes en las venas
de quien cura el alma de latientes pechos florecientes,
mientras el orgullo vate
solo defiende los ideales de guerreros y reyes.
¡El orgullo merece el laurel, el corazón espigas!
los tiempos entumescen al espíritu del idilio
entre el poeta y la humanidad.

Carlos Luján surge como un Amadís de Gaula de las letras recientes enfrentando a la corrección política imperante de la poesía, y se enfrenta a los «cuervos voraces de ironía» que menciona en su poema «Sacrificio».

De otro lado, en una excelente alegoría del mundo perdido, que es el poema «Falsarios», Luján asume la postura del caballero medieval que, como dice el poeta en otro texto, le da «la última bienvenida a la desdicha». Dice:

¿Por qué coronar?
¿Por qué vencer?
Porque no se puede vivir en el olvido y la derrota.
¡Coge la primera piedra y tíramela en la cara para adivinar mi sentir, verdad de Perogrullo!
Sabén que las doce espadas del año adivinan mis anhelos
y que el sol resplandece sobre mis ojos cuando me visten
de armadura de plata y hasta el emblema de mi escudo es conocido.
¡Conquisto con yelmo y estandarte ajeno!
Mis victorias no son mis victorias, mis tropas, el fiel orgullo,
los corceles, el tiempo.
Amo sin castillo, general sin vasallos.
¿Es que en el llano de batalla nadie reconocerá mi rostro?

Creo que la mejor poesía de Luján aparece cuando quiere ser un bardo del Medioevo, fiel transcriptor de las leyendas artúricas. Lo vemos en el poema «Britannia», que dice:

Guirnaldas doradas, blasones de oro permítanos llegar al lugar donde tus besos se posan y reír sobre vírgenes de piel tersa que benditas por celestiales estaciones nos sonreirán y esconderán sus miradas de nuestra iluminada sabiduría.

De *Miles de misiles*, me gusta mucho el primer poema, «El desencanto de la libertad». Mi condición de libertario me hace transmutar el título al *encanto* de la libertad. El poema dice:

Estoy seguro de la libertad inacabada, encubierta y silenciosa, construida dentro de los pliegues de las carnes de los hombres de piedra....Y desde afuera, la libertad conclusa, va dándole su martilleo libertario para hallar la paleontología de un ser recluso en su reposo.

Para concluir, resulta pertinente señalar, como Carlos Luján descubre en sus libros, que los hombres podemos ser devorados por un poema lo mismo que por un amor no correspondido. O también por un romance que, en primera instancia recuperado, no reconocemos ya como propio. Por eso, a diferencia de las mujeres, nosotros escribimos los boleros. De esos amores debemos despedirnos. Debemos hacerlo como un Don Juan que ha colgado los hábitos e invita a su antigua amante a la última aventura, que es la del sexo conocido, con pleno conocimiento de causa y de sus cuerpos, y ya sin culpas maritales, para ir luego, satisfechos y exhaustos, a la evocación del amor a través de la escritura o el delirio de la conversación.

Y es que, a pesar de los reproches que la condición de amante genera en espíritus conservadores y bienintencionados, en realidad esta condición es una libertad que se acepta, no se elige. De allí que las bien o mal casadas, o las solteras sin disimulo, no lo entiendan. Por eso, para despedirnos de ella, hay que hacerlo como lo hace el poeta Carlos Luján en su poema «Despedida», quizás el mejor de sus dos libros, que dice:

Al final descifro el significado del adiós, en la tenue frialdad dinámica de tu piel, recorriendo mundos verticales de una sola dimensión.

Encrespada superficie, reposada del hastío y el afecto inconcluso, para que la incertidumbre andrógina vaya a desdibujar el dorso de los ángulos en espejos matutinos...

Entonces, quisiera perderme igual que tú, andar descaminado libre de intermedios, cósmico hacia un horizonte marino. Aniquilar la paradoja, brotar en una onda y estallar como espuma dejando botellas brillantes con mensajes ocultos de fantasioso náufrago.

Así, para finalizar, debe recordarse que la obra verdadera de un escritor no está donde este se propone hacerla, con toda su conciencia, sino en ese otro lugar donde ensaya, borronea, practica, sueña: es el arte de conocer los caminos secretos que van de poema a poema.

Santiago de Surco, 7 de septiembre de 2011

En las *Suites londinenses*, de Roberto Salazar

Le doy sinceramente las gracias a mi compañero de viaje en poesía Roberto Salazar por el privilegio de permitirme comentar su libro *Suites londinenses*. Creo que la ocasión es propicia para hablar del grupo literario al cual ambos pertenecemos, el grupo o movimiento cultural Neón, del rol que jugó la poesía de Salazar dentro del movimiento y de cómo esta ha evolucionado hasta este su último, estupendo y elegante trabajo, publicado por el dedicado editor y también poeta Juan Pablo Mejía, de Paracaídas Editores.

Entre los muchos finales que produjo la postrera década del siglo XX en el mundo y en nuestro país, el que más tiene que ver con la poesía peruana es que los noventa fueron el último período donde los poetas nos organizamos, decididamente, en grupos literarios. Constituyó, además, el estertor definitivo del concepto de «generación» literaria, que tan equivocada como militantemente asumimos.

Empero, es también la década de los recitales multitudinarios de poesía. Cientos de ellos, en universidades, bares, parques, centros culturales, restaurantes y en los lugares más inverosímiles que puedan ustedes imaginarse, con un público fervoroso y devoto, que seguía a los entonces jóvenes poetas, como Roberto Salazar, y estuvo ávido de conocer sus textos.

Transcurridos veinte años de esa circunstancia irrepetible, ¿cómo explicarlo? ¿cómo entender a esas decenas de muchachos y muchachas que iban de San Marcos a la UNI, de la Villarreal a la Católica, del recientemente inaugurado Centro Cultural La Noche de Barranco a los bares del centro de Lima, el mítico Bar «El sapo» entre ellos, a leer y escuchar poesía?

Si una verdad muy aceptada pero poco difundida entre los literatos es que solo escribir nos salvará la vida, la poesía y la amistad —como también las rivalidades— que esta generó a partir de los grupos literarios que animaron la escena cultural del Perú del fin del milenio fueron, para todos nosotros, los poetas del noventa, el único salvavidas al que pudimos aferrarnos en este país encallado por el populismo desatado en el poder y por el vesánico terrorismo de izquierda, abierto en canal como un toro sacrificado para una hecatombe, que iba hundiéndose sin cesar en el mar tenebroso del terror, la miseria, el cólera, la desesperación y la ausencia de salidas.

A la distancia de dos décadas podemos afirmar que la vida se abrió paso de las formas más extrañas. Y lo prueba que los jóvenes escritores de los noventa pudiéramos encontrar en la poesía el exclusivo vehículo donde expresar ese «vitalismo sensorial» al que aludimos Leo Zelada y este escriba en el prólogo a *Poemas sin límites de velocidad, antología de Neón, 1990-2003*. Confirma, además, el brillante argumento de Mario Vargas Llosa en su artículo *Saul Bellow y los cuentos chinos*,¹ que sostiene

[...] que la literatura está envenenada de vida, que ella es un buen sitio para ir a respirar cuando el aire se enrarece y el mundo se vuelve asfixiante, que ella es una demostración irrefutable de que esta vida que vivimos es insuficiente para aplacar nuestros deseos y, por lo mismo, un acicate irresistible para luchar por otra distinta.

Entonces, en esa sociedad invivible que era el Perú de los noventa, el sórdido infierno en que se había convertido, la poesía joven, cual rosa del pantano o margarita rodeada de cerdos, reinó, citando una vez más el ensayo de Vargas Llosa,

¹ Publicado en la edición del diario *El País* de España, el 1 de diciembre de 1991. Véase en: <http://elpais.com/diario/1991/12/01/opinion/691542011_850215.html>.

[...] con sus espejismos tentadores y sus tiernas imágenes, como la portadora de soluciones para los problemas, como la espléndida mentira de una vida que algún día vendrá.

Así pues, desalentados de la política con sus corrupciones paralizantes o sus expresiones extremas y totalitarias; abandonados a nuestra suerte en un país que parecía no tener ningún futuro y habíase convertido en «ese reino que nunca quisimos, y que nunca fue nuestro», como escribió el poeta; finalmente, dispuestos a no pasarnos la vida debajo de mesas desprovistas esperando las bombas que nos aniquilen, o a ser desaparecidos por las fuerzas del orden cualquier noche sin luz y con toque de queda; resolvimos, sin siquiera racionalizarlo, que la mejor manera de hacerle frente a este apocalipsis era decir, con poesía, que íbamos a sobrevivir; que no iríamos en silencio hacia el corazón de las tinieblas; en definitiva, que con coraje y con resolución, lucharíamos y gritaríamos: ¡vamos a prevalecer!

En ese contexto, el grupo de los noventa que hizo de esa libertad de expresión poética ante la muerte y la disolución nacional su bandera, y jamás la puso a media asta, fue el Movimiento Cultural Neón. «Neón significa luz, luz en la oscuridad», lo definió Carlos Oliva, el poeta fundador, junto con Leo Zelada y Roberto Salazar, de este concilio literario, que le dio el nombre por el cual fue conocido.

Quiero traer la memoria de Carlos esta noche, pues sé lo mucho que Roberto Salazar lo quiso, recordar con él sus «ojos de tigre inquieto» como lo definió bellamente el poeta Roger Santiváñez, y hacer patente su voz profética de lo que fue nuestra generación y su propia existencia cortada intempestivamente por el golpe seco de un accidente de tránsito en su *Poema sin límites de velocidad*:

He visto una ciudad
una avenida
una calle inundada de cantos
de poemas sonando como bocinas de carros

y autopistas sin guardias de tránsito
poemas a 200 Km. P/H
libres raudos veloces por llegar
a los oídos del mundo
donde la ansiedad
la droga
y los atropellos
inventan colores siniestros
y en medio de todo
yo con mi bocina
yo con mi voz levantada
entre tantos accidentes
risueño ilusionado
y sin más palabras
que estos versos sin frenos por las avenidas.

Me permito asimismo, con la venia de Roberto, rendir mi homenaje a Juan Vega, otro integrante de Neón, volverlo a encontrar en mi voz por estos rincones literarios, con su poema *Para Ericka*, que dice en el final de su segunda parte:

Nadie paga por vivir
menos aquí
la vida se escapa
si no la tomas por asalto.

Estoy seguro que, desde donde estén, verán con satisfacción e ironía la ruta a donde nos ha llevado la vida a los miembros sobrevivientes, tal como en el título de una famosa novela de aventuras, *Veinte años después*. Y con ellos, a Miguel Ildefonso, el mejor poeta peruano de los últimos veinticinco años, a Paolo De Lima, Mesías Evangelista Ricci, Eli Martín, José Gal'lino Bardales, Isabel Matta Bazán y todos los que formaron Neón en sus distintas etapas.

Así llegamos a Roberto Salazar. De todos, el más leal a los principios inspiradores del grupo Neón, el que siempre tuvo como

su mayor misión responder a sus postulados fundamentales: la reivindicación de la poesía urbana y de la modernidad literaria, así como la re inserción de la poesía en la esfera pública como espacio horizontal de la sociedad civil. Algunos de nosotros —*mea culpa*— nos alejamos y regresamos de esos paradigmas como las olas, que se van de la orilla pero siempre vuelven.

No obstante, creo que nadie de Neón como Salazar pudo sublimar, en textos bellos y reflexivos, en libros como *Contra el muro*, *Arte Rupestre*, *Canciones* y *Ciudad sitiada*, el desencanto, la angustia, esa «ansiedad en tinieblas», como reza el título de un poema de Miguel Ildefonso. Pero esa angustia que motivaron sus primeros textos tiene rostro, piel y cuerpo de mujer. Salazar asume el romanticismo con una profesión de fe que seduce y conmueve. Nos dice el poeta, por ejemplo:

Quizás te encierren mis ojos
y mi palabra te evoque
criatura perdida en el océano
una mañana funesta te perdí
certeros rastros:
¿Qué huellas dejaron?

De otro lado, observa:

Parece que ya estás en el fondo
de mi cuerpo y de mi aire
que a la distancia entre los dos es un
abrazo a la nostalgia
que los nudos de silencio al fin se
soltaron para dejar su lugar
al turbulento bullicio de los bienoyentes.

Y sostiene, finalmente:

Quisiera hundir la fuerza de mi aliento en tus tibios labios
curar las heridas del amor en una proclama
manifiesto mudo de los dioses

pero me encarno en esta carne que es nada sin ti
solo viento llevando mis ansias a un rincón
del mundo desvalido.

Para mí, los poemas de Roberto Salazar han sido una guía continua. Sus textos han sido un bálsamo que me ha permitido darle algún reparo al dolor por el inexplicable comportamiento de la mujer amada, a su tenacidad implacable por desgarrarnos el corazón hasta hacerlo tiras, por decirnos que no justo cuando nos declaramos, para luego pedir volver, entre lágrimas, pero solo por la costumbre, a nuestra trágica torpeza de amar a quien no nos corresponde o de amar a más de una mujer.

Sus poemas me han servido para hallar alguna lógica a la insensatez de que, si se produce la desventura de tener que compartir a la mujer querida con otro, ella no nos permite que seamos nosotros los compartidos y nos abandona sin más. Me permiten entender, como quien mira desde la ventana del pasado romántico, que el mundo en efecto se ha «feminizado» y que ese comportamiento caprichoso es ahora atributo principalísimo de los hombres, ante el desconcierto de las mujeres.

Pero *Suites londinenses* nos ofrece al poeta que ha hecho su luto, que evita ocuparse de una mujer que ya no lo desea, que ha vuelto de la batalla del corazón, en la que nunca hay victorias, para brindarnos una poesía vibrante, sostenida, apasionada, de grandes acordes, muy acompasada, como el rock psicodélico al que rinde homenaje, y al que identifico con el Movimiento Cultural Neón, por su compleja historia, sus miembros desaparecidos y los logros alcanzados.

Son muchos los artistas educados y versados en las leyes de la poesía que se han volcado al rock: Bob Dylan, Van Morrison, Lou Reed y Patti Smith son los primeros nombres que vienen a mi mente. De otro lado, poetas como Allen Ginsberg o Michael McClure se acercaron al rock sin demasiados complejos, comprendiéndolo como un fenómeno en el que las barreras entre el

arte culto y el arte popular, entre la experiencia artística mediada y el acontecimiento vital público, se hacen difusas logrando una representatividad inmediata en varios campos a la vez.

Un caso único, claro está, es Jim Morrison: un *rockstar* que es al mismo tiempo un aedo sublime. Lo vemos, de entrada, en las letras de sus canciones, lo mismo que en los poemarios que ha escrito: *Las nuevas criaturas*, *Los señores*, *Una plegaria americana y otros poemas*. Cito de él una parte de su poema «Oda a L.A., pensando en Brian Jones, muerto»:

Has abandonado tu nada
para completarla con silencio.

Espero que te hayas ido sonriendo como un niño
en los serenos vestigios de un sueño.

Si el Rey Lagarto vivió, como se escribió en su epitafio —pues-
to en su tumba en el cementerio Père-Lacheise en París, al que
peregriné durante mi estancia europea—, «conforme a su propio
espíritu», en el caso de Pink Floyd esto se elevó a una categoría
colectiva.

En su vocación grupal, como señalamos al inicio, Salazar reco-
noce el talento de cada uno de los integrantes del grupo definitivo
del rock hecho arte, en su delirante complejidad, en álbumes como
The Piper at the Gates of Dawn o *El flautista a las puertas del alba*, del
cuento *El viento en los sauces*, de Kenneth Grahame, que, al igual
que el movimiento del que nuestro poeta formó parte, destaca
valores como la amistad, la lealtad, las satisfacciones de llevar
una vida ocupada y laboriosa, los sencillos placeres de la comida
y la bebida con amigos. También *The Dark Side of the Moon* (o *El
lado oscuro de la luna*), donde la búsqueda vital se adentra incluso
en la locura. Y es así como inicia el poemario, con el homenaje a
Syd Barret, el más talentoso de ese grupo de genios que fue Pink
Floyd, el cual terminó loco y recluso en la casa de sus propios
padres hasta su muerte. Dice el poeta:

¿Qué pasa ahora en mi estúpido país?
El feroz desierto parece engullir plenamente mi sueño ahora
Es la balada de la noche que se hinca a mis pies
Y un viejo sonámbulo caminando sin cabellera por mi sala
Me atemoriza
Pero es solo un viajero que perdió el bus de regreso a casa
Es solo un gran viajero nada más sin gafas.

Su apreciación por Roger Waters nos conduce a los compromisos del músico, bellamente identificados en el siguiente verso:

En esencia todos seguimos siendo lo mismo, crecemos así
sin comprender totalmente las cosas de la realidad
miro la noche y oigo su sonido metálico
pero nadie me dice lo mismo
abro el día en mi ventana
el sudor comienza a salir por todo mi cuerpo.

Asimismo, se destaca un poema brillante, cadencioso como un blues: es el poema «UFO», a mi juicio el mejor del libro:

Si hablas mucho o demasiado
de las que cosas que suceden
si tienes una pista por donde deslizarte
con patines blancos
si sucede que miras alrededor
y solo hallas silencio tras silencio
en tu cuerpo encontraste cicatrices extrañas
soy yo que fui a visitarte, tristeza.

«Y con los años vividos hasta aquí», como reza el verso final del libro, cabe preguntarnos: ¿Qué es Neón, veinte años después? ¿Una tarea concluida? ¿Un trabajo en progreso? Creo que ni una cosa ni otra. Si los textos son las piedras que hablan ante el silencio de los profetas, como sostiene la Escritura, los libros de todos los poetas mencionados dan cuenta de una solución de continuidad y una madurez poco vista en colectivos anteriores en

el Perú y en América Latina. Lo mismo la incursión en la novela, el cuento y el ensayo, en varios de sus integrantes primeros. Por eso, la historia definitiva de Neón, como la de Roberto Salazar, no se ha escrito todavía.

Santiago de Surco, 15 de septiembre de 2011

Ni diablo, ni bufón.
Comentando *Lágrimas de Arlequín*,
de Vilo Arévalo

Arlequín, arlequín, ni diablo, ni bufón. Goloso, ágil, libidinoso, sensual, sutil, hábil, ingenioso o a veces grosero, diestro y travieso, pícaro, tramposo, alegre, malabarista, otras tantas insolente. Hace volteretas, piruetas, salta, zahiere, mistifica, engaña, finge, imita.

Dadas estas características tan suyas, el arlequín ha sido un personaje inspirador para Dalí, Picasso, Miró o los impresionistas franceses, entre muchos renombrados artistas de la segunda mitad del siglo XIX hasta las primeras décadas del siglo XX. Uno de los mejores pintores peruanos, Víctor Humareda, volvió a ellos, pero para denunciar a su sociedad con lacerante sátira, identificándolos con jueces o parlamentarios, dándoles a estos un lugar que ciertamente no merecían: estar a la altura de este clásico personaje, el intérprete masculino indispensable de la comedia del arte italiano del siglo XVII.

Si bien ya no se pintan arlequines, del mismo modo que los retratos de reyes y validos o la poesía bucólica pertenecen a épocas premodernas, eso no es óbice para que no podamos traerlos de nuevo entre nosotros. El genial autor de *Lolita*, Vladimir Nabokov, cuya última novela se tituló, justamente, *¡Mira los arlequines!*, escribió: «Cualquiera puede crear el futuro, pero solo un hombre sabio puede crear el pasado».

Atendiendo, quizás sin saberlo, a esta máxima del aristócrata escritor, amante de las ninfas y las mariposas, Vilo Arévalo trae a nosotros su *Lágrimas de arlequín*. Como él, Arévalo nos despista cambiando de máscara y se transforma en su libro en uno de

esos fascinantes aventureros que, jugando a las cartas contra sí mismos, se harían trampas con tal de ganar.

Expliquémonos. Para quien esto escribe, la poesía es la mejor expresión de un lenguaje. Es en la brevedad de la poesía que ese lenguaje busca su más perfecta existencia como lo que es: un intento de aludir a la realidad del mundo y, al mismo tiempo, ser algo nuevo, algo distinto de esa realidad a la que alude y que, con su contenido, la engaña, la metamorfosea, la transforma y la trastorna.

Y en la poesía de Vilo Arévalo confirmamos, que para lograr esa distinción del lenguaje poético, para erigirla en sí misma, debe cumplir a su vez un requisito: que el poeta, en su trato íntimo con las palabras, descubra con su arte, con su misterioso don, la mayor precisión, el inusitado encanto y la medida justa de la infinita profundidad de cada palabra. Y no hay tal vez poesía épica, ni política, ni filosófica; tan solo la voz de un ser humano frente a las cosas sobre las que le es urgente decir algo.

Entonces, como el rival de Pierrot, eterno enamorado de Colombina o de las infieles marquesas con las que inicia sus aventuras, Vilo Arévalo se enmascara y así enmascara su obra, mostrándose sofisticado, y con pretendida sencillez —en realidad, una impostura— se burla de todos los personajes arrogantes y ávidos con quienes actúa recíprocamente, resultando que nunca es el perdedor.

Así, la suya es una muestra muy pocas veces vista en poesía, aunque regular en narrativa: la del creador que asume una máscara literaria. Es el arlequín que escribe, que poetiza, que denuncia o ironiza. Entonces, para percibir el mundo con los ojos y el rostro de Arévalo, debemos colocarnos la máscara gatuna, rasgada y negra del arlequín. Si queremos interpretar su poesía y leerla ávida y escrupulosamente, hemos de vestir sus rombos multicolores, que, no nos engañemos, en realidad recuerdan la costumbre de los juglares que, por elegancia, pegaban en su traje trozos de fina tela.

¿Y qué nos muestra el poeta? El interesante poemario de Vilo Arévalo nos ofrece visiones de la desolación, en un rapto del éxtasis que embargaba a los primeros locos sagrados, los inocentes que claman por su liberación de los encantos del mundo, tal como fueron concebidos los poetas. En su texto podemos ver una suerte de sincretismo mitológico, donde dioses, héroes, demonios y espectros concurren sin cesar.

Pero no nos engañemos: cada poema es un guiño para, astutamente, burlarnos a todos. Y es que el poema es la creación que integra todas las artes. El trabajo de Arévalo lo demuestra, pues, así como realiza el juego de identidad transmutándose en el arlequín, cada uno de sus versos lo desenmascaran, igual que Pablo Picasso, por ejemplo, al retratar al arlequín, durante su estadía parisina y, ya en el ocaso, al poderoso Minotauro.

Como el arlequín del joven Picasso, el poeta Arévalo se muestra en su libro desesperado, transido, obsesionado. Creemos que el arlequín es una imagen voluntariamente transfigurada que nuestro artista da de él y de su arte. El historiador y crítico polaco Jean Starobinski, en su obra *Portrait de l'artiste en saltimbanque*, explica que la figura del arlequín es reveladora, pues conduce la condición humana a la amarga conciencia de sí misma. El artista se convierte en el artista que se proclama actor. El artista se pone la máscara del arlequín y despierta en el espectador la conciencia del rol miserable, trágico, perverso, que cada uno desempeña en el teatro del mundo sin saberlo.

Extraordinaria complejidad, la de disfrazarse para poder mostrarse como uno es. La autenticidad enmascarada. Ese es el sino del artista. Llegamos a la constatación de que cuando se pinta con el rostro del arlequín, el Arévalo poeta se pone paradójicamente la máscara de la sinceridad y de la confesión.

De esta manera comprendemos que todas las máscaras son confesiones. Como en la pintura, el disfraz y la máscara aparecen en la poesía arevaliana como elementos lúdicos y dramáticos. Si en el teatro el arlequín es el único que puede expresar la verdad sin

artificio, en la poesía de Arévalo es el portavoz de la melancolía del creador, que se siente en estrecha relación con el microcosmos de la creación y denuncia lo sombrío del mundo. Entretanto, celebremos al arlequín, su enigma, su astucia, su delirio, su elegancia y su belleza.

Santiago de Surco, 10 de enero de 2012

Antipoeta y hombre Caribe. Sobre *Poemas en hucha*, de Pedro Granados

Para hablar de la antipoesía en el Perú debemos citar a Pedro Granados. Se trata de un notable autor cuya carrera lleva treinta y cuatro años de persistencia, con obras de envergadura y genialidad tales como *Sin motivo aparente* (1978), *Juego de manos* (1984), *Vía expresa* (1986), *El muro de las memorias* (1989), *El fuego que no es el sol* (1993), *El corazón y la escritura* (1996), *Lo penúltimo* (1998), *Desde el más allá* (2002), *Al filo del reglamento* (2004), *Soledad impura* (2009), *Poesía para teatro* (2010) y *Poemas en hucha* (2012), que comento ahora.

En todos sus antipoemarios, Pedro Granados aparece como perpetrador y víctima, denunciado y denunciante, revolucionario y conservador, todo ello simultáneamente. En su libro *Poemas en hucha* nos advierte que la antipoesía es un lenguaje que sigue desarrollándose, pese a sus numerosas partidas de defunción, y que, cada cierto tiempo, reaparece en la escena pública con propuestas insolentes, renovadas, cuajadas y poderosas.

Digo esto porque, como sostiene el poeta, ensayista y crítico literario chileno Federico Schopf en su ensayo *Las huellas del antipoema*, algunos de los proponentes de la antipoesía «dieron una imagen falsa, populista, de la vida, que más bien recubría su experiencia, la edulcoraba en una satisfacción mediocre, sustitutiva, a la vez que prolongaban una concepción soterradamente sublime, sentimentaloides, de la poesía».

Y esa ruta le permite a Granados tratar su antipoesía con la maestría, el porte y la autoridad de quien está realmente de vuelta de todo. Esta actitud no se debe confundir con el sarcasmo, treta

fácil de los mediocres y pequeños, esos de estudios no concluidos, lecturas superficiales o malentendidas y nulas experiencias vitales, que creen que con haber bebido un par de cervezas en algún bar decadente ya son poetas modernos o malditos.

Ese talento le hace resumir el trágico sino de nuestra identidad como un acto de desprendimiento, al que me aúno:

No he inventado ser peruano: nuestra cara de triste obligatoria.

Pero quiero inventar ser caribeño:

fulgor de culos macizos, de juego eterno y alegría.

Con ello nos demuestra que las nacionalidades no son irreversibles, eslabones a los que debamos encadenarnos, como a los malos matrimonios, que nuestra individualidad no pertenece a tal o cual latitud, pues en realidad es el resultado de innumerales aportes en el contexto de un proceso evolutivo que no tiene término.

Al mismo tiempo, en sus dedicatorias, en la motivación que trasunta sus textos, en los lugares diversos donde fueron escritos, adivinamos la abominación al nacionalismo, esa cultura alambrada de púas, suerte de narcicismo de trogloditas que se asemeja a las tribus antes que al espíritu individualista que *Poemas en hucha* encarna. De allí que pueda coincidir con Granados Jorge Luis Borges cuando este escribió en su *Diccionario*:

vendrá otro tiempo en el que seremos cosmopolitas, ciudadanos del mundo como decían los estoicos y desaparecerán como algo absurdo las fronteras.

Y, por supuesto, coincido plenamente con él al reinventarse hombre Caribe. Como Granados sostiene voluptuosamente en uno de sus poemas, yo también he conocido una negra y he sido cocinado con ella. Yo, que he visitado Brasil, Colombia, Cuba, Panamá, Costa Rica y el África, también he quedado prendado de esos culos magníficos, rotundos como una caterva indignada,

firmes en su perfecta redondez, y deseo vivir en un paraíso de verdad.

En ese orden de ideas, allí donde otros poetas recurrimos a la tesitura feble, como el ala de la mariposa, para desarrollar nuestra creación erótica, Granados nos lleva al sexo en directo, cuando escribe:

Y a ratos te follo.
Y a ratos te cojo las tetas,
las sopeso así, goloso y deslumbrado.
Qué bonito cuerpo tienes,
de una sola ola, voluptuoso y quebrado.

Curioso efecto este, el de la veneración a la mujer por parte del antipoeta, descrita cuando versa:

Y una mujer muy hermosa
me ha esperado con sus caderas de péndulo
contra mi vientre con su cadera y su leve compás,
allí donde uno es un hombre feliz.

Granados reinventa la antipoesía cuando se aleja del cinismo e ironía que la han caracterizado, dotándola de una profundidad que la hace singular y, por ello, brillante. Su reflexión sobre la muerte se hace patente al escribir:

Quiero morir.
Morir.
Ponerme al día, como dijo alguna vez
de viejo mi cansado padre.
Quiero morir y hacer todo de nuevo.

Esto también se observa en su nihilismo hecho pregunta: «¿Habríamos nacido como el toro para el luto?» en su homenaje a los poetas españoles del 27, de cuya poesía popular se embebió el género antipoético.

De otra parte, los suyos son versos magníficos que también le permiten saldar cuentas con autores como Gelman, Kozer, Zurita o Milán, de quienes Granados dice descreer. Así, en sus textos hallamos la necesaria fuerza para salirle al frente a los convencionalismos, esas sogas que se vuelven horcas y que nos atan, que nos asfixian, que nos apresan hasta matarnos, incluso las de la misma antipoesía. Como el brazo armado de Alejandro, los afilados poemas de Pedro Granados cortan el nudo gordiano de la opresiva realidad que nos circunda. Y en esto nuestro autor no deja títere con cabeza: la propina contra la propia poesía, al proferirle «poesía, cuchillo viejo, pegas apenas y lo echas todo a perder», o al llamarla igual que la cantante Amy Winehouse «misma poesía, eres tú misma, la poesía».

Finalmente, tócame decir que, de esta reflexión sobre la propia poesía y sus hechizos que nos someten o nos vencen, cómo no ser poeta como él, cuando dice: «Poesía que no canto que no bebo que no pienso, pero a la que permanezco ligado, como el viejo y reventado adicto que soy», o también cuando escribe: «Todo lo perdió la poesía por mí, todo lo ganó, la bella de pies ligeros y delicados, la guerrera, la invencible, la inconquistable, la multiplicada hasta el cubo rojo de mi corazón, todo lo perdí todo lo ganó para mí la poesía».

Lima, 14 de enero de 2012

Nueve cánticos, nueve látigos,
nueve truenos.
Nueve jóvenes poetas peruanos

El Primer Concurso de Poemas Javier Heraud 2011, organizado por la Secretaría Nacional de la Juventud, SENAJU, trae a nosotros nueve estupendos poemarios: *Cover*, de Martín Zúñiga Chávez; *Consecuente extravío*, de Alan Bustamante Medina; *Las flores de Antígona*, de Javier Sánchez Torres; *Trofeo imaginado entre dientes*, de Ethel Barja Cuyutupa; *Ritual de los espasmos*, de Eduardo Borjas Benites; *Demoliciones*, de César Nieri Rojas; *No more blues*, de James Quiroz Biminchumo; *Mientras*, de Vania Figueroa Bernal; y *Vermut*, de Pavel Ugarte Céspedes.

Estos nueve poetas, como en el texto *Los nueve monstruos*, de César Vallejo, crecen a treinta minutos por segundo y son nueve látigos, nueve cánticos y nueve truenos, a la hora del trigo y el llanto del Perú. No obstante, a diferencia del verso del santiaguino universal, sí creo que estos nueve poetas podrán «con tanto cajón, tanto minuto, tanta lagartija y tanta inversión».

Expliquémonos. La totalidad de los poetas antologados por el SENAJU en este bello libro no conoció ni la Guerra Fría ni a la URSS y su colapso. Han vivido toda su vida sin hiperinflación, ni terrorismo, ni guerras internas o externas en las que hayan participado; han crecido en un período de relativa paz social y crecimiento económico; del mismo modo, han acometido su tránsito de la adolescencia a la juventud en una primavera democrática sin interrupciones de ningún tipo, tanto a nivel local como nacional.

Todos estos hechos son inéditos en nuestra trayectoria republicana. Por lo tanto, son poetas nuevos de un país nuevo, en

el que nadie ha vivido antes y el cual, como toda sociedad en progreso en su contexto e historia, resuelve unos problemas para enfrentarse a otros, con su propia complejidad y modo de atenderse.

Como todas las rutas convergen, pues tienen el mismo sustrato, el suyo es un camino literario donde las señales convencionales o tradicionales no sirven. La senda que tomen será, de esta suerte, totalmente suya, vivificante y no sujeta a criterios o direcciones obsoletas, tales como la generación literaria o la adhesión a ciegas a grupos o colectivos culturales. Tal como he visto, en el abrupto despeñadero que es, en ocasiones, la literatura peruana, los poetas más jóvenes disienten de ser considerados como generación o pertenecer a tal o cual grupo. Y hacen bien.

Esa individualidad, que saludo, se contempla en los poemas de estos jóvenes entrañables. Es el cántico de Martín Zúñiga, re-inventando a Vallejo, complementándolo, cuando escribe: «Sobre la caballera la mañana al río como la u del bizcochero compitiendo con el silbato metálico del tamalero». Es el desamor de Alan Bustamante, cuando sugiere: «Si distinguieras los fuegos artificiales, comprenderías que el pretexto de la noche se cierne en la impunidad de los cuervos»; y la épica de Javier Sánchez Torres, que despide a Antígona con velas negras: «Adiós Antígona, levanta a este desconocido que hiede a sulfurada menta, a aflicción desnuda, a mórbido descendiente».

Es el látigo de Ethel Barja ante la ausencia del amor: «Abrazo tus poemas, como si hablaran por sí mismas de tu camino, pero solo es este olor de la masa que se niega y se hace pan, solo el vacío que baila con una navaja en la mano». Es la otra cara de esa moneda traicionera, que es el querer, en el verso de Eduardo Borjas, que escribe: «Cómo nadie puede verla/si aquella muchacha es la luz que ilumina los pasajes estrechos/por los que yo voy a ciegas»; y es el abrazo a la amada de César Nieri, cuando suspira enamorado: «Te veo girar la perilla de mi pecho, con mucho cuidado, y luego prohibir la llave en la celosa tumba de tu lengua».

A seguir, aparece el trueno de James Quiroz, sustituyéndose en Odiseo, cuando dice: «Oigo el canto temido de las inexistentes sirenas [...] que ríen de mi provisorio retrato/Lo sé/porque esta vez parece que me esperan, porque aún soy un hombre, y como tal anticipo mi condena». También, el canto de la valquiria Vania Figueroa, que escribe, como en un thriller: «El cómplice a veces es el asesino/Y en la cuerda pende un hilo que grita al unísono: ¡independencia de mí!, como si fuera fácil hablar siendo un hilo». Finalmente, hallamos a Pavel Ugarte, que pregunta, trémulo: «¿Qué son estas sucias cometas/ deslizándose entre el sur y esta anémica franca? ¿Por qué separan hoy los besos prometidos?».

Tócame indicar, finalmente, que el cántico, el látigo, el trueno de la novísima poesía peruana se luce, estrenado, en los rostros y textos de estos jóvenes poetas. Sigámosla para hacer de nuestra literatura la primera de América Latina en este nuevo siglo, que ya es joven, como ellos.

Santiago de Surco, 17 de enero de 2012

Evocar, transmutar, trascender.
Sobre *Volar sin Alas*,
de María Juliana Villafañe

Si, como reza la definición, evocar es recordar una cosa o persona a otra por su parecido o su relación a alguna cosa a la memoria o a la imaginación, o por su semejanza, o llamar a los espíritus y a los muertos para que se presenten ante nosotros, la obra de María Juliana Villafañe se identifica con la evocación. Así, nuestra poeta logra con su libro *Volar sin Alas* esas tres significaciones a plenitud.

Con su palabra, María Juliana Villafañe gesticula y elabora hechizos; compone, para la poesía, aquella alquimia que transubstancia el oro en el bálsamo callado de un sentimiento original: distribuye la metáfora allí, el verso aquí, la mácula perfecta de sus textos sobre esa forma insinuada; bruñe, raspa, agrieta para que brote el palpito de la emoción.

Ella es quien une los múltiples fragmentos disociados y crea un hondo espejismo de belleza en la sensación demiúrgica de la cotidianeidad. Sus poemas en prosa son, de este modo, luces que penetran en las sombras y nos van nombrando ecos de la presencia humana. Recorreremos en *Volar sin Alas* un laberinto de nostalgia y también de esperanza, donde nuestra artista nos revela esos misterios del tiempo transparente.

De otro lado, la poeta nos toca en la hondura de nuestras almas, allí donde habita nuestra sensibilidad, y logra de este modo emocionarnos, conmovernos con su mensaje poético. Y es que María Juliana Villafañe, al ordenar los elementos de su substancia vital en su poética, ha creado un conjunto de ritmos integra-

dos en la frágil transparencia de las veladuras de su existencia, aquellas que nos deja ver, con ritmos que se instalan en nuestros oídos, haciéndonos evocar a sus lectores, y que habitándonos nos conmueven.

A su vez, de su *Volar sin Alas* se denota que María Juliana se nutre y alimenta de sueños y de luces. Y estos sueños nos los ofrece, hechos mensaje poético, como sustancia nutricia, para regenerar nuestros sueños con los arpegios luminosos de su poesía.

Ahora bien, como peruano tengo una suerte de paranoia con el tema de la identidad. Esa perpetua e incómoda pregunta sobre la pertenencia también se aplica para las literaturas. María Juliana Villafaña es puertorriqueña, y esa condición se transpira en su poesía. En eso es tributaria de la senda de grandes poetas de Puerto Rico como Luis Palés Matos, Julia de Burgos o Hugo Margenat, por citar a los más conocidos. Por ende, *Volar sin Alas* es notable por su capacidad de expresar lo esencial humano, desde la cotidianeidad y los giros de los habitantes de las tierras puertorriqueñas, permitiéndonos conocer más allá de las apariencias sensibles y siempre hacia la «realidad invisible» de su identidad.

De otra parte, nuestra poeta busca responder a su vocación de universalidad sin renunciar a sus propias raíces o, mejor incluso, quiere hacerlo desde ellas: Sigue de este modo el verso de Juan Ramón Jiménez: «Raíces y alas, pero que las alas arraiguen y las raíces vuelen». En su espléndido texto, María Juliana Villafaña ha sabido trascender la anécdota hacia lo sustantivo, sin olvidar que hacia lo esencial, desde su singular experiencia humana, hay que apuntar desde aquello que nos limita y constituye.

Para ir concluyendo, con *Volar sin alas* se ejemplifica el asombro ante una nueva realidad verbal y cadenciosa, se observa esa meditación sobre lo que hay de común en toda vida y en todo destino, y una fidelidad a sí misma a toda prueba. Entonces, lo que hay en la poesía de María Juliana Villafaña es maduración y crecimiento. Y es que, a mi juicio, la coherencia en la poesía

es como la del árbol, que cambia pero no se desplaza. Por todo ello, le deseo a nuestra poeta que continúe haciendo de su vida, poesía, palabra viva, conciencia deseante y deseada de plenitud total y de belleza.

Santiago de Surco, 16 de mayo de 2012

El cuerpo del arte.
Nota sobre *Silenciosa pasión*,
muestra de Elizabeth López-Avilés

En *Silenciosa pasión*, la pintora y dibujante Elizabeth López-Avilés nos conduce por una travesía interior, un viaje por las fronteras de su superficie más íntima y personal, representando en los dibujos y óleos de esta bella muestra una bitácora de su propio cuerpo hecho lienzo, trazo, óleo, técnica mixta, plasmado en estos espléndidos formatos que nos roban la mirada, sin dejarnos indemnes o conformes.

De esta forma, puedo afirmar que Elizabeth López-Avilés viene a consagrarse, con *Silenciosa Pasión*, como el cuerpo del arte. En efecto, en los tiempos que corren, donde la plástica parece disolverse en espectáculo o embauque, López-Avilés recupera en sus obras la condición *sine qua non* del artista: saber pintar lo bello, dar perspectiva imaginada a lo tangible de la hermosura, permitimos soñar con el delirio (o frenesí) del eros de la piel despojada y desnuda, pero por ello mismo plena y poderosa.

Pies, caderas, labios, contornos deliciosos que serpentean y seducen, geografías mostradas pero desconocidas que nos llaman a aventurarnos o perdernos en ellas: las sensuales imágenes de *Silenciosa Pasión*, de Elizabeth López-Avilés, nos invitan a tomar el cielo por asalto, a exaltar la femineidad a través de su arte. Con el aliento contenido y la fascinación dispuesta, iniciemos el viaje.

Lima, 19 de julio de 2012

Ser el amor y seguir siéndolo.
Apunte sobre *Amor en la palabra*,
de Porfirio Mamani Macedo

Porfirio Mamani Macedo cautiva grandemente mi emoción con su más reciente entrega, *Amor en la palabra*. Setenta y siete salmos amorosos, de brillante y sentida manufactura, que revelan su madurez poética: una ruta en la que destacan, entre otros cuadernos, *Más allá del día/Au-delà du jour* (2000), *Voz a orillas de un río/Voix sur les rives d'un fleuve* (2002), *Voz más allá de las fronteras/Voix au-delà des frontières* (2003), *Un verano en voz alta/Un été à voix haute* (2004) y *La luz del camino* (2010), que tuve el honor de presentar en Lima.

En *Amor en la palabra* nuestro autor es, esencialmente, un bardo: un transmisor de sentimientos fervorosos, cantor de una leyenda que resulta, en este caso, la de los días que se pasa enamorado, estación tras estación, amaneceres seguidos de crepúsculos, en un viaje sereno y templado por la adultez del poeta, donde más que frenesí, es amor. Sentimiento primordial que, en estos textos breves como una exhalación que dispuestos juntos pueden ser un solo y largo poema, van dirigidos a la amada, a la que cuida, protege, ensalza, lega o transforma.

Cada poema transcurre como un día, y llegada la noche o el instante dilecto del sueño, se anota como un diario, pero no como un discurrir cotidiano y constante, sino como una aventura donde ningún momento es similar a otro, pero la enamorada es una sola. Apuntábamos que eran salmos cuyo conocimiento del amor se declaran, sin decirlo, tributarios del *Cantar de los cantares*. Cual el rey poeta, Mamani Macedo se hace silencio de

la tarde, rumor del viento, colinas y puentes; es el aire o la sombra de un árbol solitario, rodea valles y montañas para llegar a la mujer que ama; cada verso es una declaración encendida de amor romántico y cautivador, como la guitarra criolla peruana, que golpea, silencia y rasga en mágico furor.

No digo más. Que de la revisión de estos poemas sus lectores encuentren el amor si lo han perdido; que lo fortalezcan si se halla exánime; o que, encendido, alcancen nuevas flamas. Queda en mí señalar, como lo hizo el gran narrador, poeta y ensayista peruano José María Arguedas, que existe en el quechua chanka un término muy expresivo: cuando una persona quiere expresar que a pesar de todo aún es, que existe todavía, dice: «¡Kachka-niraqmi!», es decir: sigo siendo. Así, Porfirio Mamani, poeta del salmo romántico, es el amor, y lo sigue siendo.

Lima, 5 de agosto de 2013

El mejor de nosotros.
Acerca de *Escrito en los afluentes*,
de Miguel Ildefonso

Aunque no lo parezca, la vida confiere —a quienes se arriesgan, claro está, según el dístico de Virgilio, «la fortuna favorece a los audaces»— segundas y hasta terceras oportunidades, o excepcionales privilegios. En mi caso, uno de los mejores honores que se me ha otorgado es el de compartir la amistad del mejor poeta peruano contemporáneo, Miguel Ildefonso. Y de haberlo hecho siendo jóvenes, velando nuestras primeras armas literarias, en el recorrido febril de esta ciudad babilónica, formando parte de esa tribu poética llamada simplemente Neón, en bares paradigmáticos como Las Rejas, La Catedral, el Queirolo, Mammalia, o en las diversas Universidades donde leíamos nuestros poemas aurales, y exorcizábamos con nuestros versos la catástrofe que era en esos momentos el Perú.

Años, distancias, cercanías, pérdidas, libros y premios vieron crecer mi admiración y fortalecer la amistad con Miguel, «el mejor de nosotros», como alguna vez señalé. Contemplar el crecimiento de un creador, verse posicionado entre el público que asiste a su madurez, que lo advierte y aplaude, es algo excepcional. Llegados a nuestro ser adultos, leer o escucharle recitar los poemas de *Canciones de un bar en la frontera*, *Las ciudades fantasmas*, *MDIH*, o *Los desmoronamientos sinfónicos*, me ha permitido comprobar lo que en las tardes o noches incandescentes de los años iniciales de los noventa intuía: la suya era y es una poética arrobadora, genial, urbana e histórica al mismo tiempo, como una síntesis viviente, hecha con el nervio único del que sabe narrar en poesía,

capaz de trascender incluso sus propios referentes y, así, hallar una voz propia, singular, decantada como el mejor vino.

Y hele aquí con *Escrito en los afluentes*, obra que ha merecido el Premio Iberoamericano de Poesía Juegos Florales de Tegucigalpa 2013, que se añade a merecidas e importantísimas preseas como el Premio Copé de Poesía o el Premio Nacional PUCP, por citar dos de las más reconocidas.

Miguel Ildefonso me ha dicho muchas veces —o lo ha declarado otras tantas— que dejará de escribir poesía, tarea que al creador auténtico supone terrible sacrificio: la de dejar, pulgada tras pulgada, la piel, el alma, el corazón agrietado de latir, en una pelea que se sabe de antemano perdida. Su más reciente libro —me resisto profundamente a decir que será el último de poesía que Ildefonso escriba— no nos deja indemnes ni indiferentes: en tiempos como estos, de indolencia masiva producida por la tecnología, nuestro autor responde y alcanza una soberbia madurez, se hace un poeta de este mundo, un poeta en tiempo real: ciudades alejadas se acercan en la intimidad de sus versos, y estos son más cercanos con sus reflexiones, los poetas del Medioevo, del XIX y del XX se confunden como amigos nuestros, con héroes antiguos y cantantes modernos, con animales dolientes y más poemas suyos. Los afluentes en los que ha escrito su obra llegan al centro de todo, hacen al mundo uno y a las historias una sola historia.

Y allí lo dejo, para escucharlo, como antes, como ahora, como siempre. A mí no me queda duda: seguirá escribiendo, pues, como supimos cuando éramos jóvenes y fieros, escribir y vivir son uno y lo mismo. ¿Qué haremos entonces, Miguel, cuando el destino nos alcance? Darle cara, cual un Danton ante sus jueces, y decir como él: «nous faut de l'audace, et encore de l'audace, et toujours de l'audace» (necesitamos audacia, y más audacia, y siempre audacia), como de la poesía de Miguel Ildefonso.

Barranco, 31 de octubre de 2013

Leyendo el *Memorial de Tierraverde*, de Alfredo Pérez Alencart

Tengo ante mí el desafío de presentar a Alfredo Pérez Alencart, poeta mayor de nuestras letras y su libro *Memorial de Tierraverde*, cuando, vista su trayectoria académica y cultural, sus talentos literarios y los premios que ha recibido, es una tarea que me supera con largueza. Mas, como he aprendido, se debe estar a la altura de las circunstancias, recojo el guante agradecido e inicio.

El genial Pérez Alencart es varios hombres en uno solo: poeta de insólita valía, notabilísimo promotor de la cultura, profesor universitario, vibrante comunicador, amigo constante, fiel esposo, responsable padre, pero sobre todo hombre de fe cristiana.

Con quince libros publicados, entre ellos *Madre Selva* (2002), *Ofrendas al tercer hijo de Amparo Bidón* (2003), *Pájaros bajo la piel del alma* (2006), *Hombres trabajando* (2007), *Cristo del Alma* (2009) *Oídme, mis hermanos* (2009), *Aquí hago justicia* (2010), *Cartografía de las revelaciones* (2011), *Prontuario del infinito* (2012), *Monarquía del Asombro* (Antología, 2013) y *Regreso a Galilea* (2014), este «emisario de ultramar», como ha sido llamado, es uno los poetas contemporáneos más importantes en la lengua castellana. Por esto ha sido traducido a veinte idiomas y ha recibido, entre otros, el Premio Internacional de Poesía Medalla Vicente Gerbasi (2009), el Premio de Poesía Juan de Baños (2009), el Premio Jorge Guillén de Poesía (2012) y el Premio Sarmiento de Poesía (2014).

Junto a la bella ciudad de Salamanca, donde nuestro poeta se ha logrado y es ampliamente reconocido, Alfredo Pérez Alencart es la Amazonía. Como Gabriel Celaya en sus *Cantos íberos*, si nuestro poeta canta, esperanzado, se convierte en su cantar.

Como Blas de Otero en *Pido la paz y la palabra*, denuncia que su patria chica es un árbol arrastrado sobre los ríos, que está siendo engangrenada a sangre fría. Parafraseamos el manifiesto de los surrealistas, y sostenemos que nuestro autor expresa en la obra que comentamos, *la Amazonía ante todo, y siempre*.

Memorial de Tierraverde, de Pérez Alencart, me emplaza a afirmar que hoy más que nunca es necesario el intelectual, el escritor, el poeta que analice la vida social, que postule valores generales, que proponga modelos de moral y de conducta y resulte un punto de referencia de los deseos y las aspiraciones de la sociedad en su conjunto, pero ya no para proponer utopías de destrucción y ensañamiento contra otros hombres, sino de aquéllas que salven al mundo y sean salvos con él.

En palabras de Leonardo Martínez Carrizales: «El poeta es un sacerdote sin iglesia que devuelve su sentido sagrado al mundo, que aspira a subvertir el mundo establecido, que recuerda y mantiene viva la aspiración a un hombre nuevo y a una sociedad nueva». Por eso, a los que en nombre del progreso o de la libertad destruyen la Amazonía, caricaturizando en horribles muecas estos importantes paradigmas, les decimos que ni el progreso ni la libertad se ejercen en el vacío, sino socialmente. Son sociales porque solo se pueden ejercer con responsabilidad. De lo contrario, la libertad se degrada en libertinaje y el progreso en destrucción. De esta manera, la preocupación por la Amazonía y por quienes viven en ella se expresa mediante la calidad de vida, un medio ambiente sano y sostenible, por las selvas protegidas, por la solidaridad, y esta última solo existe cuando es voluntaria; de lo contrario, significa coerción y abuso. Entonces, la conexión de la libertad y el progreso se produce a través de la responsabilidad.

Y esa responsabilidad es de todos. Nadie puede permanecer ajeno. La ajenidad, la anomia, la indolencia, son los males contra los que debemos luchar en poesía. El permanente olvido de la Amazonía está patente en los versos del poeta: Pérez Alencart

nos dice: «Querámoste hoy para que el mañana no te hiera o despedace». Como Octavio Paz, o Roque Dalton, en su tiempo y circunstancia, con *Memorial de Tierraverde* Pérez Alencart cumple una necesidad, una urgencia, de la cual se siente responsable: que la Amazonía no sufra más daño y vuelva a ser el edén mítico que necesitamos. Y atendiendo a ese mensaje, vemos que *Memorial de Tierraverde* es, tomando las palabras del crítico José Ángel Ascunce «en esencia y en síntesis es la parábola de la divinización del hombre en su definitivo paraíso terrenal».

Así, en sus textos hallamos la necesaria fuerza para salirle al frente a los destructores de la Amazonía, para clamar por esa destrucción, por esa asfixia al paraíso, con esas sogas que en nombre de un falso progreso se vuelven horcas que la atan, que la ahogan, que la apresan hasta matarla. Y con ella morimos nosotros, no lo olvidemos. Por eso, la suya es una poesía que, como su fe, nos salva. Busca con ella salvar la Amazonía, denunciar a quienes la afrentan. Les advierte a los asesinos de la Amazonía:

sepan que no desmayaré en el clima de mi contento
allí volveré a nombrar todo lo que toque al azar.

En síntesis, con *Memorial de Tierraverde*, Pérez Alencart nos dice que la Amazonía es el precioso don que debemos defender del Leviatán del falso progreso y del ogro, nada filantrópico, de la destrucción y deforestación. Del mismo modo, esta reflexión sobre la Amazonía y sus hechizos que nos someten o nos vencen, cómo no ser poeta como él, cuando dice:

Ah, verde realidad que amo
por donarme su calidez
y su cuenta de reino o paraíso
la selva entre mis huesos,
un día desnudándome con sus líquidos,
una noche abrigándome con su atmósfera pura.

O en este bellísimo poema suyo que une al paraíso con Jacqueline, su esposa,

gracias, Señor,
por esta selva de pájaros luciéndose
y por esta mujer que cuida mis días
gracias, Señor,
porque mi torrente se desliza en su cuerpo como rugiente río
que baja de las cumbres
gracias, Señor por todo lo vivido dentro de ellas (selva, mujer)
que el porvenir las conserve para mí.

Finalmente, tócame decir que, como profesor universitario, como intelectual, promotor de la literatura entre dos océanos y poeta, Pérez Alencart es un hombre de diversos territorios, combinando en ellos tanto su formación como su talento creativo para adentrarnos en la cartografía de sus revelaciones, para atender su prontuario del infinito, para oírlo como sus hermanos, para beber esa savia de las antípodas, como para que reflexionemos sobre la Amazonía y su holocausto.

Así, digamos para él, lo que Octavio Paz señaló en *Primeras letras*: «Novalis, Nerval, Baudelaire, Lautréamont, Poe, nos muestran el camino. Todos ellos son los desterrados de la poesía, los que padecen la nostalgia de un estado perdido, en donde el hombre es uno con el mundo y con sus creaciones. A veces de esa nostalgia surge el presentimiento de un estado futuro, de una edad inocente. Poetas originales no tanto, como dice Chesterton, por la novedad, sino porque descienden a los orígenes».

Para ti, Alfredo, poeta original, presentido, uno con el mundo, con tu fe y con tu creación; para tu «luciérnaga de piedra», Salamanca, la ciudad más hermosa de España; para ti, querido amigo, porque como has enseñado: «Callar para aprender: ésa es la actitud del poeta que luego invoca y da testimonio al rojo vivo». Con tan señero mensaje, leámoslo con avidez, con urgencia, con el cuidado que se tiene con un hijo recién nacido, leamos

este *Memorial de Tierraverde*, pues solo en sus textos hallaremos la forma de salvar el paraíso amazónico de su destrucción final, por medio de la belleza de la poesía y la fuerza de nuestra acción.

Lima, 19 de julio de 2014

Hijo pródigo y romántico.
A propósito de *Abecedario*,
de Jorge Ureta

Llega a mis manos el bello libro *Abecedario*, del joven poeta Jorge Ureta Sandoval, quinto volumen de su colección, titulada *Caligrafía poética*, y luego de su lectura se va confirmando mi intuición de que la poesía más reciente del Perú está optando por el romanticismo estético y contemplativo, de gran sutileza erótica e íntima, como corresponde.

El poeta peruano, hijo pródigo de nuestras letras, regresa a su casa primera, luego de la larga marcha vallejana, sumergida en los entresijos de las vanguardias y su devoción por el siglo de oro español, su afirmación en el clasicismo de los cincuenta, iniciático momento en que se empezó a liberar de la impronta del autor de *Los heraldos negros*, continuando con el delirio pop y la palabra conversacional de los sesenta, con Cisneros, Hinos-troza, Martos y Razzeto, el orgiástico baño popular de los setenta y ochenta, cuando la poesía tomó las plazas y los mercados, y desde la voz de Verástegui y Pimentel hasta la de Santivañez y De Ramos fue escuchada, hasta la dispersión tribal y libertaria de los noventa, con poetas en su individualidad y diversos grupos literarios que se refugiaban en el género príncipe como los supervivientes de un naufragio.

Así, regocijase la literatura peruana porque, como en la parábola bíblica, «este mi hijo muerto era, y ha revivido; habíase perdido, y es hallado». Lo vemos en la obra que prologamos: la intimidad amorosa transpira en cada hoja de *Abecedario*. El modo confesional de los románticos peruanos se anida en los poemas

que, siguiendo las letras del alfabeto, a modo de un diario a ratos romántico, a ratos erótico, y primorosamente contemplativo, revela las lecturas y pasiones literarias de Sandoval, también, como en su poema *n*, donde aparecen, fantasmales, Neruda, Bécquer, Benedetti y Vallejo.

La vuelta al primer momento de la literatura peruana tiene mucho de responsabilidad, también. Nos deja observar que la vida tiene mucho de metamorfosis, de mudar la piel y crecer el cuerpo. O, como en la notable narración *Viaje a la semilla*, de Alejo Carpentier, regresar de la muerte para acabar en el vientre materno es una forma de nacer de nuevo, de empezar desde cero, otra vez. Ureta Sandoval lo sabe, y la filosofía romántica que enarbola, donde él se dispone a vivir y morir por la dama que ama, no es retrógrada, reaccionaria o insólitamente conservadora: es la única forma de responder, con fiera pasión, a un mundo desangelado y embrutecido por la ausencia de sentimientos, donde todo es relativo, donde el cinismo y el desparpajo en las relaciones solo pueden producir arcadas en espíritus sensibles. Sentimientos efímeros hasta el desconsuelo únicamente son producto de personajillos vaciados de contenido. De allí que ser un romántico en los tiempos que corren es asumir una rebeldía renovadora contra la sociedad toda.

Por eso nuestro poeta es Segismundo en su prisión, o Hamlet, culpable en sus valores, que le acusan y mueven a la acción. Y su acción es exaltar a la mujer: cada letra de su *Abecedario* está dedicado a ella, la musa, la que, como en su poema más logrado, el *w*, «reina en sus pensamientos». Y es que en los románticos la mujer gobierna.

Finalmente, si la crítica nacional ha descalificado a los románticos peruanos del XIX, movidos más por sus prejuicios ideológicos que por un auténtico acercamiento literario y académico —en su casi totalidad suscribe el marxismo, y eran los románticos liberales, optimistas y modernos— confiamos en que sus anteojeras ideológicas no lo hagan con este movimiento joven, auroral,

dotado de talento y disciplina, y del que esperamos pronto más libros. Entretanto, deleitémonos con estos poemas como letras tiene el alfabeto, cada uno de ellos expresión de amor, romance, erotismo y pasión.

Santiago de Surco, 10 de septiembre de 2014

Testamento de otoño.
La poesía-estación de Cecilia Gastelo

Es tiempo de otoño en la poesía, nos confiesa Cecilia Gastelo, joven poeta nacida en la muy noble ciudad de Santa María de los valles de Chiclayo, con esta obra suya. Tiempo de otoño, sí, la estación más querida del primer género de las letras, como bien sabemos los que escribimos. No el del otoño del patriarca, ni el de la decadencia de hermosura, como lo definieran Gabriel García Márquez y Juan Ramón Jiménez, respectivamente. Sí, el tiempo del deshojamiento de la rosa por las manos tranquilas de la muerte, según reza el verso del genial poeta —y suicida— Leopoldo Lugones.

Es de saber —pero no de decir— que todos los que humanos somos deseamos lo que no tenemos. Así también Gastelo, habitante de una cité donde del otoño solo se sabe que existe, a partir de conversaciones y lecturas, un poco entre suspiros, otro poco de oídas. Y se conoce también, pero no se dice, que cuando lo tenemos, humanos y peruanos en el Perú —perdonen, ahora que tomo la palabra del Padre César, el irrespeto y la tristeza— ya no queremos lo que hemos deseado y luego poseído, hasta su esencia más íntima. Empero, Gastelo toma otra ruta y se posesiona discretamente del período aquel que se acerca con muy poco ruido, como sostiene el poeta español Ángel González, para no dejarlo, sino para unirse con él, y hacerse hojas que caen, niebla que enceguece y envuelve, frío que se aproxima y del cual adivinamos la invernal sombra.

Por tal motivo, hurto del poeta chileno Neftalí Reyes Basoalto —conocido mejor como Pablo Neruda— lo que significa para mí

el poemario de Cecilia Gastelo, ahora que lo presento a ustedes, ávidos lectores: un testamento de otoño, la sucesión estacional de quien, adquiriéndolo tras muchos esfuerzos, nos lega su conocimiento y su pasión hacia otras voces, otros ámbitos, tal como el autor de *Odas elementales* y *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* dedica su poema a su amor fundamental y más duradero, Matilde Urrutia.

La poesía-estación de Cecilia Gastelo nos deslumbra por su arrebatado candor, su inocencia a brazo partido, que sorprende en estos tiempos cínicos y descreídos. Sus imágenes, directas, dedicadas al amado, o a la madre, o a la poesía misma:

Oh poesía, que me dejaste sin tu sentir:
tú, pálida y triste, con tu canto partiste.
¿Cuándo has de venir para arrullarme
con tus manos de ensueño?

vienen a nosotros «con su voz de ceniza, desalentando sueños, cubriendo de hojarasca las imágenes rotas que el corazón conoce», como escribiera otro notable poeta español, Gabriel Ferrater.

Y lo que más me esperanza de la poesía de Cecilia Gastelo es que una joven de su edad crea todavía en la poesía como expresión esencial de su ser. En los podridos momentos que nos acometen, donde la mayor parte de su generación autista, embrutecida y afásica vegeta en la mediocridad, Gastelo conmueve porque la poética que se desprende de los textos de *Tiempo de otoño* alude, con plenitud, al libre albedrío, la inteligencia, la voluntad, a las habilidades sentimentales y los deseos e impulsos propios y naturales con soltura, solvencia e insolencia creativa, concibiendo esto último como un entender el mundo sin prejuicios, sin dobles lecturas ni estándares, con la osadía de quien está libre de taras y empequeñecimientos.

Y por si fuera poco, su poesía es femenina antes que feminista, se aleja de ese decrepito discurso que habla de las mujeres como si sus problemas tuvieran una entidad por sí mismos, como si el

universo femenino fuera completo y perfecto y no fueran únicamente la mitad de la humanidad. Por eso puede escribir sobre cómo amar a un hombre sin culpa ni distancia, sin el tabú de la ojeriza femenil, con delicadeza y elegancia:

Quiero tomar su mano para sentir el ruido que silba su ser
¿Qué canto entonará bajo su mirada de cielo?

Espero que Cecilia Gastelo siga en el camino de la literatura. Porque, con ella, es tiempo de otoño en poesía. En verdad, el único tiempo que existe y permanece.

Santiago de Surco, 16 de septiembre de 2014

SOBRE LA SOLEDAD
DESNUDA.
ENTREVISTAS

Entrevista del poeta nicaragüense Ariel Montoya a Héctor Ñaupari, para la revista *Decenio* de Nicaragua

En tu obra como creador de la palabra, hay también otras mezclas irrefutables y fundidas, prácticamente desde siempre, con el ejercicio del derecho y la política, aunque en tu campo esta la desarrollas más como analista, consultor en temas legales, políticos y económicos ¿Cómo convergen esos mundos en tu vida diaria con tu trabajo como poeta?

Siempre he creído que el ser humano es complejo, y que debe cultivar esa complejidad, que constituye la riqueza de su vida. Detesto la pérdida del tiempo, y a quienes no cultivan sus propios talentos y viven vegetalmente. Trato por tanto que todos mis universos converjan y se nutran mutuamente. Rubén Darío, tu inmenso compatriota; Raúl Porras Barrenechea, o José Gálvez, de mi país, historiador el primero, poeta el otro, y ambos hombres de Estado, son mis ejemplos a seguir. Ellos han logrado esa convergencia a la que aludes.

Veo que tienes un inmenso currículum académico, a las puertas de un doctorado en la Universidad de Salamanca y Presidente del Instituto de Estudios de la Acción Humana, también estás al frente de la Presidencia interina de la Red Liberal de América Latina (Relial), que aglutina a partidos liberales, fundaciones y a personalidades vinculadas a esa doctrina. ¿Qué tiempo le dedicas, además de tu vida privada, a la literatura?

Muchas gracias, Ariel. Te respondo diciéndote que el día tiene 24 horas, así que trato de aprovecharlo lo más que pueda. También la familia exige sus tiempos, así que trato de ser concurrente:

es decir, de hacer que mi familia participe en mis actividades y lecturas. Mi vida siempre se ha movido según el viejo adagio latino: *carpe diem*, aprovecha el día.

Nacido en 1972, ¿desde cuándo empezaste a escribir o a leer? Y en ese sentido, ¿tienes una inclinación por pertenecer a un movimiento generacional como ha sido típico en Iberoamérica? O, como otros, ¿has divagado sin encasillarte a algún grupo literario o movimiento cultural?

Mis inicios en la poesía son en 1990, cuando ingreso al Movimiento Cultural Neón, que animó la escena cultural limeña en los intensos y difíciles años de la primera mitad de la década del noventa. «Neón significa luz, luz en la oscuridad», así lo definió Carlos Oliva, el poeta fundador, junto con Leo Zelada y Roberto Salazar, de este concilio literario, y que le dio el nombre por el cual fue conocido.

Yo participé en el Movimiento Cultural Neón, porque, como otros jóvenes escritores de mi generación, estábamos desalentados de la política, con sus corrupciones paralizantes o sus expresiones extremas y totalitarias; abandonados a nuestra suerte en un país que parecía no tener ningún futuro y habíase convertido en «ese reino que nunca quisimos, y que nunca fue nuestro», como escribió el poeta; finalmente, dispuestos a no pasarnos la vida debajo de mesas desprovistas esperando las bombas que nos aniquilen, o a ser desaparecidos por las fuerzas del orden cualquier noche sin luz y con toque de queda; resolvimos, sin siquiera racionalizarlo, que la mejor manera de hacerle frente a este apocalipsis era decir, con poesía, que íbamos a sobrevivir; que no iríamos en silencio hacia el corazón de las tinieblas; en definitiva, que con coraje y con resolución, lucharíamos y gritaríamos: ¡vamos a prevalecer!

¿Concedor y viajero frecuente entre las Américas y otros mundos, como concebís la actual vida cultural e intelectual de Lima, en comparación al resto de países de la región?

La actividad cultural en Lima ha crecido muchísimo. Es un efecto de las políticas de mercado libre, orden jurídico estable y

progreso que hemos tenido en los últimos años. Hay más ofertas de teatro, se exhiben obras clásicas, modernas y contemporáneas, todas con alto nivel de público, además de conferencistas de primer nivel. La gastronomía peruana, que se ha vuelto nuestro principal emblema, ha contribuido notablemente a acercar al gran público a la cultura, amén de las ferias de libro que se organizan en Lima y sus principales distritos.

Muchos intelectuales y escritores anteriores a tu generación, como Plinio Apuleyo Mendoza, se han declarado como auténticos «idiotas» en un tiempo de sus vidas, como lo acaba de volver a repetir en el programa del periodista Cala de CNN, cuando creyeron que el mundo cambiaría a través de la ideología de la izquierda y de la crítica desmenuzada y cruel a todo lo que oliera a capitalismo, libre mercado, desarrollo social, imperialismo estadounidense *versus* pobreza, miseria y saqueo de las riquezas de Latinoamérica. ¿En tu aún cercana juventud coqueteaste con la izquierda y con esas actitudes?

Nunca. Siempre fui un liberal. En ello Mario Vargas Llosa es el culpable... yo lo admiraba cuando era un escolar, y a partir de su discurso en la Plaza San Martín de 1987 en contra de la estatización de la banca, me dije, si el escritor que más admiro tiene esas ideas, y él es un hombre de ideas, entonces esas son las ideas correctas. Y así llegamos a hoy.

Leí tu poemario *En los Sótanos del Crepúsculo* (Ediciones UNMSM, 1999), y conozco alguna otra parte de tu obra. Por ejemplo, en tu coautoría de *Poemas sin Límites de Velocidad, Antología Poética 1990-2002* (Lord Byron Ediciones, 2002), veo en tu poesía una inclinación directa al romanticismo poético actual, igual que en otros poetas que escriben en ella. ¿Existe una tendencia más abierta hacia la poesía interior, amorosa o hacia otras tendencias que a la social?

Por supuesto. Yo nunca he creído en la «poesía social». Me parece sospechosa, con un doble estándar, que alaba a los dictadores de izquierda a un nivel repulsivo.

¿Cómo fue recibido el Nobel de Don Mario Vargas Llosa en Perú? A un año de haberlo recibido, ¿ha habido estímulos a los nuevos creadores, a la sociedad peruana en general, tomando en cuenta que además de ser un gran novelista, ensayista y conocedor de la realidad actual, navegó, como otros, en las aguas «infectadas» de la política buscando la silla presidencial?

El Nobel a Mario Vargas Llosa fue recibido como una fiesta nacional. Era largamente esperado. Vargas Llosa es nuestro Víctor Hugo. Este premio, definitivo pero no el último para él, ha colocado en una perspectiva interesante a los escritores peruanos. Y, en el caso de MVLL, siempre he creído que él no está con la derecha ni con la izquierda, que Vargas Llosa está con la libertad, que es un escritor y pensador incómodo, difícil de clasificar, y que por lo tanto su liberalismo es insular. Personalmente, es la persona que más ha influido en mi escritura y pensamiento, y la razón por la cual yo decidí, entre otras cosas, ser un escritor.

¿Cómo percibes la realidad política de Iberoamérica, gobiernos aparentemente desgastados como el PSOE en España y economías prósperas como la chilena, la brasileña o la del mismo Perú, que entre socialdemocracias y libres mercados se han mantenido a flote en medio de la crisis mundial galopante?

Sucede que es imposible mantener un Estado de Bienestar administrado por el Estado. Los impuestos nunca serán suficientes para sostenerlos. Lo estamos viendo ahora. Lo que deberíamos pensar liberales, socialdemócratas y socialistas es en encontrar la manera de sostener el Estado de Bienestar a través de medidas privatizadoras, de concesión, tercerización, o alianzas público-privadas, en particular con el sistema pensionario, de salud y de educación. De esta manera no se afecta a los beneficiarios del Estado de Bienestar, y no se destruye el motor de la economía que es el emprendimiento empresarial. Ahora bien, el desgaste no solo lo sufre el PSOE en España. Estamos viendo las diversas crisis de los gobiernos del socialismo del siglo XXI.

Es lamentable cómo no encuentran ni quieren encontrar figuras de recambio en sus propios regímenes, lo que demuestra la vocación autoritaria, dictatorial y centralizadora del poder de sus actuales líderes. Considero que en tanto esa crisis alcance ribetes terminales, podremos ver un cambio de signo en América Latina y en España más temprano que tarde.

Después de las administraciones de Alejandro Toledo y Alan García, y aun de ciertos logros económicos de Alberto Fujimori, al margen de sus desmanes en otros órdenes, ¿cómo concebís que sea la administración de Ollanta Humala?

Considero que el presidente Ollanta Humala tiene la gran posibilidad de realizar un gobierno de izquierda responsable y respetuoso de las principales libertades, como el de Tabaré Vázquez en Uruguay o el de Ricardo Lagos en Chile. Subsisten, por supuesto, las dudas de si tomará el sendero del mal, que es el del socialismo del siglo XXI. Estoy seguro que, de ser ese el caso, la condena de Mario Vargas Llosa será gravitante y su presencia en Lima, inmediata.

Bueno, para concluir, ¿a quienes estás leyendo entre tus autores favoritos de la actualidad?

En literatura estoy haciendo una investigación sobre las mujeres literarias, desde Penélope hasta Madame Bovary para mi tercer poemario en solitario. Luego, he estado leyendo la autobiografía del Presidente Nelson Mandela, *Conversaciones conmigo mismo*, un libro que recomiendo intensamente. Finalmente, he leído dos veces el estupendo libro de David Boaz, *Liberalismo*, un gran trabajo, de rotunda calidad, sobre la libertad y sus principales manifestaciones.

¿En qué se han centrado últimamente los proyectos de RELIAL y su proyección hacia América Latina, que de nuevo está proponiendo para las nuevas juventudes?

Con RELIAL hemos concluido todo un trabajo relacionado con la propiedad privada, que fue el tema central de la red durante el 2011. Se han preparado reportes de cada país sobre el

estado de la propiedad y las principales reformas que se deben hacer para protegerla mejor. El tema del 2012 es el medio ambiente, donde se van a promover reformas liberales para cautelar el medio ambiente, así como denunciar la cooptación de propuestas estatistas en la agenda medioambiental. Para ello estamos realizando un taller en el mes de noviembre de 2011, y el sexto Congreso RELIAL, que será en junio del 2012 en Bogotá, Colombia, tendrá como tema central el medio ambiente. Con relación al tema de juventudes, RELIAL ha apoyado las actividades de la Universidad CATO en América Latina, en sus ediciones en Ecuador, Guatemala, Argentina y Santiago de Chile; las actividades de la Universidad FAES en Argentina; asimismo, la Universidad de la Libertad organizada por el IPL-Perú, en Lima; y, finalmente, ha promovido la participación de jóvenes en los Congresos de RELIAL.

Para concluir: ¿Qué nuevos proyectos literarios vienen en camino? ¿Qué estás escribiendo o realizando también como promotor cultural, entre tantos sombreros?

Vienen dos proyectos literarios en camino: un libro de ensayos, llamado «Sentido liberal», el cual ya se encuentra en fase de edición, con un prólogo de Jesús Huerta de Soto, el gran economista liberal español, y una presentación de Carlos Sabino, nuestro gran amigo, profesor universitario e investigador. Luego, he de concluir mi tercer libro de poesía, llamado «Malévola tu ausencia», donde poetizo a las mujeres de la literatura universal y latinoamericana. Ahora bien, como promotor cultural, estoy haciendo una campaña a favor de la poesía peruana joven, dando a conocer a los nuevos poetas peruanos, presentando sus libros.

Tegucigalpa, 19 de octubre de 2011

Entrevista del poeta peruano
Renato Sandoval a Héctor Ñaupari,
para el blog *Test de Bonifacio*

¿Tienes alguna objeción contra el mar?

Ninguna. Como dijera Yorgos Seferis: «El mar, el mar, quién podrá agotarlo».

¿En qué partes de la Tierra crees que se podría plantar árboles de poesía?

En los desiertos, para que formen oasis de literatura.

¿Es la soledad principio o fin de todo lo que existe?

Ni lo uno, ni lo otro. Es un eterno viaje, y como susurró Ateena a Odiseo, «no es el destino, sino el viaje, lo importante».

¿Qué prefieres ser: buen escritor pero desdichado o uno mediocre o pasable pero feliz?

Vistas las alternativas, prefiero ser un buen escritor pero desdichado. Pero hago mi mayor esfuerzo para ser un buen escritor y ser feliz, también.

¿Es la locura un ingrediente básico del verdadero genio?

Desde luego. No puede haber genio sin locura, como tampoco puede haber amor sin ella.

Sinceramente, ¿qué piensas de todos aquellos que te rodean y que no escriben o no se dedican a ninguna actividad artística?

Que son seres amputados.

¿Has dicho la verdad cuando has mentido o mentido cuando hablabas en serio?

Ambas cosas, e incluso peores. Un escritor que se respete debe mentir hasta cuando miente, bromea o hable en serio, bien sea de sí mismo o de otros.

¿Qué o a quién no soportas?

La mediocridad y la pérdida de tiempo. A los mediocres y a los holgazanes.

¿Cuál es tu principal fobia o miedo, cuál tu principal placer o amor?

Tengo vértigo, según me dicen, debido a ser sietemesino. Tengo miedo a perder la memoria o a padecer alzhéimer. Mi principal placer es el sexo intenso, apasionado, sexy y salvaje con la mujer que amo, mi esposa. Mi principal amor son mis hijas.

Si alguien te dijera que en realidad no le gusta tu trabajo literario, del tipo que sea, aunque muchos digan lo contrario, ¿cómo te sentirías y qué le dirías?

Me sentiría mal. Y le diría que es un idiota.

¿Alguna opinión sobre los políticos y la política de tu medio?

Decir que los políticos y la política es un asco me parece tan trillado. La verdad, los políticos se parecen tanto a nosotros: nacen en nuestra sociedad, son producto de ella, nosotros los honramos cuando mueren o los condenamos al olvido, como unos u otros hacen con sus propios padres, según sea el caso. Creo que odiamos a los políticos y la política de nuestro medio porque son nuestro reflejo. Hacerlos mejores y tener una mejor política solo puede empezar por reconocer que podemos ser mejores nosotros mismos.

¿Por qué no has leído todos los libros que reposan en tu biblioteca? ¿Haces poda periódica de ellos?

Porque siempre me digo a mí mismo que ya tendré tiempo, como cuando uno quiere hacer dieta y se miente diciendo: «empezaré mañana». Jamás he hecho, ni hago, ni haré poda de mis libros. Además, cuando ya tenga en verdad tiempo, y mayor soledad, los leeré todos. Eso creo, al menos.

¿Crees que ya has llegado a escribir el libro que querías?

Creo que nunca lo lograré. Y eso es bueno. Un escritor que se precie de serlo debe estar convencido que su mejor libro es el que nunca escribirá.

De lo anterior, ¿por qué seguir escribiendo si, en su momento, ya se dijo bien lo que se tenía que decir? ¿Por qué seguir usando las palabras?

Porque siempre se puede decir mejor lo que ya se ha dicho. Y porque las palabras son inagotables. Y porque, en el fondo, el escritor debe escribir lo que le da la gana y lo que salga del corazón, del estómago, de los cojones o de la suma de sus partes.

¿Libros de cabecera, de sala, de micro, de metro, de baño?

Y de comedor, y de cocina. Tengo libros en todas las áreas y espacios de mi casa. También libros a los que siempre vuelvo. *Libertad bajo palabra* de Octavio Paz, por ejemplo.

¿Qué sucedería si no existieran las ostras y las uvas Malbec?

Que gran parte de la mejor literatura jamás habría sido escrita. Y que yo tendría el hígado en mejor estado. Y que sería terriblemente infeliz.

Si no fueras humano, ¿qué cosa concreta o abstracta te gustaría ser?

Un toro de lidia, en el caso concreto. Morir a manos de mis enemigos, sin ceder, es una idea que siempre me ha atraído. Odisseo o D'Artagnan, si fuera abstracto, la creación de un fabulador. Ambos, además, son mis héroes preferidos.

¿Has amado u odiado más de lo debido?

Sí. Y no me arrepiento.

¿Piensas que el mundo sería distinto si no existiera la poesía?

Sí. Sería el comunismo o el reino de los mediocres (es decir, mi peor pesadilla).

¿Qué prefieres: al poeta o su poesía?

Su poesía. Los poetas somos insufribles, cuando no insoporables, pagados de nosotros mismos, hartos de nuestras vidas, o sencillamente discapacitados emocionales.

Los artistas, como ellos así lo creen, ¿sufren y gozan más intensamente que los demás mortales?

Creo que no lo sabemos. Hasta donde sé, nadie se ha dado el trabajo de medir la intensidad del gozo o el sufrimiento de un

artista y un médico, o un obrero, por ejemplo. Además, se tendría que comparar un gozo equivalente entre un artista y quien no lo es, para saberlo de un algún modo, como el buen sexo o la buena comida, o un sufrimiento semejante, como la pérdida de un ser querido o una enfermedad terminal, para ver quien goza o padece más. En tanto no lo sepamos, que los artistas digan eso es una muestra de arrogancia, y que los demás lo crean es una ingenuidad.

¿Algún problema con el suicidio?

Casi ninguno. Respeto a quienes lo hacen, creo que el suicidio es un derecho individual por excelencia, salvo en los casos en que alguien se suicida para evitar su responsabilidad por un crimen, o para que no lo castiguen. Me parece una cobardía despreciable, puesto que no hay libertad sin responsabilidad.

Yo me suicidaría si me da alzhéimer y supiera que irremediablemente perdería mis facultades mentales. Podrán llamarme orgulloso o caprichoso, pero prefiero morir a dar lástima.

¿Qué tanto de lo que crees que proyectas en los demás consideras cierto en ti?

Espero que todo, porque todo lo que proyecto es cierto (y en esto no miento), incluso mis lados más oscuros. Pero nunca lo logro, como la experiencia (severa y sabia maestra) me ha enseñado.

¿Cuál ha sido tu *déjà vu* más persistente?

Volverme a encontrar con un amigo/a que acababa de ver. Me pasa siempre.

Si hoy a la medianoche fuera el fin del mundo, ¿exactamente qué es lo que harías?

Si me lo hubieran preguntado antes de cumplir los treinta, buscaría a mi gran amor romántico, y haríamos el amor hasta que suene la última de las doce campanadas. Ahora, estaría con esposa y mis hijas y las abrazaría fuertemente hasta que ese terrible momento llegue.

Lima, 15 de agosto de 2012

Entrevista del poeta peruano
Manuel Luque a Héctor Ñaupari,
para el libro *Confesiones de un descreído*,
muestra de poesía peruana actual

¿Cómo entraste a la literatura?

Tuve dos ingresos a la literatura. El primero de ellos fue con el Movimiento Cultural Neón. Con ocasión de celebrar los 440 años de mi alma mater, la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, en 1991, al estar a cargo de diversas de las actividades, me presentaron a Rubén Grajeda. Tras las conversaciones iniciales, me contó del Movimiento que estaba creando y me sugirió participar, a lo que acepté. Tenía 19 años.

Mi segundo ingreso en la literatura fue en la Universidad de Salamanca, en el año 2000. Ya cumplidos los 28 años, con un libro a cuestas, fue Alfredo Pérez Alencart, notable poeta hispano peruano, quien al leer mis textos tuvo la fineza de invitarme a los recitales y encuentros que organizaba. De allí que participara en dos libros que se publicaron al alimón, y constituyeron mi ingreso a la literatura joven salmantina que allí se gestaba.

¿Qué significa para ti la poesía?

Gustave Flaubert decía que escribir es una manera de vivir. Digamos que para mí la poesía es una manera de respirar.

¿Crees que la poesía es inspiración o trabajo constante?

La poesía no es solo trabajo constante, sino también disciplina, lecturas, investigación, evocación, rigor. El talento es el fruto de la disciplina. La inspiración el resultado del trabajo sostenido y sin descanso.

¿Cómo definirías tu poesía?

Mi poesía es realista, romántica, erótica e íntima. Es realista porque parte de circunstancias que me han sucedido, que he experimentado, que son resultado de diversas vivencias mías.

Es romántica, en el mejor sentido del romanticismo: supremacía del individuo, adhesión a lo bello, a lo sugestivo, a lo ignoto. Es erótica porque identifico al erotismo como la pulsión más sublime e inagotable del ser humano. Íntima porque siempre trato de entrar, con mi poesía, al ser esencial del lector.

¿Qué poetas o escritores han influenciado en tu producción poética?

Muchísimos. Me debo a José Ángel Valente, Carlos Murciano, Alfredo Pérez Alencart, Miguel Ildefonso, Carlos Germán Belli, Mario Vargas Llosa (quien siempre me deslumbra como ensayista y de quien mejor he entendido el compromiso del escritor), Ayn Rand (a quien debo la definición de ser un realista romántico), Enrique Verástegui, quien siempre escribirá mejor antes que después, el divino Jorge Luis Borges (su excelstitud me ha hecho ver siempre como el poeta menor de su díptico magistral), Arthur Rimbaud, Javier Sologuren, Antonio Cisneros (lo leo siempre que me envuelvo demasiado en el romanticismo, para dotarme de realidad y cotidianeidad), Jorge Pimentel (su poema *Balada para un Caballo* debe figurar entre los cinco poemas en castellano imprescindibles del siglo XX), César Vallejo (el primer Vallejo, el modernista), Octavio Paz, Reiner María Rilke, y recientemente he vuelto a Hemingway. Es una lista muy extensa.

¿Cómo es tu proceso escritural? ¿Cómo trabajas hasta concretar un poema?

Primero es una evocación: todo empieza con una imagen. Sea de algo que ves, algo que hayas recordado, o evocado, o que te conmueva o hiera profundamente. Siempre he considerado a la depresión como una enfermedad mortal, peor que el cáncer. Así que intento hacer catarsis a través del texto. Luego, con ese primer esbozo, investigo. Intento fijar un tema al texto. Y luego

empiezo a escribir, y a corregir, hasta llegar a odiar el texto. En estos casos, como en el vino recién abierto, es bueno dejarlo respirar, así que lo abandono y lo olvido unos días, para a continuación volver a él y concluirlo. Claro está, hay que decir que todo escritor que se precie de serlo sabe que su mejor obra es la que jamás escribirá. Con todo, es un boceto de lo que vendrá. La búsqueda no tiene término, como definió a su propia vida el filósofo Karl Popper.

¿Qué criterios usas para identificar un buen poema?

Creo que el único criterio es el deslumbramiento, como quien contempla con ilusión la voluptuosidad del cuerpo femenino. Pienso en los ancianos ante quienes Friné se desnuda para salvar la vida y evitar su condena. Es la descripción esencial ante el buen poema. Debe asombrarnos, conmovernos, su fuerza debe completarnos. Otros vendrán a hacer las descripciones lingüísticas, gramaticales y metalingüísticas. A mí que me dejen con la pasión del poema.

¿Cuál es tu definición de: amor, muerte, melancolía, locura y erotismo como temática en la poesía?

Creo que lo mejor sería responder cuál es la mejor temática en la poesía, de las materias que se indican. Si es así, creo que el texto logrado será el que combine el amor, la melancolía, la locura y el erotismo. La muerte es un tema que no me convoca.

¿Cuáles son los diez libros que recomiendas leer?

Ficciones, de Jorge Luis Borges; *La Odisea*, de Homero; *Madame Bovary*, de Gustave Flaubert; *Poesía reunida*, de Antonio Cisneros; *Contra viento y marea*, de Mario Vargas Llosa; *El manifiesto romántico*, de Ayn Rand; *Libertad bajo palabra*, de Octavio Paz; *Los heraldos negros*, de César Vallejo; *París era una fiesta*, de Ernest Hemingway; y *Angelus Novus*, de Enrique Verástegui.

¿Cómo ves la poesía actual peruana y en nuestro continente con respecto a las anteriores?

Creo que ha hecho bien en romper con la costumbre de unirse en grupos. Creo que debe leer más e investigar con denuedo.

Creo que su compromiso como escritores debería concentrarse en lograr que cada vez más peruanos lean y comprendan lo que leen.

Lima, 28 de agosto de 2012

Entrevista del economista peruano Edgar Lozano a Héctor Ñaupari, para el blog *Mercado Informado* de Perú

¿Cómo vislumbra el sentido de la libertad dentro de un marco de sobrerregulación legislativa?

Muy oscuro. No hay libertad en un marco de sobrerregulación legislativa. Es que ante los excesos legislativos, la libertad se comprime, se empequeñece, pierde el sentido. La sobrerregulación es un atentado y una ofensa contra el ciudadano. El regulador o legislador lo cree incapaz de tomar decisiones, y por tal causa le detalla lo que debe o no hacer, lo que debe o no comer, los libros que debe leer, los vehículos que debe conducir, los medicamentos que puede tomar, y un muy largo etcétera.

En ese contexto, considero que los liberales deberíamos enfocarnos en criticar la sobrerregulación legislativa como un atentado contra los derechos y libertades de las personas, y en la arrogante actitud del autor de las normas por considerarnos incapaces o débiles mentales, antes que en concentrar nuestros cuestionamientos en el tema económico, o atendiendo a los postulados del análisis económico del derecho.

Esta metodología o enfoque, si bien indispensable, necesario y congruente con nuestros principios y las nefastas consecuencias de la sobrerregulación, resulta difícil de entender para las personas del común, que son justamente las perjudicadas con la legislación excesiva.

Además de ser un atentado contra los derechos de las personas, su principal consecuencia es la de ser un perjuicio contra

quienes tienen por norma cumplir la ley, y el de resultar beneficiosa a quienes la evaden o violentan. No hay mayor causante de informalidad en el Perú que la sobrerregulación legislativa. Por ende, una menor regulación, breve, accesible a todos, de carácter general, respetará nuestros derechos y nos hará más formales y mejor instituidos que la sobrerregulación.

¿Cuál es el sentido que debe tener la Ley en la sociedad?

Es el sentido que Hayek le ha otorgado: la ley, en la sociedad, es la necesaria protección de la libertad individual frente a la imposición de los demás, como también una adecuada salvaguardia contra la opresión gubernamental. Al respecto, Hayek indica, en su brillante ensayo *Libertad bajo la ley*: «El fin de la ley no es abolir o restringir la libertad, sino preservarla y extenderla».

De allí que la gran tarea jurídica y política de los liberales en el Perú y en América Latina es la convertir a la ley en el mejor medio para defender al ciudadano del poder del Estado y de los abusos de un terceros. Como bien sabemos, hoy la ley constituye un reflejo, no una defensa contra el poder abusivo. Devolverle su contenido auténtico a la ley es una empresa digna de nuestros mejores esfuerzos. Se trata de reinstaurar su sentido más clásico, como mandato general aplicado a muchos casos y circunstancias, antes que un cúmulo de prohibiciones y prerrogativas que se rifan según quien se encuentre provisionalmente en el poder. Ésa es la misión más importante de los liberales.

¿Cuál considera es la mayor amenaza para la libertad?

La mayor amenaza para la libertad es que los liberales no hagamos nada para defenderla. Debe entenderse que la libertad es y será siempre peligrosa y difícil de ejercer. Peligrosa, porque siendo libres, ya no seremos «carne de presidio» de los salvadores de la patria, populistas y demagogos que emergen a cada instante y del lugar menos pensado. La libertad, en plenitud, nos fuerza a ser mejores ciudadanos, nos hace buscar nuestros propios destinos, nos enseña nuestros límites y reales capacidades. De este modo, los que buscan el poder para abusar o beneficiarse de

él tienen como principal enemiga a la libertad. De otro lado, la libertad es difícil de ejercer, porque libertad es responsabilidad, como dijera con acierto un crítico de las libertades como George Bernard Shaw, y hay muchísimas personas (millones, diría yo) que quieren ser libres pero no responsables, y vistos ante esa disyuntiva, tienen muy claro que se despojarían de sus libertades solo porque no quieren asumir sus responsabilidades.

Siendo la libertad tan peligrosa y tan difícil de ejercer, tiene muchísimos enemigos. Populistas y conservadores de derecha y de izquierda, todo el espectro de socialistas, e incluso personas sin ideología definida pero que quieren vivir sin ser responsables, o mejor aún, vivir con libertad y sin responsabilidad, o que temen, sencillamente, ser libres, y prefieren dejar la decisión sobre sus vidas a otros. El número de adversarios de la libertad es así incalculable.

Entonces, si la libertad va a tener siempre adversarios, si siempre (desde mi modesta perspectiva) va a estar amenazada por quienes pretenden cancelarla en un solo acto, o descabezarla de un tajo, que ello no suceda es responsabilidad exclusiva de sus defensores. De allí que, si no defendemos la libertad siempre, esta correrá más riesgos de los que tiene actualmente de desaparecer. Por ende, escribir, opinar, enseñar los postulados de la libertad forma parte de una tarea que considero ineludible.

¿Cuál debe ser el rol del individuo frente al poder político?

Ejercer su libertad, de opinión, de expresión, de voto informado, de vigilancia y rendición de cuentas, de exigencia de transparencia, de respeto a sus derechos, de, en suma, señalarle al poder político que es mortal y efímero, y que descansa sobre todo en nosotros.

Lamentablemente, la izquierda ha usurpado, con inteligencia y acierto, ese rol de vigilancia que tiene el liberalismo y que le corresponde por autoría, concepto, perspectiva y desarrollo. Es por lo menos irónico que una ideología de inspiración criminal, asociada a golpes de estado, a sonadas revolucionarias, gulags,

culto a la personalidad del gobernante, y olímpico desprecio por las libertades individuales sea quien más cuestiona al poder político. Ése debería ser nuestro rol. Nos lo hemos dejado arrebatar. Una segunda tarea política es recuperarlo, y por ello debemos anticiparnos y ser más críticos del poder de lo que es la izquierda.

¿Qué implica para Ud. la defensa de la libertad desde lo cotidiano?

Considero que, en esencia, es hacer de tu vecino, tu mejor amigo, tu alumno, en fin, una persona cercana (o lejana, no importa) un liberal, un defensor de las libertades. Si cada persona que se define como liberal en el Perú convierte en liberal a otra persona más, seremos el doble de liberales de cuándo empezamos. Eso es defender la libertad día a día: hacer que más gente ame la libertad; así, habrá un socialista, un populista, o un antiliberal menos.

Luego, debes dar a conocer tu opinión liberal en cada foro en el que te encuentres, por muy frívolo o alejado del debate ideológico parezca. En realidad, no lo está. En todo interviene una postura a favor o en contra de la libertad. En tercer lugar, aprovecha todo medio posible para dar a conocer a los autores y las posturas liberales. La riqueza de nuestra doctrina es que existen posturas liberales para, prácticamente, todos los temas que existen. Solo hay que googlearlos y estos aparecen.

Finalmente, debes recordar que defender la libertad cotidianamente tiene un solo motivo: defender tu modo de vivir, tu capacidad de elegir tu propio destino, de definirte como persona (que solo puedes hacer siendo libre). Es una lucha por la propia supervivencia. Eso no se debe olvidar. Entonces, ¡a defender la libertad, en todo tiempo, en cada instante, hasta el último aliento!

Piura, 10 de octubre de 2013

Entrevista de la comunicadora peruana Alexandra Rivera a Héctor Ñaupari, para el blog *Ktarsia Humanista*

Héctor Ñaupari trabaja como abogado para sobrevivir en este mundo; aunque, fundamentalmente, escribe literatura para vivir. «Siempre me he enorgullecido de ser un escritor fantasma», dice a propósito de su oficio.

En la cafetería del Museo de Arte de Lima (MALI), tuve la oportunidad de conocer en persona al Dr. Héctor Ñaupari, puntual y caballero, como me lo esperaba. Nos sentamos y me invitó a tomar un café. Se mostró sorprendido cuando me vio con todo mi equipo de producción. Cuando le pregunté que si podíamos iniciar con las preguntas, él con mucha naturalidad atinó a responderme: «Dispara».

¿Qué es para ti la literatura?

Es una y muchas cosas. Yo no viviría sin ella. Esta, como cualquier otra vocación, tiene que ser ejercida con cuatro características fundamentales: constancia, criterio, disciplina e inteligencia. Una vez Sting, el cantante inglés, dijo que los artistas empiezan a ser reconocidos a los 50 años. Es una buena manera de entender cuál es el tiempo de ejercicio de esta profesión. Además, la literatura tiene distintas aristas, es decir, uno puede escribir y hacer discursos, o escribir poemas y luego leerlos; entonces hay toda una *performance* que se va añadiendo al hecho mismo de la escritura y hay que comprender, principalmente, que debe ser ejercida con una exhaustiva disciplina.

¿Qué reminiscencias refleja tu poesía?

Creo que muchas. Todo arte escrito, para mí, es más expresivo que el arte o la escultura, porque a medida que tú fuerzas al lector a una comunión con el ejercicio de su imaginación, son dos imaginaciones que trabajan al mismo tiempo, la del escritor y la del lector. Ahí lo fundamental es que el escritor entienda que en algún momento su obra ya no le va a pertenecer a él, sino al público lector que la interpreta de una o mil maneras. Nuestra vocación nos obliga a estar muy aterrizados en la realidad. Para poder escribir, uno necesita vocaciones y, para poder tener esas vocaciones, uno necesita tener una vivencia, y entonces ¡hay que vivir! Las reminiscencias solo vienen en un estado de concentración, esto trae muchos sacrificios.

A la mayoría de los seres humanos casi no nos gusta leer, también no nos gusta pensar, porque pensar implica realizar un esfuerzo para leer. Va a sonar muy político lo que voy a decir, pero el 99% de los peruanos no está acostumbrado a hacerlo. Al peruano le encanta el ruido, no puede vivir en silencio, toda su vida ha vivido en el ruido; pero, ese es justamente el espacio en donde la inteligencia y el pensamiento son fundamentalmente el sustrato de la literatura o el arte. La reminiscencia tiene que ver con recordar, y sobre el recordar, fantasear, y sobre el fantasear, tener una suerte de participación comparada con otros poetas que han escrito cosas similares a la de uno y, a partir de ahí, de esa vocación, a partir de ese conjunto de reminiscencias que tiene que ver con amores fallidos, amores exitosos, amores constantes, amores perdidos, con odios.

¿Por qué tu poesía tiene un contenido preponderantemente erótico?

Me considero un «conservador erótico» porque me gustan las mujeres, solo escribo sobre féminas. En el fondo nosotros, los escritores peruanos, somos progresistas de discurso pero conservadores de corazón. Ejercí un tipo de erotismo hacia la mujer, quien es el objeto infinito de mi creación literaria, por lo menos

hasta que se me agote la obsesión. Las manifestaciones del amor romántico y del amor erótico tienen mucho que ver con el modo esencial de relacionarnos y de cómo defino el arte. En lo personal a mí me gustan los espacios de intimidad más personal. Las redes sociales ya nos aniquilaron.

Los chicos no conversan, no saben reconocerse el uno al otro, están aturdidos en el camino. El erotismo mío es como lo entendía José Valente, Luis Cernuda o lo grandes poetas picarescos del XVI, como Prieto Aretino: el erotismo como una forma de conocimiento, una manera de comunión, una forma de acercarse a lo trascendente, llámese Dios, creatividad, en fin, como tú quieras. Llegamos a lo trascendente a través del amor al cuerpo y a la persona que contiene ese cuerpo. Si es solo un aspecto carnal o animal, el amor está desprovisto de erotismo y es más bien una pulsión que se detiene en ella misma; ya que, como dice Beto Ortiz en *Maldita ternura*, te despeja un poco la cabeza, te plantea los problemas para más adelante, pero no permite desarrollar lo que es el ejercicio de trascendencia, aprendes a no conocerte y no conoces al otro.

Es decir, en el ejercicio de la pulsión erótica pura y animal en realidad eres tú el que se está satisfaciendo y no compartes nada, y la otra persona, ya sea a través de sexo pagado o no, solo está cumpliendo un trabajo, por lo tanto lo hace sin ningún disfrute y al final del día se va, se acabó: en ese ejercicio no hay una conversación. El erotismo nace mucho de la conversación. En cierto modo, me siento un creador de atmósfera erótica y creo que es una de las mejores que se puede crear; porque estas en contacto con la realidad misma del ser humano, es decir, su cuerpo, su quehacer, sus sentimientos, su manera de plantearse.

Dentro de tu poesía, ¿combinas el mundo real con el verdadero?

A veces me olvido en qué mundo estoy (risas). Creo que no son compartimientos estancos; por el contrario, son puentes de

entrada y salida. El mundo de la ficción tiene mucho que ver con el mundo de lo real y viceversa. Me considero un realista romántico como Víctor Hugo. Siempre me he sentido un escritor del XIX. El mundo real y el ficcional son conjuntos que se complementan, uno no puede vivir sin el otro, aunque algunos no se den cuenta de ello. El mundo ficcional nos obliga a replantearnos cosas totalmente trascendentes como hacia dónde vamos, cuál es la visión de uno mismo en el futuro, etcétera. El que vive la experiencia con intensidad y no le da la gana de propalar su vivencia, está asesinando algo del espíritu del mundo; porque esas cosas se comparten y uno tiene que tener el gusto por transmitir las, ahí uno puede hablar del mundo ficcional.

Una realidad alternativa completamente ficcional, como la de *Harry Potter*, tiene un asidero completamente fantasioso que obliga a la gente a leer; incluso un libro horrible como *Crepúsculo* —versión edulcorada, de sacarina, de lo que es un vampiro— te puede llevar a leer a clásicos como Anne Rice o Bram Stoker, y saber que, efectivamente, el vampiro de Candoroso, si tenía que chuparte la sangre entera, lo hacía sin ningún problema. Nuestras vidas inician su camino a través de la ficción. Y aunque mi mujer no me deja, siempre he querido ser un pirata, porque he leído *Sandokan, el tigre de Malasia*, y es muy linda la historia, vas en el mar y eres libre, ser uno y con el descubrimiento de nuevos países, nuevos horizontes, nuevos mares, nuevas experiencias. Ese es el principal asidero con lo real.

Qué horrible, qué mediocre y qué trágica es la vida de aquellos que se han situado exclusivamente en el mundo real y han hecho simplemente lo que les decían, luego les llega la muerte de la manera más extraña y se dan cuenta, en ese momento, que no habían tomado decisiones por sí mismos: no habían existido. Qué tragedia es la vida de aquel que se pierde en lo estricto de lo real, y qué vacía es la vida de quien trabaja y luego ve a las ocho *Al fondo hay sitio* y a las nueve *Magaly TV* y luego se va a dormir, y nunca ha leído un libro.

Te has desenvuelto en el mundo de la política durante mucho tiempo. ¿Cómo relacionas la carrera política con la literatura?

Hay que comer. Hay grandes literatos que han sido grandes políticos y viceversa, entre los nuestros está José Gálvez Barrenechea. Un gran referente mío, muy antiguo, es Maquiavelo; también figuran Dante Alighieri, Petrarca y Lezama Lima, quien era político y diplomático al igual que Pablo Neruda. Ambas disciplinas tienen que ver, el vínculo que los une es la palabra, la extensión de esta y cómo se expresa, cómo se usa, y cómo esta puede conmover o bien endurecer el corazón de las personas. Para encontrar el poder que descansa en la palabra, la mejor manera es buscarlo a través de la literatura y de la poesía. Nadie cree en un proyecto político a base de criterios únicamente de crecimiento, no tiene nada que ver. Se puede lograr muchas cosas a través de la palabra, esta contiene la capacidad y el poder de estremecer.

Ese vínculo entre la literatura y la política no se va a romper, es un vínculo muy poderoso. Siempre me he enorgullecido de ser un escritor fantasma. Ser escritor te ayuda mucho, porque te ves reflejado en lo que los políticos dicen, ves que ellos pueden plantear esa empatía y decir las cosas que tú les has escrito de manera tal que son capaces de unificar causas y lograr visiones y representar sueños. La literatura también es una representación de los sueños, por desgracia eso se ha olvidado mucho en la política. He tratado de rescatar eso, así como he sido un escritor clásico, he sido un político clásico. Creo en la política, en el ejercicio puro, en el que es una movilización de sueños y de ideas; ese es el otro puente, el de las ideas correctamente implementadas y bien expresadas, pueden ser explicadas simple y llanamente como simples y llanas son las personas, siempre he sostenido esto que es muy importante para la política como para la literatura.

Las personas no son sofisticadas, tienen mal gusto, leen el *Trome*, ven a *Magaly*. No te van a distinguir un sushi de un sashimi, pero lo que sí es muy cierto es que la gente no es tonta. Hay

políticos como literatos que suelen confundir la sofisticación con la estupidez, y no es así: una persona puede ser sencilla o llana, pero se da cuenta cuando le están tomando el pelo. La política me ha enseñado, dentro la literatura, a respetar al otro por muy poca que sea su sofisticación y por mucho que sea su mal gusto en combinar los colores de la ropa que se pone o la música que escucha. Hay que aprender a entenderlos, porque la música y otras artes son el vehículo por el que expresan sus sentimientos, y si algo es el corazón de la literatura, es el sentimiento, lo mismo que de la política.

¿Cuál de tus escritos ha sido el más logrado?

Creo que el último de los libros, *Sentido Liberal*, porque me ha permitido «saltar el charco» y publicarlo en una editorial española tan prestigiosa como lo es Unión Editorial, cosa que con mis libros anteriores no había logrado, y además soy el primer peruano en hacerlo. He estado recientemente en la Feria del Libro de Madrid, soy el primer latinoamericano en hacer firmas de libros en la feria con esta editorial.

Sentido Liberal es el más logrado, sin desmerecer los otros. *La nueva senda de la libertad* la publiqué en Santiago de Chile, *Libertad para todos*, en Argentina, y *Políticas liberales exitosas II*, en México, con presentaciones fuera del Perú y aquí en Lima. Para mí, *Sentido liberal* marca un antes y un después. Ahora que vendrá, no sé, tal vez poesía erótica como *Malévola tu ausencia*, si mi mujer me deja publicarlo ¿no? (risas). Se debe tener «un hambre insaciable» para lograr las cosas. Siento que uno va creciendo. Hay que aprender a superar a los otros y a uno mismo. Tengo la seguridad que el próximo libro que voy a hacer será más impecable, mejor hecho que los anteriores. Eso es lo que hay que hacer y persistir, aun cuando los chicos de ahora no van a la biblioteca jamás y se pierden de algo fenomenal, excitante, que les llenará la vida de una visión nueva y les dará la capacidad de hacer las cosas.

¿Nos podrías contar un poquito más sobre *Malévola tu ausencia*?

Es un nuevo libro que estoy escribiendo y que pronto lo publicaré. En él estoy hurtando un verso maravilloso del vals de Alberto Condemarin que se llama Hermelinda. Conozco el vals por el poema de Antonio Cisneros, donde el repite como una letanía «acuérdate Hermelinda, acuérdate de mí». Lo que yo hago es recrear la vida de alrededor de veinte mujeres literarias, Penélope, Circe, Safo, Betsabé, Emma Bovary, desde la perspectiva de sus coprotagonistas literarios.

¿Te has visto reflejado en alguna de tus obras?

Claro, en todas. Con el erotismo hay un problema, si no lo has hecho, nadie te va a creer.

¿Cuando eras pequeño, qué querías ser de grande?

Poeta, y lo tenía muy claro. Una vez nos entrevistó *Caretas* cuando estábamos en el último año del colegio, me preguntaron qué quería estudiar, yo respondí que Economía, Derecho y que también quería ser «poeta». Todos mis amigos se rieron de mí. Luego estudié Derecho, acabé; estudié Economía, no acabé; estudié Literatura, y soy poeta. Todo es perseverancia.

¿Alguna anécdota que recuerdes al momento de publicar alguno de tus poemarios o escritos?

Siempre el nerviosismo por delante, el que la gente no llegue y el encontrarte con gente que no habías invitado. Recuerdo mucho que cuando presenté *Rosa de los vientos*, el público no sabía que había partes eróticas. Algunas personas que se encontraban en la primera fila, empezaron a sudar, y los gestos de sus rostros parecían preguntar qué hago acá.

¿Cuánto tiempo tardas en realizar un libro o un ensayo?

Los ensayos son más fáciles, me demoré entre dos a tres años, algunas veces hasta cuatro. Los poemas llevan más tiempo escribirlos. Ya quiero cerrar la etapa de escribir ensayos y quiero dedicarme a escribir libros de poesía. Para escribir necesito estar solo, en silencio, me basta mi escritorio y música; es decir, necesito sentirme recluso, a lo Vargas Llosa, que me pasen la comida debajo de la puerta. Escribo preferentemente los domingos por las

noches, aprovecho cada espacio que tengo, si no estoy dedicado a mi familia, a mi trabajo, o a mis compromisos. Por eso reitero que todos frente a Vargas Llosa somos escritores dominicales, que escribimos de ocho a seis, pues uno escribe cuando puede, no tengo su fortuna.

¿Qué les recomendarías a las personas que tienen vocación por la literatura y aún no se animan por seguir esta carrera?

Todos tenemos vocaciones, sin excepción; pero no le digo a todo el mundo que sean escritores, porque... mucha competencia. Siempre les digo a las personas que sigan su vocación, pero hay todo un ejercicio introspectivo que tiene que ser complementado con lecturas, bibliotecas, vivencias, acercarse uno mismo y ver lo que efectivamente a uno le gusta. No renuncies nunca a tus sueños, en todo caso, procura tener una vocación a largo plazo. Tengo 22 años escribiendo y a veces uno tiene el reconocimiento, pero no el que todo el mundo quisiera. Uno encuentra su destino en el camino. Hay decisiones en la vida que tienes que tomar, y que luego ya no puedes retroceder. El primer punto es la disponibilidad de tiempo. Siempre digo: «estudié derecho para sobrevivir, estudié literatura y soy literato para vivir».

PREGUNTAS CORTAS

Película: *El padrino*. La saga que resume historia, literatura, familia, la diferencia de dos mundos. Hay una pregunta metafísica que es qué hago con mi destino. Además, la tensión y la contradicción que hay entre el querer y el deber.

Libro: *Los heraldos negros*, de Vallejo. Siempre me gustó más el primer y el último Vallejo; pero si tuviera que elegir entre los dos, elijo el primero porque creo que es un punto de partida indispensable para entenderlo. No sé si a los vallejistas les guste esto, pero creo que él, más que Rubén Darío, es el último renovador del modernismo, este proceso que se inicia con Darío y acaba,

no con el Vallejo de *Trilce*, si no con el de *Los heraldos negros*. Creo que Vallejo, Arguedas y Vargas Llosa son los que mejor que nadie han podido entender al Perú en sus desgarramientos. Han comprendido la tensión entre la urbe y la periferia provinciana, y de esa tensión han podido sacar su mejor literatura. Hay que odiar al Perú para poder amarlo. Son nuestros tres grandes profetas, y para sonar políticamente correcto, creo que la cuarta sería Blanca Varela, si fuera políticamente incorrecto diría Oswaldo Reynoso, pero ya... Varela.

Autor: Aparte de los tres que acabo de mencionar, propongo uno totalmente ajeno: George R.R. Martin, de *Juego de tronos*, saga maravillosa donde se mezcla el sexo, la política, la intriga, la guerra. Ahora estoy leyendo la novela *Canción de hielo y fuego*. Esta obra plantea una realidad alternativa y la pone como una historia de la Edad Media donde no sabes lo que va a pasar. Lo maravilloso de este autor es que te captura y te mantiene en un estado de tensión. Este libro lo recomiendo mucho.

Adoración: ¡Mis hijas!, por quienes vivo.

Alguna fecha especial: El nacimiento de mis retoños, el día en el que conocí a mi esposa, el de mi matrimonio.

Comida favorita: Lomo saltado y las lentejas. En Guatemala estuve una temporada con mi mujer y solo sabía cocinar lentejas; no había ningún problema, todos los días lo comía.

Vicio: Escribir y viajar.

Miedo: Perder a mis hijas. Me perturba pensar en que me dé alzhéimer, siendo escritor, me da mucho miedo porque yo dependo de mi memoria; por mis lecturas, mis vivencias. Lo que más me aterra, ya egoístamente, incluso más que perder a mis hijas, es perder la memoria; ciego puedo escribir al igual que sin las dos manos; la tecnología es maravillosa, paralítico puedo, pero... si pierdo la memoria, ¿cómo hago? Hasta con párkinson puedo escribir, pero si me da alzhéimer me volvería loco.

Lima, 22 de octubre de 2013

Tomar la vida por asalto. Al menos esta es la sensación que me quedó al leer el libro *Liberalismo es Libertad* de Héctor Ñaupari, donde nos vamos adentrando [...] en la erudición de la experiencia y la sabiduría que ha dado esa forma de vivir [del liberalismo], intensa y apasionadamente el mundo. Que nos lleva por un mundo de diversidad racial, cultural, geográfica y de respeto al prójimo.

ÁNGEL SOTO

EN LA MISMA COLECCIÓN

VOL. 1: ATLAS DEL LIBERALISMO

Raimondo Cubeddu
192 páginas • ISBN: 978-84-7209-340-9

VOL. 2: LA CONCLUSIÓN DEL SISTEMA MARXIANO

Eugen von Böhm-Bawerk
174 páginas • ISBN: 978-84-7209-348-5

VOL. 3: ENTRE DOS SIGLOS Y OTROS ESCRITOS INCONVENIENTES

Pedro Schwartz
318 páginas • ISBN: 978-84-7209-355-3

VOL. 4: EL GENIO DE OCCIDENTE (2.^a edición)

[Raíces clásicas y cristianas de la civilización occidental]

Louis Rougier
260 páginas • ISBN: 978-84-7209-360-7

VOL. 5: LA LIBRE EMPRESA

[Una introducción a sus fundamentos morales, jurídicos y económicos]

Francisco Pérez de Antón
188 páginas • ISBN: 978-84-7209-394-2

VOL. 6: DESARROLLO Y CALIDAD DE VIDA

Carlos Sabino
128 páginas • ISBN: 978-84-7209-399-7

VOL. 7: LA METODOLOGÍA DEL ANÁLISIS ECONÓMICO

Y OTROS ENSAYOS

Julio H. Cole
192 páginas • ISBN: 978-84-7209-403-1

VOL. 8: LA FIGURA EMPRESARIAL EN EL PENSAMIENTO

ECONÓMICO. [Una aproximación histórica]

María Clara D. Pérez Vila
144 páginas • ISBN: 978-84-7209-441-3

VOL. 9: EL PUNTO SOBRE LA *i*. (Volumen I). [Ideas en torno a la libertad individual, la responsabilidad personal y la propiedad privada]

Arturo Damm Arnal
236 páginas • ISBN: 978-84-7209-556-4

VOL. 10: LA TRAGEDIA DEL EURO

Philipp Bagus
236 páginas • ISBN: 978-84-7209-566-3

- VOL. 11: SENTIDO LIBERAL. [El urgente sendero de la Libertad]
Héctor Ñaupari
220 páginas • ISBN: 978-84-7209-566-3
- VOL. 12: MEDITACIONES PARA MEDITAR
Alberto Benegas Lynch (h)
496 páginas • ISBN: 978-84-7209-584-7
- VOL. 13: SEAMOS LIBRES
José Benegas
254 páginas • ISBN: 978-84-7209-598-4
- VOL. 14: EL HILO CONDUCTOR
Eugenio D' Medina Lora
402 páginas • ISBN: 978-84-7209-600-4
- VOL. 15: EUROPA, UNA ESPERANZA. [Reflexiones]
María Clara D. Pérez Vila
212 páginas • ISBN: 978-84-7209-616-5
- VOL. 16: DEMOCRACIA SIN POPULISMO: CÓMO LOGRARLO
José Luis Sardón
178 páginas • ISBN: 978-84-7209-620-2
- VOL. 17: LA MISERIA DEL INTERVENCIONISMO: 1929-2008
Axel Kaiser
206 páginas • ISBN: 978-84-7209-624-0
- VOL. 18: EL PUNTO SOBRE LA *i*. (Volumen II). [Reflexiones en torno a la libertad individual, la propiedad privada y la responsabilidad personal]
Arturo Damm Arnal
240 páginas • ISBN: 978-84-7209-635-6
- VOL. 19: HÁGASE TU VOLUNTAD. [Bajar del cielo para conseguir un cargador de iPhone]
José Benegas
180 páginas • ISBN: 978-84-7209-652-3
- VOL. 20: CONTRA LA MODERN MONETARY THEORY. [Los siete fraudes inflacionistas de Warren Mosler]
Juan Ramón Rallo
172 páginas • ISBN: 978-84-7209-656-1
- VOL. 21: LIBRES DE ENVIDIA. [La legitimación de la envidia como axioma moral del socialismo]
Guillermo Rodríguez González
172 páginas • ISBN: 978-84-7209-660-8
- VOL. 22: EL PENSAMIENTO ECONÓMICO DE JOSEPH SCHUMPETER
Franco D'Orazio Pessia
108 páginas • ISBN: 978-84-7209-661-5

**Para más información,
véase nuestra página web
www.unioneditorial.es**

«Tomar la vida por asalto. Al menos esta es la sensación que me quedó al leer el libro *Liberalismo es Libertad*, de Héctor Ñaupari, donde nos vamos adentrando [...] en la erudición de la experiencia y la sabiduría que le ha dado esa forma de vivir [el liberalismo], intensa y apasionadamente, el mundo. Que nos lleva por un mundo de diversidad racial, cultural, geográfica y de respeto al prójimo».

Del prólogo de ÁNGEL SOTO

HÉCTOR ÑAUPARI (Lima, 1972). Jurista, poeta, ensayista y conferenciante internacional, es un destacado promotor de las ideas de la libertad en Hispanoamérica. Se graduó de forma sobresaliente en la Universidad Nacional Mayor de San Marcos (Perú). Tiene estudios concluidos en la Maestría en Derecho Civil del citado centro de estudios y un Diploma en Estudios Superiores de Derecho de la Universidad de Salamanca (España). Es presidente del Instituto de Estudios de la Acción Humana (IEAH) de Lima. Ha sido Presidente de la Red Liberal de América Latina (RELIAL) con sede en México. Es autor de los libros *En los sótanos del crepúsculo* (1999), *Páginas libertarias* (2004), *Rosa de los vientos* (2006), *Libertad para todos* (2008) y *Sentido liberal, el sendero urgente de la libertad* (Unión Editorial, 2012); coautor de la antología poética *Poemas sin límites de velocidad, antología poética 1990–2002* (2002); y compilador de los libros de ensayos *Políticas liberales exitosas 2, soluciones para superar la pobreza* (2008) y *La nueva senda de la libertad: cuatro ensayos liberales* (2010). Recientemente, ha participado en el libro de ensayos *Borges, Paz, Vargas Llosa: Literatura y libertad en Latinoamérica* (2015). Obtuvo la mención honorífica en el III y V Concurso de Ensayos Caminos de la Libertad de México, en el 2008 y en el 2010 respectivamente. *Liberalismo es Libertad* es su cuarto libro de ensayos.

UNIÓN EDITORIAL, S.A.

c/ Martín Machío, 15 • 28002 Madrid
Tel.: 91 350 02 28 • Fax: 91 181 22 12
Correo: info@unioneditorial.net
www.unioneditorial.es



ISBN: 978-84-7209-662-2



9 788472 096622